

A woman with dark hair is lying down, her head tilted back and eyes closed, surrounded by a dense field of yellow and orange flowers. Her hands are resting on her chest. The overall mood is peaceful and serene.

EL LLANTO DE LOS ELEFANTES

GENOVEVA CASANOVA

Lectulandia

La muerte de la inocencia y el desmoronamiento de los sueños son el momento más crucial en la vida de una persona. Cuando resulta que todo lo que sostiene la felicidad está roto, uno se encuentra ante la más importante de las bifurcaciones a las que se enfrenta el alma humana. Qué camino tomar, cómo actuar determinarán el resto de nuestra vida, pero, sobre todo, nuestra evolución espiritual.

Hellena Torner, hija única de un diplomático español y una mujer alemana, nos lleva a un viaje maravilloso que realiza el alma a lo largo de su vida. Tras pasar parte de su infancia y su juventud en México, vuelve a su ciudad natal, Madrid, de la mano de un marido envidiable. Pero pronto todo cambiará, enfrentándose a una encrucijada. Un viaje a la India le revelará un destino totalmente inesperado, el misterio de la comprensión trascendental de la realidad, y le recitará el inigualable poema que será su vida, en la que la experiencia del amor es mucho más intrínseca a la propia existencia de lo que cualquiera pueda imaginar.

Lectulandia

Genoveva Casanova

El llanto de los elefantes

ePub r1.0

Titivillus 12.10.15

Título original: *El llanto de los elefantes*

Genoveva Casanova, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis hijos, Luis y Amina, que atraviesan todo mi sentido
con su vuelo. Que sus pasos por este mundo les llene de toda
la maravilla que yo he descubierto aquí y se vayan algún día,
dentro de muchas andanzas, con el alma bien hinchada.*

*A mi unicornio, el que perdí hace tanto
y que hoy me habita y me devuelve la palabra.*

*A la India, que me abrió al Misterio y al infinito
abismo del alma humana, donde soy posible.*

*Y a Ti, y la razón de las huellas tan
profundas que dejas a veces en la arena.*

*«Os lo aseguro: todo lo que hicisteis
con uno de estos hermanos más
pequeños, conmigo lo hicisteis».*

MATEO 25,40

*¿Qué puedo hacer?, ¡oh, musulmanes!,
pues no me reconozco a mí mismo.
No soy cristiano, ni judío, ni parsi, ni musulmán.
No soy del este, ni del oeste, ni de la tierra, ni del mar [...].
Mi lugar es el no lugar, mi señal la no señal.
No tengo cuerpo ni alma, pues pertenezco al alma del Amado.
He desechado la dualidad, he visto que los dos mundos son uno.
Uno busco, uno conozco, uno veo, uno llamo.
Estoy embriagado con la copa del amor,
los dos mundos han desaparecido de mi vida.
No me resta sino danzar y celebrar.*

RUMI

En el principio de los tiempos, enormes elefantes alados surcaban los cielos, enamorados de las nubes. Volaban libremente y de vez en cuando se detenían a descansar sobre los árboles.

Un desafortunado día, la rama de un árbol se venció ante el peso de los elefantes, haciéndoles caer sobre los discípulos de un asceta que se encontraba atendiendo sus lecciones debajo de su sombra.

Para evitar seguir haciendo daño a los demás habitantes del mundo, los elefantes decidieron desprenderse de sus alas y bajar a vivir a la tierra. Millones de alas cayeron lentamente del cielo, formando así los majestuosos Montes Himalaya. Desde entonces, los elefantes caminan entre los hombres y demás seres que pueblan este mundo, siendo venerados como deidades, y al mismo tiempo encadenados y forzados a vivir a merced de los caprichos del hombre. Con sus rostros pintados de colores y sus patas sujetas con enormes grilletes oxidados, los elefantes viven resignados.

Y cuando las nubes no vienen en mucho tiempo y ellos se permiten añorar aquellos tiempos en que eran libres y volaban muy alto, muy alto, atravesando el viento azul... los elefantes lloran.

PARTE I

Cuando el timbre sonó eran las 12:37. Lo sabe porque siempre mira el reloj en cada acontecimiento del día. Tiene esa costumbre desde los días de agenda apretada en sus viajes por la India. Cada vez que alguien entraba en el piso, o que sonaba el teléfono, o que pasaba por la calle el afilador de cuchillos, él miraba su reloj, como para cerciorarse de que efectivamente el tiempo seguía transcurriendo y que el mundo seguía funcionando.

Era un día soleado, de una primavera recién comenzada. Como hacía calor había decidido ponerse unos pantalones color beis cómodos y un polo azul oscuro de manga corta. No llevaba zapatos. Siempre estaba descalzo en casa. Al igual que ella, nunca había soportado bien tener los pies cubiertos.

Desde la ventana se veían las copas de los árboles del parque que estaba cruzando la calle, de un verde traslúcido que decoraba el bosque como si a las hojas les hubiesen sido esparcidas millones de espejos minúsculos. El balcón principal estaba abierto, y entraba con facilidad el sonido del saxofón que animaba las terrazas de los restaurantes de la calle. En ese momento sonaba la melodía de una de sus canciones de jazz favoritas: *A case of you*.

En la cocina, la mujer de la limpieza recogía los cubos y las fregonas que acababa de utilizar para el suelo de madera antigua que tenía en su piso de París. Vestía un *sari*^[1] azul marino, con bordados de hilo dorado en los extremos de la tela. Las mujeres indias encuentran difícil dejar de usar la ropa tradicional cuando se trasladan a vivir a Europa o a América. Ella también era así. Trenzaba su pelo con aceite de almendras mezclándolo con unas gotas de sándalo, y colocando algunas flores de jazmín entrelazadas, como le enseñó su madre a hacer cuando era pequeña y vivía en Chennai^[2]. Aunque en esta ciudad el jazmín solo se conseguía durante algunas temporadas.

Él se encontraba enfrente del mueble chino de madera que decoraba el recibidor, revisando el correo que acababa de llegar. Guardó las llaves de su casa dentro del cajón de la derecha y se dirigió a la entrada. Abrió la puerta él mismo, cosa que nunca habría hecho si no hubiera estado él tan cerca de la puerta, y la muchacha de servicio tan lejos. Pero siendo esta la situación, lo consideró un detalle. De cualquier manera, en Francia no hacía falta ser tan precavido.

—*Monsieur Rohan Seth? J'ai un package pour vous. Si vous plaît, signé ici...*^[3]

Un señor bajito, delgado y con un bigote entrecano, que traicionaba la edad que intentaba aparentar el intenso tinte de su pelo, se encontraba de pie en el descansillo, con una bolsa gris al hombro y un paquete en la mano derecha. Buscó en su bolsa y sacó un bolígrafo y unos documentos, que son los típicos trámites para una entrega de paquetería. Así que firmó en la parte de abajo del papel, en lo que consideró el

espacio lógico para la firma, pues en todos estos años, desde aquel primer viaje a París, había aprendido muy pocas palabras en francés, y decididamente no lo suficiente como para leer un documento.

—*Merci, monsieur. Bon journée*^[4] —dijo el hombre mientras le entregaba el paquete en la mano y le daba la espalda para presionar el botón del ascensor.

Cerró la puerta sin prisa, con cierta pesadumbre que permite la edad, y con el paquete en la mano caminó hasta su despacho. Junto a la ventana que daba al parque había instalado su escritorio, atiborrado de libros y papeles desordenados. Le gustaba contemplar las vistas cuando se sentaba a leer o a revisar el correo. A veces se sentaba ahí solo para contemplar el atardecer y sentirse acompañado por las palabras que encerraban todos aquellos libros. Cada uno era una conversación larguísima con la vida, un secreto muy suyo.

Se acercó a la mesa para coger el abrecartas de plata con la figura de elefante que había traído con él desde Delhi y que había pertenecido a su padre. Lo clavó en el papel amarillo acolchado y rasgó con descuido el envoltorio, de la misma manera que había visto a su padre abrir cientos de cartas durante sus años en la política. Con la misma autoridad.

Fue entonces cuando se encontró sujetando aquel libro con sus manos rugosas y gastadas. Con todo lo que habían tocado sus manos, parecía que sus dedos estaban a punto de fallarle. De pronto, tenía en ellas un libro cuyas letras de la carátula le dolían en los ojos. Letras doradas impresas a relieve sobre el cuero de color marrón que cubría la dura pasta, como viejas cicatrices recién reveladas sobre su piel india. Aquel libro le gritaba y lo amarraba. Parecía arrancarle el aire mientras las agujas de su reloj comenzaban a girar enloquecidamente, retrocediendo hasta el momento en donde empezó todo, con las primeras palabras, en la primera página... mucho, mucho tiempo atrás.

CAPÍTULO 1

Cuando uno se sienta delante de una hoja en blanco, dispuesto a escribir, como estoy yo ahora, solo surge una pregunta: si tuviera que contar la historia de mi vida, ¿cómo empezaría? ¿Por dónde? ¿Cómo puedo hacer sentir esto, que es tan mío, a otra persona? ¿Cómo doy mis ojos para que alguien pueda ver a través de ellos todo lo que he visto yo? Todos los días, todos los años, todo el tiempo que ha transcurrido... ¿cómo se da todo eso? Por cada segundo, una imagen y un sentimiento... Demasiado. No estoy al final de mi vida, en mi vejez, sentada en mi casa donde solo quedan fotos viejas y ecos de palabras habladas muchos años atrás. No. Soy bastante joven aún. No tengo tantas canas como tormentas colgando de la cabeza. Pero cuando acabe todo esto, espero poder irme habiendo roto cadenas, habiendo soltado alguna que otra alma de la infinitud del silencio. El silencio...

Nací el 28 de octubre de 1970 en el Hospital de Nuestra Señora del Rosario de Madrid. Era una tarde fría y lluviosa de otoño. Las enfermeras iban y venían con sus cofias blancas, vestidas con sus uniformes tan femeninos, hablando sin parar cosas de las que mi madre no conseguía entender ni una pizca. Llevaba poco tiempo en España, desde que se casó con mi padre un año atrás, pero en realidad nunca tuvo interés en aprender a hablar español. Como si su relación con este país y su gente fuera meramente circunstancial.

Se había criado en una preciosa finca en el sur de Alemania donde sus hermanas y ella recibían una estricta educación de acuerdo con lo acostumbrado por las familias nobles de la época. Clases de inglés, francés, historia, geografía, matemáticas, literatura y piano llenaban sus días de infancia. Al morir mi abuelo, mi madre heredó el título de baronesa. No era uno de los más importantes que tenía, pero ella era la cuarta de cinco hijas, por lo que era bastante lógica esa designación. Había visto nacer a su hermana menor, la tía Birgit, en aquel palacete de campo con el enorme reloj de la torre y rodeado de campos de trigo, pero no recordaba tanto alboroto.

Cuando por fin, después de ocho horas de trabajo de parto, a las 18:48 me pusieron en sus brazos, mi madre suspiró muy hondo y en ese preciso instante soltó la mente. Pudo ver delante de ella todas y cada una de las imágenes que crearía y que

formarían, a lo largo de los años, el dibujo de la grandiosa vida que ella había diseñado para mí. Fue entonces cuando de sus labios se consiguió ver una suave y complacida sonrisa.

Mis primeros años los pasé en Madrid, en un pequeño chalet en la zona del Viso. Pero no recuerdo mucho de esa época. Solo tengo en la memoria la distribución de la casa y la imagen de la reja verde y las cinco contraventanas que decoraban la fachada de la casita blanca. Muchas cosas las recuerdo por las fotografías que me enseñaba a veces mi padre. Le gustaba hablar de Madrid, y me contaba cosas que le ayudaban a sentirse cerca de esos años en los que mi madre aún sonreía.

De quien sí me acuerdo bien es del abuelo. Cuando llegaba la primavera, le gustaba pasar las tardes en el patio. Se sentaba en unas sillas de hierro pintadas de blanco decoradas con cojines verdes de flores amarillas. A veces llevaba consigo un bol grande lleno de fresas para compartir conmigo y a las que les ponía, como si fuera un niño pequeño haciendo una travesura, mucha, mucha nata por encima. Les daba un nombre a cada una colocándolas en formación militar, y se regocijaban con pequeños juegos pueriles de soldaditos rojos. Le gustaba jugar al ajedrez, pero a pesar de sus incontables intentos, jamás consiguió que yo aprendiera.

Al cumplir los seis años de edad, mi padre fue destinado como segundo del embajador en Washington. Pocos meses después nos trasladamos a vivir no muy lejos de 16th Street NW, en donde se encontraban las oficinas de la embajada. Una casa preciosa de estilo neoclásico, flanqueada por dos enormes árboles que en otoño se cubrían de hojas anaranjadas como atardeceres.

Los años en Washington me marcaron mucho, fueron claves en mi formación. Aprendí a hablar un inglés perfecto y adopté muchas de las costumbres americanas que en Europa resultaban extrañas. Cuando llegaba el 31 de octubre, me disfrazaba de bruja o de diablita y recorría el barrio con mis amigas del colegio pidiendo caramelos. Me aficioné a comer tarta de zanahoria de postre, *bagels*^[5] con *cream cheese*^[6] por las mañanas y hamburguesas a la barbacoa con *french fries*^[7] los fines de semana. Cada vez que llegaba el 4 de julio, íbamos a ver el desfile del Día de la Independencia en Constitution Avenue, y por la noche los fuegos artificiales cerca del Monumento a Washington.

Pero fue la forma de concebir la justicia, la igualdad y el respeto lo que se empezó a formar en mí en esos años. La convivencia con niños de diversas razas y religiones me permitió crecer sintiendo amor por países que entonces solo podía imaginar a través de historias, cuentos, leyendas y tradiciones que veía en las casas a las que éramos invitados. Lugares lejanos y tan mágicos que nadie podía creer que fueran reales.

Un día —creo que era cerca de Navidad porque todo estaba nevado y yo llevaba puestos mis guantes favoritos, unos rosados de los que colgaban dos pompones gordos— conocí, de todos esos sitios irreales, el que más se impregnaría en mí.

Mi padre presionó un botón muy pequeño y gastado junto a la puerta que teníamos delante. Mi madre sujetaba en las manos una bandeja de *Spitzbuben*^[8], las galletas que ella siempre hacía en fechas navideñas. A mí me encantaban esas galletas. Tenían forma de corazón. En el centro llevaban mermelada roja y estaban esparcidas con azúcar glas, como si les hubiera caído nieve por encima. Además, el nombre *Spitzbuben* significa «niños traviesos» en alemán, lo cual me hacía especial gracia, ya que mi madre a mí no me permitía ni la más mínima travesura.

De pronto apareció delante de nosotros un señor de aspecto muy jovial, con la piel oscura y un extraño bigote cano que parecían las dos alas de un pequeño pajarito blanco a punto de salir volando de debajo de su nariz.

—¡Antonio, amigo! ¡Bienvenido! —dijo el hombrecillo dando un apretón de manos a mi padre, dejando ver sus manchados y torcidos dientes al sonreírle con tanto afecto.

—Buenas noches, Pandit. Gracias por la invitación, de verdad. Nos hace mucha ilusión estar aquí. Magda ha preparado unas pastas para vosotros. Espero que os gusten —contestó mi padre.

—¡Son mis favoritas! —intervine yo.

—Y esta pequeña princesa, ¿quién es? —me preguntó el señor Pandit.

—Soy Hellena —respondí.

Uniéndole las palmas de las manos frente a su pecho, hizo una reverencia mientras me sonreía.

—*Namasté*^[9], pequeña *raajkumaari*^[10]. Esta es mi hija, Naya.

De detrás del pantalón azul que cubría sus delgadas piernas asomó una niña de enormes ojos negros, labios gruesos y nariz diminuta, que rápidamente me cogió de la mano y me llevó corriendo a su habitación.

Naya tenía mi misma edad, había nacido solo tres meses más tarde que yo en Delhi. Su padre era un diplomático indio que conocía al mío desde los años en los que ambos estuvimos destinados en Berlín. Todo en él y su familia era de lo más nuevo para mí. Las mujeres llevaban unos vestidos muy coloridos y lunares pintados en medio de las cejas. Su casa entera tenía un olor extraño pero agradable, y en la entrada había una enorme figura dorada de una mujer con cuatro brazos rodeada de flores, incienso, agua y velas.

Entrar en el cuarto de Naya fue impresionante. Todas las paredes estaban pintadas como si aquello fuera una selva verde de hojas gigantes y extraños árboles de troncos retorcidos. Un elefante, un venado y un tigre bebían agua a lo lejos en un pequeño estanco. Monos y pavos reales se asomaban tímidos de detrás de los árboles o descansaban sobre ramas. Del techo colgaban unas enormes telas de colores que caían sobre una cama que aumentaba aún más el colorido del cuarto, haciéndola parecer una tienda de campaña lista para que pasásemos la noche en un remoto y mágico lugar desconocido.

Naya apagó la luz, encendió una linterna de mano y me llamó para que me sentara con ella. Me quité los zapatos a toda prisa y de un salto me acosté a su lado sobre la cama de colores. Dirigió el rayo de luz que salía de la linterna hacia el techo, donde un mono muy grande comía fruta sentado en la rama de un árbol.

—Este es Hanuman, el Rey Mono. El pobre mono siempre tenía hambre. Comía tanto que un día quiso comerse el sol y pegó un salto hacia el cielo para intentar devorárselo. Indra, el dios de la lluvia, se enfadó mucho con él y lanzó un rayo que lo tiró al suelo.

Lentamente llevó la luz hacia la pared de enfrente iluminando la zona de la izquierda, en donde estaba el estanque pintado.

—El tigre es el guardián de la selva. Lleva en su lomo a una diosa que se llama Shakti, la diosa del poder y la fuerza divina. El tigre tiene el poder de invocar a Indra para que llueva en la selva —dijo—. A él lo he llamado Rajah, por el tigre de la princesa Jazmín, y el que está junto a él es Shiva^[11] en su forma de ciervo.

Luego dirigió la luz hacia una pareja de pavos reales.

—Estos son Indra y Sachi. Él siempre le regala sus plumas al dios Krishna para que pueda enamorar a Radha, una chica muy bonita. Sachi es su esposa, y viajan siempre sobre el elefante blanco que ves ahí junto al estanque. Él se llama Airavata, que quiere decir «el que teje las nubes». Es el primer elefante que existió, el rey de todos los elefantes. Nació de la cáscara de un huevo que tenía Brahma^[12] en su mano derecha. Dice mi mamá que de sus manos surgieron siete machos más y luego ocho hembras, de los que nacieron todos los elefantes del mundo.

Miré ese elefante blanco entre los árboles durante un largo rato, preguntándome qué mundo era ese, qué cosas sucedían en aquel extraño lugar en donde los animales eran dioses o reyes, en donde las historias de amor y de aventura parecía que no se terminaban nunca. Y así, con los ojos metidos en la selva, Naya y yo nos fuimos quedando dormidas poco a poco mientras que en mi cabeza surgía por primera vez, como si fuese el eco de la voz de alguno de estos dioses, el sonido de un nombre que jamás se acallaría:

... INDIA...

Naya y yo nos volvimos inseparables. Estábamos siempre juntas. Mi madre nos enseñó a hacer las galletas que le regalamos a su familia en nuestra primera visita, y cuando pasábamos el día en su casa, su madre nos enseñaba a cocinar *naan*^[13] y *samosas*^[14]. En ocasiones nos leía historias de la India de sus libros. A veces hacíamos pequeñas representaciones de esos cuentos con los títeres que habían comprado durante los viajes que hacían para visitar a la familia. Eran unos muñecos vestidos con ropa de colores muy vivos, que movíamos creyendo que cobrarían vida cuando sus hilos colgaban de nuestras manos. La familia entera hacía de público, por supuesto, generosamente entusiasta.

Pocos años después tuve que despedirme de mi amiga de la infancia. Una noche papá llegó a casa del trabajo y al entrar en la cocina anunció la noticia. En dos meses partiríamos hacia la Ciudad de México. Lo habían nombrado embajador. Yo tenía once años.

CAPÍTULO 2

El México de los ochenta fue algo único. El país pasaba por una crisis económica que provocó el desbocado aumento de la deuda externa. El Estado y el sector privado habían pedido créditos que subsidiarían sus inversiones en la explotación de crudo. El petróleo parecía ser una mina de oro que resolvería todos los problemas económicos del país. Sin embargo, la imposibilidad de pagar tales cifras y cumplir los acuerdos del presidente López Portillo con el Fondo Monetario Internacional sumieron al país en una situación muy dura. Cientos de personas se lanzaron a las calles a instalar todo tipo de puestecillos ambulantes para ganarse la vida, y otras tantas emigraron en oleada a los Estados Unidos en busca de oportunidades.

A pesar de una crisis que siendo niña prácticamente no se queda en el recuerdo, había cosas de esos años que iban dándole rostro a un México difícil de definir. En mi memoria se dibujaba con flores de colores vivos, sones nostálgicos de mariachi, la voz de Cri-Cri^[15], y el olor que desprendía el comal cuando se calentaban las tortillas. Se construía una década con personajes de la televisión, niños cantantes y películas que se convertirían en clásicos del cine. Caras como las de la Mujer Maravilla, Knight Rider en su coche fantástico, E. T., la princesa Lea, el Tío Gamboín^[16], el Chavo del Ocho y los niños de Timbiriche criaban una generación de chicos que solo conocíamos la libertad, el despegue de la tecnología y el hermoso mundo que habían construido para nosotros nuestros idealistas padres. El olor del maíz, el sonido de los aviones por las noches, los paseos bajo los eucaliptos y los ocotes, las sonrisas de las señoras que vendían *quesadillas*^[17], los sábados en el mercado, los puestos atiborrados de flores, el silbido del señor de los globos, las burbujas de jabón flotando alrededor de la gente en el parque, los voladores de Papantla^[18] frente al Museo de Antropología, los hilos de queso Oaxaca... Todas esas cosas iban armando la parte mexicana de mi alma. Amarrando cada imagen con mecates finos^[19], mis años de México son mi muy personal lienzo kahliano, decorado con racimos de chile *pasilla*^[20] y gigantescos ramos de alcatraces^[21] blancos.

Había noches enteras que las pasaba sentada junto a la ventana de mi cuarto mirando las luces de la ciudad. El marco de la ventana era de un hierro delgado pintado de negro, y el cristal tenía defectos que desfiguraban las imágenes que había al otro lado.

Cuando llovía, el agua escurría por el vidrio y las formas se distorsionaban muchísimo más. Esos días parecían hipnotizarme. Me quedaba horas y horas ahí, sin moverme, con la mirada puesta en todo lo que quería recordar, pero sobre todo puesta en toda esa forma en la que se siente México... la sensación de México... En esa ventana de la calle Galileo nacía mi necesidad de escribir. Encontré la poesía en el caos y el ruido, en el olor a ciudad, en las sombras, en las estrellas que veía morir detrás del morado de las jacarandas.

El colegio estaba lejos de casa, pero el conductor no tardaba mucho en llevarme por las mañanas. Sintonizaba Radio Consentida en el coche y poco a poco fue cogiendo confianza para cantarme rancheras durante todo el camino. Eso sí, con mucho sentimiento. Su voz iba formando palabras que parecieran contar las historias de cada mexicano, como si todos hubieran sufrido el mismo desamor, o las mismas aventuras... El camino al colegio era un viaje a todas esas historias de rancho, de maizal y de balcón.

*Árbol de la esperanza
que vives solo en el campo,
tú dices si no la olvido
o dime si no la aguanto,
que al fin y al cabo mis ojos
se habrán de llenar de llanto.*

El Greengates School era donde todos los hijos de los diplomáticos estudiábamos. Treinta y dos nacionalidades en total. En mi clase éramos quince niños, algunos mexicanos, y nuestra profesora se llamaba Miss Olga. Era una mujer alta y grande, con el pelo castaño rojizo bastante corto y la piel muy blanca y llena de pecas. Su sonrisa era muy dulce, pero su presencia declaraba autoridad.

Miss Olga nos llevaba los viernes últimos de cada mes a hacer una excursión, pero teníamos que ganarlo. Había creado un sistema en el que se podían conseguir «puntos» a través de buena conducta, gestos dignos de reconocimiento o un desempeño académico destacable. Eran necesarios veinte puntos entre el grupo entero para poder conseguir salir del colegio. La primera de esas excursiones fue al castillo de Chapultepec.

El castillo está ubicado en la cima de un cerro, rodeado de un enorme bosque de ahuehuetes, cedros y secuoyas. Dentro del bosque hay dos lagos en donde la gente va a remar y donde nadan en libertad patos y cisnes. El edificio fue construido en el

siglo XVIII. Sus patios, escalinatas y galerías de estilo neoclásico eran igual de espectaculares que la entrada y la torre del castillo, puesto que fue ideado como residencia de verano del virrey. Sin embargo, la parte de su historia que más me cautivó fue cuando en 1864, los emperadores Maximiliano I y Carlota decidieron establecer su residencia ahí.

Caminamos por esos pasillos observando los rastros de aquella pareja, lo que dejaron atrás. Reliquias que guardaban dentro de madera, cristal, o tejido minutos que solo les pertenecían a ellos, voces que solo ellos podrían escuchar. Pero ese día, iban relatando, casi poseyendo, las palabras de Miss Olga la terrible historia que llevó a Carlota desde el castillo de Miramar a su habitación en el Vaticano, donde la cordura comenzaba a abandonarla.

Al terminar la visita, bajamos el cerro y caminamos por una calzada al pie del castillo hasta que Miss Olga encontró el enorme tronco de un árbol muerto, nos colocó a todos delante de él y comenzó a relatarnos una increíble historia.

—En 1460, hace más de quinientos cincuenta años, los aztecas tenían un gran emperador llamado Moctezuma. Moctezuma pidió a Nezahualcóyotl que plantara en esta zona un tipo de árboles llamados *ahuehuetes*. Nezahuacóyotl era un gran poeta y el gobernador de la ciudad de Texcoco. Se preocupaba mucho por cultivar y proteger estos árboles, que tenían especial significado para los indígenas. Se convirtieron en símbolo de fuerza, poder, longevidad, belleza y arraigo. Representaban la unión entre el cielo, la tierra y el inframundo. En náhuatl, su nombre quiere decir «árbol viejo de agua», debido a que habita cerca de pantanos, arroyos y manantiales. Recuerden que esta zona solía ser un islote en la época prehispánica.

»Muchos de estos árboles —continuó— forman parte de la historia de México, y son testigos mudos de cosas que sucedieron incluso hace casi ochocientos años. Este viejo ahuehuate muerto es *El Sargento*. Lo bautizaron así los jóvenes cadetes durante los años en los que dentro del castillo se encontraba el Colegio Militar. Probablemente los mismos cadetes a los que vio morir en la batalla de Chapultepec contra el ejército de Estados Unidos. Sin embargo, su nombre original era *El Centinela*. Es el árbol más viejo de la ciudad, por eso se le considera el guardián del bosque. Vivió más de quinientos años, hasta que en 1969 se secó por falta de agua y por contaminación. No tuvo tanta suerte como otros grandes ancianos. Imagínense si pudiéramos saber todo lo que *El Centinela* vivió... Quinientos años de historia. Tanta gente que tiene que haber visto pasar, tantas vidas...

Durante un segundo se quedó en silencio mientras que parecía que podía sentir en su piel la sensación del tiempo aquel en el que su cabeza estaba.

—En fin... —dijo, despertando—. Vamos al camión, niños, que ya tenemos que regresar a la escuela.

Entendí así que en esta tierra todo está vivo, todo es persona. Desde aquel día en el bosque, pregunto siempre los nombres de los árboles, y si puedo los toco, los acaricio, para sentir la vida que corre en ellos.

Así era mi nuevo hogar. El sincretismo de dos culturas amantes que se confunden y se entremezclan en lo más íntimo. La voz de un mariachi y el aullar de una caracola. Tierra con rostro de Virgen morena.

México había roto relaciones con España durante la dictadura de Franco hasta que López Portillo las restableció en 1977, pocos años antes de que nosotros llegásemos. El Gobierno mexicano nunca quiso reconocer la legitimidad del Gobierno franquista. Mantuvo relaciones con el Gobierno de la República en el exilio y abrió sus puertas a casi veinticinco mil refugiados. Escritores, artistas, políticos, profesores e intelectuales encontraron en México el sitio ideal para desarrollar todo ese bagaje intelectual con el que venían desde España. Rápidamente se incorporaron a la vida cultural del país, y sus ideas progresistas influenciaron de manera trascendental la estructura cultural de toda América Latina.

De esa herencia nació lo que se conoce como la Generación del 50, o *de los niños de la guerra*. Una generación de escritores nacidos en torno a los años veinte y que publicaron sus obras en los cincuenta, una vez superada la Guerra Civil española. La época de cambios políticos, económicos y culturales que vivía México justo en ese momento permitió que grandes nombres de la literatura surgieran y cobraran fuerza en el ámbito cultural del país, construyendo una riqueza literaria y filosófica que aún hoy en día sigue viva.

A algunos de los escritores de esta generación los llegué a conocer bien. Se volvieron incluso grandes amigos de mis padres con el pasar de los años, y desde luego fueron imprescindibles para la persona que más adelante llegaría a ser yo. Hacían reuniones en casa a las que venían siempre acompañados de otros artistas. Casi siempre se oía música, discusiones sobre política, alguien recitando un poema o algún relato que podría tanto dejar a todos consternados como desatar carcajadas. Pero de todas esas tertulias, recuerdo una en especial. Fue la noche del 29 de julio de 1983.

Era viernes cuando Buñuel murió. Había silencio a pesar de que estaban todos en casa. Nadie habló, ni cantó, ni recitó. Papá y los demás amigos habían estado todo el día con Jean, la mujer de Buñuel. Ella no quería que nadie supiera a dónde llevarían el cuerpo, y eso requería estrategia en colaboración con el Gobierno de México. Ahora, solo les quedaba el silencio y la pesada conciencia de que un gran amigo y un gigante de la historia del cine se había marchado para siempre.

Las amistades en el ambiente cultural que había hecho mi padre se estrecharon mucho más a partir de aquel día. Había surgido una especie de hermandad entre él y las personas más relevantes del mundo académico y artístico de la ciudad. Durante los años que mi padre fue embajador, creo que pasé de tener dos tíos a tener unos veinte. El tío José Emilio, el tío Carlos, el tío José Luis y la tía Elena eran quizá de los que más veíamos. Fui consciente de la importancia que tuvieron años después,

cuando ya era una adolescente que se devoraba sus libros o coleccionaba los extraños dibujos que encontraba en las servilletas que dejaban arrugadas por el salón de casa. Hoy, sus nombres son pronunciados con gran respeto en universidades de todo el mundo.

Fue así como la vida de México envolvió de tal manera a mi padre que cuando el nombramiento de su nuevo destino se acercaba, Fernando Gamboa le propuso como nuevo presidente del Colegio de México. Fernando fue quien en 1939 organizó los barcos *Sinaia*, *Ipanema*, *Mexique* y *De Grase* que zarparon de Sète, Francia, hacia el Puerto de Veracruz, trayendo a cientos de refugiados españoles a México. Cuando él habló con el secretario de Cultura, este no dudó en confiar en su criterio y enseguida llamó a mi padre para ofrecerle el puesto. Sin embargo, para que las personas con mayor influencia del país tuvieran en tan alta estima a papá, fue determinante el papel que desempeñó durante una terrible desgracia que ocurrió casi un par de años antes.

Una mañana me encontraba en el asiento trasero del coche camino del colegio. Yo estaba cerca de cumplir quince años, y a estas alturas ya había conseguido que Juan, el chófer, cambiara a Pedro Infante por Flans^[22] en la casetera. Era 19 de septiembre de 1985. En un mes tendríamos mi fiesta de cumpleaños, y mamá había empezado a preparar todo para conseguir que esa noche dejase boquiabierto a la crema y nata de la sociedad mexicana.

Nos encontrábamos casi llegando al cruce de la avenida Ejército Nacional para coger el Periférico hacia la zona norte de la ciudad cuando el coche empezó a moverse violentamente como si estuviera dentro de un sonajero.

—¿¡Qué pasa, Juan!?! ¿¡Qué pasa!?! —grité muerta de miedo. Nunca había visto nada igual. La cara de Juan me preocupó aún más cuando se dio cuenta de que el movimiento se volvía más intenso y de que parecía no detenerse.

—¡Es un temblor, señorita! No se preocupe, estese tranquila. Aquí en la calle no nos pasará nada. Ahorita que pare nos regresamos a la casa.

La gente empezó a correr por las calles y de los edificios comenzaron a salir personas despavoridas. Los coches se paralizaron en medio de la calzada y algunos de los conductores incluso se bajaron de ellos por miedo. A través de la ventana observaba una ciudad entera que se había vuelto de goma. Los árboles, los postes de luz, las farolas, los edificios... todo bailoteaba de un lado al otro y de arriba abajo. Fueron dos minutos que cambiarían la vida de millones de personas para siempre. Diez mil personas fallecieron ese día.

El caos era indescriptible. Treinta mil edificios se derrumbaron, sobre todo en el

centro de la ciudad, sepultando miles y miles de futuros para siempre. La gente deambulaba por las calles cubierta de polvo, sin reaccionar, como si se acabaran de despertar en un mundo que no entienden en lo más mínimo. Las imágenes de los voluntarios, policías, rescatistas y médicos sacando gente de edificios completamente derrumbados, de cientos de cuerpos sin vida rodeados de grandísimos cubos de hielo para retrasar su descomposición, de cajas y cajas de madera sobre el césped de un estadio de béisbol que improvisaban los ataúdes de los cuerpos que ya habían logrado identificar... Una pesadilla...

Enseguida mi madre y varias mujeres de diplomáticos organizaron una colecta de medicinas y material de primeros auxilios. A la mañana siguiente del terremoto fui con un grupo de jóvenes a entregar todo lo que habíamos conseguido al edificio de la Cruz Roja que está en Ejército Nacional, cerca del Hospital Español, a pocas manzanas del Periférico. La misma avenida en donde yo viví esos minutos.

Lo que vimos dentro de ese edificio iluminó de una forma totalmente nueva mi entendimiento de la vida. El hospital no daba abasto. Estaba completamente desbordado. Los pasillos ya no tenían espacio para más camillas con heridos. Había gente hasta en los suelos tumbada con piernas rotas, brechas enormes en la cabeza, brazos sangrando, cubiertos de polvo y sangre. Los médicos iban y venían corriendo a toda prisa, tratando de salvar la vida a los que llegaban con el último aliento que casi se les escapaba por la boca.

De pronto, entró en el hospital un grupo de paramédicos que empujaban a toda prisa una camilla. Sobre ella, una señora tenía en sus brazos a un bebé sin vida. El polvo blanco que lo cubría le hacía parecer un muñeco desenterrado. Lloraba aterrorizada. Detrás les seguía un paramédico que llevaba en brazos a un niño de unos seis años que no respondía. Una enfermera caminaba sujetando a un hombre que tenía la mirada totalmente perdida en el vacío. Otra enfermera tomaba los datos a las personas que estaban sentadas en las sillas y por el suelo de la sala de espera de urgencias. Dos chicas adolescentes lloraban abrazadas de pie en una esquina del pasillo. Todos estaban grises, como si de pronto se hubieran transformado en personas de ceniza.

Una enfermera que atendía a una viejecita nos vio entrar cargados con cajas de cartón y se limitó a señalar hacia el fondo de la sala, en donde se abría otro pasillo.

—Mi nietecita, seño... Sigue ahí enterrada... Se me va a morir mi nietecita... Por favor, seño... ¡Ayúdela! ¡Se lo suplico...! ¡Ay, Virgencita de Guadalupe! —decía llorando, con una angustia que daba escalofríos.

Esa fue la primera vez que sentí el horror por el que puede pasar la gente, el nivel de sufrimiento tan descomunal que podemos llegar a vivir, sin motivo, sin razón, sin siquiera imaginarlo. Nada ni nadie sabe en qué momento la vida te traiciona.

Un grupo de jóvenes voluntarios habían organizado un cubículo para recibir los

donativos, organizarlos y que fueran distribuidos ágilmente. Tres chicos y dos chicas de unos veinte años de edad dividían las cosas y las sorteaban. Los antibióticos en una caja; vendas, alcohol y algodón en otra; analgésicos, comida, ropa, mantas... todo separado en cajas identificadas.

Una de las muchachas nos dijo:

—Pónganlas aquí, en esta esquina.

Y sin parar un segundo de moverse, abriendo bolsas de Superama y de Aurrera^[23], lanzando los objetos que sacaba de dentro de ellas a sus cajas correspondientes, me soltó sin la más mínima expresividad un:

—Gracias.

No tenía ni tiempo ni cabeza para siquiera alzar los ojos y mirarme, un tiempo que yo tampoco tuve los siguientes quince días que no pude evitar ir a ayudarles, a pesar de las protestas de mi madre.

Esa tarde, poco después de las 19:35, la ciudad sintió la réplica del seísmo. Todo se movió otra vez, como si el suelo fuese un gigante dormido que vuelve a acomodarse en su cama entre sueños. Los edificios que habían conseguido mantenerse en pie a duras penas se desplomaron de inmediato, aplastando debajo de ellos lo que aún podría quedar de fe.

Esa noche mi padre se quedó encerrado en su estudio hasta muy tarde. Su voz desesperada podía escucharse en cualquier parte de la casa mientras hablaba por teléfono. El presidente Miguel de la Madrid había rechazado la ayuda internacional, y un avión de Cáritas estaba camino a la Ciudad de México sin permiso de aterrizaje. Cuando ya se encontraba llegando al aeropuerto, el presidente aún no había aceptado la entrada de ayuda internacional. El avión sobrevolaba la zona sin permiso para aterrizar y el combustible se agotaba.

—Señora, se lo suplico. El avión no puede permanecer más tiempo en el aire, y esta pobre gente necesita ayuda. Los españoles y los mexicanos somos hermanos. Vosotros habéis acogido y protegido a nuestros refugiados. Les abristeis vuestras casas y corazones en la hora de mayor necesidad. Permítanos, por favor, ser ahora nosotros quienes os tendamos la mano a vosotros. Eso es lo que hacen los hermanos. Se ayudan, se protegen, velan el uno por el otro —le oí decir.

»No es una cuestión política. La ayuda no viene del Gobierno del Estado, viene de la Conferencia Episcopal. Solo es gente buena que quiere ayudar. —Guardó silencio unos segundos.

»Sí, señora. Voy inmediatamente para allá. Muchísimas gracias. Hasta pronto. Dios la bendiga.

Colgó el teléfono y salió a toda prisa hacia el aeropuerto. Luego supe que con quien estaba hablando era con doña Paloma Cordero, la primera dama. Papá la contactó para pedirle ayuda y ella, contradiciendo a su marido, ordenó personalmente la inmediata autorización del aterrizaje del avión de Cáritas. Esa gestión, y la determinación y solidaridad que papá demostró, hizo que se ganara el afecto y el

respeto de mucha gente. Más tarde eso se convirtió en uno de los factores que influenciaron su nombramiento como presidente de una de las instituciones académicas más importantes del país.

Nadie sabrá el sufrimiento que esos días vivió México. Creo que yo tampoco llegaré a estar algún día cerca de entenderlo. Pero los días que estuve ayudando en la Cruz Roja con la distribución de donaciones me cambiaron la vida. Nació en mí la urgencia de mitigar el dolor de cualquier forma, a cualquier precio. Una urgencia que fui madurando y profundizando durante los nueve años que viví en México. Aprendí lo frágiles que somos, la facilidad con la que por sorpresa la vida te borra de las manos del tiempo, lo poco que podemos dejar. El arte, el amor, los recuerdos...

Somos dientes de león^[24] que un día cualquiera decide recoger Cronos en sus manos y, con implacable soplo, hacernos volar repartidos por el aire en granos de polvo blanco. De nosotros, ¿qué queda? Solo una difusa historia que conservan quienes nos recuerdan hasta difuminarse en un silencio absoluto que alcanza hasta la última memoria.

CAPÍTULO 3

El avión despegó del aeropuerto Benito Juárez ya de noche. Mientras nos elevábamos me despedía de las luces anaranjadas de la ciudad que me vio crecer. Nunca volví a México. Esa fue la última imagen que tuve de aquel valle rodeado de montañas, custodiado por dos majestuosos volcanes nevados y enamorados.

Hace cientos de años, cuando el Imperio Azteca dominaba estas tierras, los pueblos eran sometidos por tan fieros guerreros a su yugo y eran obligados a pagar tributos al rey. Sin embargo, existía un pueblo al que no habían conseguido vencer y con el que se mantenían en guerra constantemente: Tlaxcala.

El rey de este pueblo guerrero tenía una hermosa hija llamada Iztaccíhuatl que se había enamorado del guerrero más valeroso de los tlaxcaltecas, Popocatépetl. Pero pronto volvió a estallar la guerra entre ambos pueblos, y el rey se vio en la necesidad de enviar al guerrero a liderar sus ejércitos en la batalla.

Antes de partir, Popocatépetl pidió la mano de la princesa a su padre, y este le prometió que al volver de la guerra, victorioso, su amada estaría esperándole ilusionada y se casaría con él. El guerrero partió tranquilo con esta promesa y convencido de que pronto podría sujetar en sus brazos a la princesa.

Poco tiempo después, Popocatépetl venció a los aztecas y emprendió el camino de vuelta hacia su ciudad para ser recibido con honores. Un guerrero tlaxcalteca, terriblemente celoso del éxito y las condecoraciones que le esperaban al próximo príncipe, envió a un mensajero a Iztaccíhuatl. La pobre princesa recibió la noticia de la muerte de su amado y la insoportable tristeza la sumió en un sueño eterno.

El valeroso guerrero, al encontrar a su amada sin vida, hizo unir diez cerros para formar una enorme montaña. Cogió a la princesa en brazos y, con una antorcha en las manos, subió hasta la cima para depositarla ahí. Se arrodilló frente a su cama y se quedó junto a ella, inamovible, rindiendo homenaje a la mujer que amaba y velando su sueño eterno. El tiempo transcurría y el guerrero se mantuvo al lado de la princesa hasta que la nieve del invierno los cubrió por completo.

Así es como permanecieron para siempre juntos... Iztaccíhuatl durmiendo y, frente a ella, Popocatépetl arrodillado. Y en ocasiones, cuando llora, toda la tierra se sacude y de entre la nieve se abre paso el fuego eterno del amor que aún arde en su interior.

Yo no podía ver los volcanes, pero sí los coches que recorrían debajo de mí las enormes y congestionadas avenidas. Conocía esta ciudad tan bien... El Viaducto debajo y, a lo lejos, el Periférico, iluminados y llenos de coches de gente que vuelve a sus casas al acabar el día. Quizá después del trabajo o al salir de clases. Probablemente escucharán Kiss FM, o estarán al teléfono con alguien, quizá avisando de que llegan tarde para la cena por el tráfico. Algunos puede que aprovechen el atasco para mirar la gigantesca bandera del Campo Marte y pensar qué demonios le ha pasado a este país que se ha ido al cuerno, o se queden absortos pensando en algo que han perdido. Habrá otros que estén muy nerviosos tratando de buscar atajos cambiando de calles constantemente y, de ellos, tal vez alguno se anime a darle una limosna al niño del semáforo disfrazado de payaso con globos en el trasero, o de tragafuegos o de mimo.

Se me iba México... ¿O era yo quien lo abandonaba? Dejaba detrás de mí toda la gente que me conocía de verdad, mis atardeceres frente al lago, mi primer beso, mi primer amor, mi historia, mi hogar, mis noches de música, papel con tinta... mi terrible, terrible soledad...

Y mientras me iba, a mi lado Alfonso ya dormía. Él no tenía por costumbre mirar ni hacia los lados ni hacia atrás. Se me iba la ciudad, me iba yo... y me venía nuestra historia en imágenes, todo desde la primera vez que mamá me habló de él, marcando la línea de un futuro que me había envuelto sin que yo supiera. Me despedí ahí, a través de la ventana. Con los ojos dije adiós a México... Adiós al Ixtla... Adiós al Popo... Adiós, México verde de día, blanco por dentro y rojo de noche.

Mamá me anunció que esa noche tendríamos un invitado para cenar. Acababa de llegar de la facultad, donde estaba a punto de terminar la licenciatura en Historia. Dejé mis libros y mi chaqueta sobre la mesa redonda que está en el recibidor, frente a la escalera. Cuando apenas había subido unos escalones, escuché su voz advirtiéndome con ese tono suyo que me resultaba tan antipático que debía estar lista a las nueve en punto para recibirlo, y que no se me toleraría ni un minuto de retraso.

Es cierto que Alfonso impresionaba. Era alto, muy guapo, y su porte revelaba su pertenencia a ese grupo selecto de personas que se creen poseedores del mundo. Su presencia dominaba cualquier espacio y poseía un magnetismo irresistible que le permitía manipular a la gente que hubiera en la habitación a su antojo. Era un seductor por naturaleza. Simplemente, enamoraba. Hablaba cinco idiomas y se notaba que la estricta educación que había recibido le había proporcionado amplios conocimientos sobre los más variados temas. Eso le permitía tomar las riendas de

cualquier conversación, encandilando a las mujeres y ganándose la complicidad de los hombres.

Por supuesto que esa noche mi padre estaba persuadido de haber hecho un amigo, mi madre de haber encontrado al yerno perfecto, y yo... yo con el tiempo me fui convenciendo de haber conocido al hombre con el que siempre había soñado... una suerte de *gentleman* impoluto que me amaría incluso a través de la muerte.

Los siguientes seis meses Alfonso se dedicó a enamorarme. Era once años mayor que yo, y, con su personalidad, se había convertido en todo un experto en el arte de la seducción. Sabía ser romántico, dramático, misterioso, apasionado y distante, y manejaba meticulosamente todas esas facetas para conseguir moldear los sentimientos de cualquier mujer.

A veces caminábamos por el parque hasta que encontraba un árbol. Nos sentábamos debajo de él y me contaba sus aventuras por el mundo. De pronto, en medio de una frase, se interrumpía a sí mismo con una observación incontrolable sobre la belleza de mis ojos o la perfección de mis labios.

Otras veces cenábamos en alguna terraza con velas en las mesas. Pedía vino tinto y hablábamos de George Bataille o de Nietzsche hasta tarde en la noche y cuando me llevaba a casa y conseguía robarme algún beso frente a la puerta, me susurraba al oído poemas de amor de Baudelaire en francés.

En otras ocasiones se quedaba callado, como ausente, con la mirada de sus ojos oscuros perdida en algún horror que solo él conocía. En su mirada se escondían los secretos más profundos del dolor, el silencio más negro y más antiguo. Ahí era cuando le quería más. En su presencia que no me pertenecía.

Diez meses después nos casamos en la iglesia de Santo Domingo, en el centro histórico de la ciudad, y yo estaba en este avión mirando apagarse un México despierto en la oscuridad absoluta de la noche.

Llegamos a la casa de Puerta de Hierro alrededor de las dos de la tarde de un día de primavera. Cruzamos una enorme puerta negra que el conductor abrió con un mando desde el coche. Un camino pavimentado que atravesaba un extenso y precioso jardín nos llevó hasta la puerta principal de la casa. Dos columnas blancas la flanqueaban y sujetaban un pequeño saliente del techo de teja gris que cubría la casa entera. Dos mayordomos, tres sirvientas, dos jardineros y un chófer perfectamente uniformados nos esperaban en las escaleras del recibidor. Un poco separada de ellos para distinguir su rango, aguardaba la ama de llaves.

Haberme casado con Alfonso implicaba cumplir con una serie de obligaciones que

eran necesarias para su trabajo, pero siendo hija de un embajador estaba muy acostumbrada a ese tipo de vida. Solo se requería de la eficacia en la organización de una apretada agenda llena de cenas benéficas, eventos sociales y actividades culturales. Acompañaba a mi marido en todo tipo de actos en los que las relaciones de amistad que entablaba repercutían en la solidez de su posición en el mundo bancario y empresarial. Hasta que nació mi hija... mi preciosa Catalina de enormes ojos azules. Dios había cortado dos esferas al cielo para dárselos a ella. A través de sus ojos, se podía volar... Se podía volar.

Me dediqué a ella por completo. La bañaba, la vestía, la alimentaba con mi pecho mientras la arrullaba en la silla mecedora donde nos sentábamos frente a la chimenea de mi cuarto. Le cantaba canciones que mi madre me cantaba a mí de pequeña, hasta que se quedaba profundamente dormida en mis brazos o sobre mi pecho. Nunca me cansé de contemplarla. Podía mirarla horas y horas, quedarme sentada junto a ella y verla respirar. Era como si hubiera nacido un auténtico ángel.

Conforme pasaban los meses, Alfonso iba poco a poco distanciándose. Era cada vez más indiferente conmigo y una especie de rabia empezaba a crecer dentro de él. Saltaba ante cualquier cosa que consideraba que estaba mal y sus enfados eran cada vez más desproporcionados. Intenté hablar con él varias veces, pero no conseguí que me diera alguna explicación que justificara tanto enojo. Supongo que por eso quise creer que quizá tendría algún problema en el trabajo y que me lo ocultaba para evitar que yo me preocupara. Así que decidí hacer mi mejor esfuerzo para hacerle la vida lo más agradable posible y evitar cualquier cosa que pudiera molestarlo o darle aún más disgustos de los que el pobre ya tendría. A pesar de que me dolía muchísimo verle así, con ese cambio tan grande conmigo, intenté no hacérselo notar. Echaba de menos muchísimo al hombre del que yo me había enamorado, pero tenía que ser fuerte para él.

Mi madre estaba convencida de que solo estaba pasando por un mal momento. La llamaba por teléfono y ella me repetía constantemente que mi deber era apoyarlo, cuidar de él y hacerle la vida lo más fácil y agradable posible. Que me tenía que esforzar mucho más en hacerle feliz, y eso hice, aunque sin conseguir mucho.

Hasta que una tarde de enero volvió a casa de una comida de trabajo. Subió las escaleras con esfuerzo, como si estuviera muy cansado. Su enorme mano rugosa se deslizaba por el barandal de madera pintada de blanco, para luego sujetarse y tirar del resto de su cuerpo hacia arriba. Entró en el cuarto de Catalina y se acercó a su cuna. Parecía contento.

En realidad Alfonso nunca se ocupó de ella durante esos siete primeros meses. Para Catalina su padre era prácticamente un desconocido. Su presencia le imponía tanto que la asustaba, y en el momento en el que la cogió en brazos, el pánico se apoderó de ella y comenzó a llorar sin control. Él intentaba convencerla, pero Catalina estaba hundida en el miedo y ninguna de sus palabras o mimos conseguía tranquilizarla. Y entonces, todo cambió. Perdió el control, su reacción ese día

transformó nuestra vida para siempre.

—¡Coño! ¡Niña de mierda! —gritó con todas sus fuerzas.

La sangre se le subió a la cabeza y sus ojos parecían ser los de alguien completamente desquiciado. Las venas del cuello se le saltaron y todo su cuerpo enardeció. Lanzó con violencia a la niña dentro de la cuna y salió de la habitación dando gritos.

—¡Mocosa mimada de mierda! ¡Esto es culpa tuya, Hellena! ¡Hellena! ¡Ven aquí! ¡No sabes hacer nada bien! ¡Ni siquiera eres capaz de educar a una puta niña! ¿¡No puedes hacer algo tan sencillo como eso!? ¿¡No tienes cerebro o te crees que soy un imbécil!?

Me cogió del brazo y me arrastró con él a nuestra habitación, cerrando la puerta con un golpe detrás de nosotros. Giró la llave y, cogiéndome de los brazos, me arrojó con fuerza sobre la cama.

—¡Voy a enseñarte quién manda aquí! ¡Vas a aprender a respetarme aunque sea a hostias! ¡Esta es mi casa y tú haces lo que a mí me dé la puta gana!

Me volteó boca abajo sobre el colchón y me arrancó la ropa. La ropa interior salió junto con los vaqueros, la camiseta la dejó. Con la mano izquierda cogió mi pelo en un puño al mismo tiempo que me presionaba la nuca hacia abajo. Con la mano derecha me cogió la muñeca por la espalda. No podía moverme.

Recuerdo que el edredón de la cama no me dejaba respirar, me sofocaba. Esto no podía estar sucediendo. Esto no estaba pasando. Mi propio marido nunca me haría daño. A mí no... Y entonces le sentí entrar en mí... como si alguien me clavara una estaca, la que me mantendría partida por dentro el resto de mi vida...

Grité. Grité de dolor y supliqué, pero solo saqué una cosa de su boca.

—¡Cállate! ¡Coño! ¡Aguanta!

«¡Cállate! ¡Coño! ¡Aguanta!...». Nunca conseguí sacarme esa frase de la cabeza...

Cuando terminó, me quedé ahí, sin moverme, tumbada, con las piernas desnudas colgando del lado izquierdo de la cama. Muerta por primera vez.

A partir de entonces fue así. Por más que intentaba evitar su furia, complacerlo para apaciguar su odio, había veces que nada lo conseguía. Un pequeño error podía provocar que explotaran sus gritos y amenazas sin importar quién estuviese delante. A los pocos días, se transformaba, y volvía a ser divertido y generoso, hasta que cualquier cosa desataba de nuevo a esa especie de bestia que llevaba dentro y que desgarraba todo lo que encontraba a su paso.

Catalina iba creciendo y, con el paso de los años, yo aprendí a distraerme con otras cosas para no necesitar un amor que ya jamás volvería. Me sumergí en mis estudios de posgrado y en mi hija, pero algo se había transformado que no conseguía tocar. Una parte de mí se pudría, se había sofocado, y me enterré en el abismo más

profundo de todo lo desconocido y muerto que había en mí.

Cada día me fue carcomiendo. Me hundí dentro de mí misma. El tiempo me aplastaba los pulmones como si fueran dos botas de plomo enormes que pisaban mi pecho con obstinación. Se me vaciaba el alma. No sabía qué miraba, ni qué pensaba, ni qué tocaba. Todo se borraba. En el aire solo había veneno. Quedaba cada vez menos de mí.

PARTE II

Rohan cerró el libro. Se puso de pie, cogió su abrigo gris con la misma mano con la que sujetaba esas páginas ocultas tras una pasta verde, levantó el tirador de su maleta de mano y se dispuso a caminar.

—*This way, sir* —le dijo uno de sus hombres de seguridad, indicándole el camino. Los otros dos le seguían.

Por la ventana de la sala de autoridades se veían aviones aparcados frente a las puertas de embarque y distintos vehículos que circulaban debajo yendo de un sitio a otro de las pistas. Rohan miró unos segundos. Le pasó ligeramente por la cabeza la sensación de que hay muchísimas vidas allá fuera completamente desconocidas, todas con sus historias, con sus años. Todas pequeños mundos anónimos totalmente distintos y ajenos a él. ¿De qué sirve tanta vida? ¿A dónde se va tanto tiempo hecho, tanto sufrir o tanto amar?

Llegaron hasta la puerta del avión cuando ya todos los demás pasajeros se encontraban en sus asientos. Rohan se sentó junto a la ventana, en la primera fila. Los tres guardaespaldas se separaron y se sentaron en las filas que le rodeaban. Las azafatas, vestidas con elegantes trajes azules de chaqueta y falda a la rodilla, se acercaron a ofrecerles una bebida. Rohan la rechazó. Tenía el estómago cerrado. Desde que abrió aquel paquete no había podido comer nada. Solo podía pensar en aquella mujer de ojos azules que había conocido una noche de septiembre hacía ya trece años. Todo su misterio tomaba forma poco a poco con cada palabra leída. Ella se levantaba de las páginas tal como él la recordaba. Impenetrable, entera, fundida con el aire que le rodeaba a él, bordada en sus ojos, tatuada en todo lo que él había sido.

El avión comenzó a moverse. A los pocos minutos entraba en la pista y se colocaba para el despegue.

—Ya está —pensó—. Ya está.

La velocidad empezó a aumentar. El avión acumulaba su poder y se elevó un rugido feroz. En unos cuantos segundos las llantas se desprendieron del suelo como las patas de un águila al alzar el vuelo. Las manos de Rohan sujetaban aprehensivamente el libro verde, como si tuvieran miedo de que se deslizase y cayese al vacío.

Unos minutos esperó, hasta que se habían elevado sobre las nubes, hasta que había mucho aire entre él y el suelo, y no había coches, ni edificios, ni excusas para seguir lejos.

Abrió de nuevo el libro. Un sobre cuadrado de papel rústico marcaba la página en la que había dejado la lectura hacía unos momentos. Hizo una pausa. Respiró con miedo. Miró el sobre y, detrás, las palabras impresas que parecían resurgir del pasado. Todas esas palabras que él sabía que había ahí. Las conocía perfectamente y sabía que cada una estaba cargada de sangre, de luz, de besos, de ella, de él. Podía tocar en ellas

cada uno de los minutos que existieron. Podía escuchar salir de las páginas su piano, resonando entre las paredes de su casa del barrio de Luytens'. Podía ver a su alrededor esa habitación frente al jardín desde donde se veía el *neem*^[25]. Podía oler de nuevo su piel erizada, sudando temblorosa mientras él la hacía suya, mientras sentía la eternidad apoderarse de ellos.

—Ya está —pensó—. Ya voy en camino... ya está.

CAPÍTULO 1

Nunca supe que podría tener alas. Tampoco entendí que él había perdido las suyas. Siempre viví conformándome con sobrevivir y proteger. Desde mi infancia hasta estos últimos años en Kerala, siempre tuve que soportar la imposibilidad de soltar el miedo. De alzar el vuelo y de irme lejos, a un sitio donde nada pudiera arrebatarme mi destino. En donde mi destino fuera él, en donde él decidiese serlo.

Si miro atrás en el tiempo, cuando todo comenzó en aquella noche de primavera bajo un París perfectamente encendido, ahora puedo ver que desde el primer instante tenía que ser exactamente así, como fue. Desde la absurda inmadurez que demostraba, hasta este momento, en donde todo lo que hace sentido de mí tiene su nombre.

La primera vez que lo vi fue en ese enorme restaurante asiático de moda, con mala comida y buena música. Mi gran amiga Laura me había convencido para pasar el fin de semana en París. Había venido de México y llevaba un mes de visita en Madrid. Yo estaba feliz de tenerla en casa conmigo y con Catalina, que entonces tendría unos siete años.

Laura pensó que un cambio de aire nos vendría bien, que un poco de arte y libertad ayudarían a soportar esa vida asfixiante en la que estaba metida. Unos días visitando museos y escuchando conciertos de música clásica en iglesias antiguas sería como un soplo de vida.

Llegamos un jueves por la tarde. El taxista cruzó la ciudad protestando todo el tiempo por el tráfico y aunque el camino lo había hecho muchas veces, siempre me parecía un París nuevo cuando llegaba. El periférico cambiaba tanto de mes en mes... El color de las hojas, el color de las paredes, el color del aire... Hacía no mucho había estado ahí, pero, como siempre, en un viaje de negocios de Alfonso. Lo cual significaba pasar el día sola y soportar una noche de falso amor en el que entrar en la cama era lo menos difícil. Lo único bueno de esos viajes era que podía robarme una mañana para visitar yo sola los tapices de *La Dama y el Unicornio* en las Termas de Cluny. Eran mi secreto, mi antiguo hogar secreto. De otras vidas, de otros sueños.

La primera vez que estuve ahí fue mi madre quien me llevó. Siempre que viajaba a París solía comprarme un cojín con imágenes de los tapices porque sabía que toda mi vida había sentido fascinación por los unicornios, aunque ella nunca entendió de

verdad por qué. De cualquier manera, siempre voy a agradecerle ese día, cuando me vi delante de esos muros vestidos de magníficos y atemporales bordados, entendiendo cada puntada, cada nudo, cada voz oculta.

Salimos de allí y caminamos un rato alrededor de los Jardines de Luxemburgo, de camino al hotel. Nos alojábamos en un hotel pequeño de tres estrellas justo enfrente del Panteón, donde se encuentra el péndulo de Foucault y donde están enterrados Victor Hugo, Émile Zola y Marie Curie. Por las tardes ponía la *Nocturna No. 2* de Chopin, interpretada por Azkenatzy, y miraba el magnífico edificio por la ventana de nuestra habitación hasta que la luz se iba. ¿Qué será de nosotras cuando muramos?, pensaba. ¿Nos recordará alguien? ¿Hasta cuándo? Nosotras no hemos hecho nada digno de ser recordado. Nuestras vidas se acaban el día que cerremos los ojos y nuestros hijos vengan una vez cada no sé cuántos años a poner flores en nuestra tumba.

Dos chicos de alrededor de unos treinta años de edad nos esperaban sentados en la mesa. Ninguno de ellos llamaba especialmente la atención. Para mí era simplemente un compromiso al que acompañaba a Laura y las personas con las que nos veríamos me eran indiferentes.

Uno de ellos era un muchacho rubio, de complexión deportista. Era americano y se llamaba George. El otro era un chico indio de tez clara y pelo castaño, más o menos de mi misma estatura, también con un cuerpo bastante atlético. Tenían pinta de ser los típicos chicos *cool* de los que estaba acostumbrada a huir desde que era adolescente.

Mientras los camareros traían platos asiáticos variados a la mesa tuvimos la clásica conversación de cuando acabas de conocer a alguien. Cada uno cuenta de dónde es, su edad, a qué se dedica, si tiene hijos, si tiene pareja... Después la conversación se dirige hacia los intereses que pueda haber en común. Se habla de deporte, de música, de literatura y de sucesos de actualidad. Honestamente, no recuerdo ninguno de esos detalles, el caso es que la conversación derivó en hablar de los acontecimientos recientes en la vida de todos, y así fue como llegamos a hablar de las hazañas de su último viaje. Habían estado en Perú en un viaje de trabajo de Rohan, el chico que había nacido en la India. George, el americano, le había acompañado y aprovecharon el viaje para hacer algo de turismo por el país. De pronto la conversación derivó en que George presumía de una mujer que había conquistado y alardeaba de su éxito como seductor. Era lamentable.

—Lo digo en serio. Esa chica me hizo de todo. Se dedicó a cumplir todos mis caprichos durante dos semanas. Una monada. Pero desde que nos fuimos no deja de llamarme. Es pesadísima. Se está volviendo patética —dijo el americano.

—Pues yo no entiendo cómo puedes ahora tratarla así. Después de haberla tenido enamorada, ni siquiera le contestas el teléfono. Te acostaste con ella. ¿Qué esperabas? —le reprochó Laura.

—Que me haya acostado con ella no significa ni que yo tenga la obligación de

estar enamorado ni de que sea mi novia —contestó él.

—Le debes un mínimo, George. Al menos por educación, por respeto. Eres tú el que está quedando mal. No ella. Lo que haces es de cobardes —dijo Laura.

—No te lo tomes a mal, mujer. Los hombres somos así. Necesitamos vivir muchas experiencias antes de casarnos. Estar con chicas con quienes hacer todas las cosas que con tu esposa nunca harías —contestó Rohan.

—¿Y por qué no? —preguntó ella.

—Bueno... es la madre de tus hijos... —contestó Rohan.

Con ese comentario Laura empezaba a estar cerca de explotar. Notaba cómo la rabia se le había ido acumulando conforme estos dos individuos hablaban. Había caído en el juego y se enredaba más y más con cada una de las estupideces que se estaban diciendo en esa mesa. Yo estaba callada. Esa forma tan humillante de hablar de las mujeres me estaba provocando náuseas. Podía ver a Alfonso en ellos, años atrás, y me di cuenta de que así empezaba todo, con esa soberbia, con ese desprecio que disfrazaban de simpatía.

—El día que encuentres a la mujer correcta eso no va a ser un problema —le dije.

Rohan me miró con sorpresa, intrigado sobre lo que podía significar lo que yo acababa de decir. Pero conforme pronunciaba esas palabras me estaba dando cuenta de que eso no era verdad. De que solo era una mentira que las mujeres nos contamos para creernos especiales, capaces de cambiar a los hombres. Para creernos que podemos ser esposas, madres y amantes capaces de tener a sus maridos satisfechos. Pero no es verdad. Yo no tenía nada de malo. Yo era la correcta. Yo había amado sin reservas, me había sometido, había renunciado a todo, cumplía con todo lo que se esperaba de mí. Alfonso quizá me había querido y aun así me despreciaba. Prefería la compañía de otras mujeres, me castigaba con sus humillaciones. Yo era la correcta. Yo era la correcta para mucha gente. Y me odié a mí misma aún más por serlo.

El asunto quedó zanjado y creo que ninguna de las dos quisimos recordar esa noche mucho más. Eso fue todo. Volvimos a nuestras vidas solo con la sensación de haber desperdiciado una cena en París con dos personas absurdas. Un chico vanidoso y vulgar, y otro inmaduro y que resultaba indiferente.

Sin dedicarle más energías volví a mi casa de Puerta de Hierro, a mi maravillosa niñita, a mis obligaciones y al yugo de Alfonso, que caía noche tras noche como una sentencia funesta sobre mí.

CAPÍTULO 2

Era marzo de 2006, casi tres años después de París. Laura me llamó una noche para proponerme viajar a la India con ella y con Beatriz. Desde que vivía en México las tres nos volvimos como hermanas, y aun con la distancia nos manteníamos igual de unidas que siempre.

Le entusiasmaba poder enseñarnos aquel lugar tan exótico, que conociéramos a todos sus amigos y que nos enamoráramos de la India como ella lo había hecho años atrás. Hablaba constantemente de los maharajás con los que había estudiado en Cambridge, de las bodas suntuosas, los elefantes enjorados, los palacios tan inconcebiblemente maravillosos. Por alguna razón, en ese momento todo encajó y conseguimos subirnos a ese avión.

Habíamos vivido muchas, muchas cosas juntas. Los peores y los mejores momentos de nuestras vidas. Nos conocíamos y queríamos profundamente, tanto que sabíamos lo que la otra pensaba incluso antes de que ella misma lo hubiera llegado a pensar.

Beatriz nunca se casó. Cuando cumplió veinticuatro años se enamoró profundamente de un pintor alemán de una familia muy conocida en la ciudad. Habían terminado de decorar un pequeño piso de la Colonia Condesa que les habían regalado los padres de él para que empezaran su vida juntos. Estaba casi listo para entrar a vivir en él cuando una tarde un enorme camión cisterna se estampó contra la parte trasera de su Jetta^[26] negro mientras lo metía en el garaje de aquel sueño roto. Él no sufrió prácticamente. Fue ella la que cargó con el sufrimiento de ambos el resto de su vida. Nunca más volvió a amar a otro hombre. Se dedicó solo a trabajar, consiguiendo ser la periodista joven con más éxito del país. Todo el mundo la admiraba. Supongo que sería por ese halo de alma elevada que tenía, de comprender cosas mucho más allá que el resto.

Laura era la mayor. Era una mujer práctica, fuerte, una gran empresaria. Llevaba los negocios de su padre, y los había convertido en importantes empresas que ahora triplicaban su productividad, haciendo que su familia fuera una de las más adineradas y poderosas de México. Esa gran responsabilidad había agudizado su personalidad hiperactiva y organizadora que normalmente intimidaba a los hombres, pero que sacaba de forma genial en nuestros viajes por el mundo. En una ocasión llegó incluso a rediseñar para el capitán de nuestro barco la ruta que debía seguir en un crucero por las islas Galápagos. El capitán la miraba estupefacto sin atreverse a llevarle la

contraria. Nosotras a veces entornábamos los ojos resignadas y simplemente la dejábamos hacer, o nos reíamos sin control observando la situación. Como cuando le pedía a algún pobre transeúnte que nos hiciera una fotografía, recolocándolo al menos quince veces y dándole todo tipo de instrucciones para que el encuadre quedara justo como ella lo quería. Aquellos momentos eran preciosos. Observar la complicidad y el cariño que había entre las tres era precioso. Sentirnos hermanas era precioso.

Llegamos a Delhi en el vuelo procedente de Londres que aterrizaba a las 2:15. En el momento en que puse un pie fuera del avión el olor a azafrán y a curry me golpeó de frente. Nunca he vuelto a la India sin tener ese primer impacto cada vez que se abren las puertas. Ese olor inunda los pasillos del aeropuerto, las calles siempre nebulosas de madrugada. En ocasiones se mezcla con el olor que proviene de los arrabales cercanos a Pritviraj Road o a el barrio de Sunder Nagar, en donde pasaría la mayoría de mis estancias en los años siguientes.

Un chófer nos esperaba a la salida y nos llevó hasta un precioso Ambassador^[27] blanco de finales de los años cincuenta. Todo hacía parecer que retrocedíamos en el tiempo o que estábamos inmersas dentro de una película sobre tierras distantes y aventuras.

De un segundo al otro, el aire era distinto. El olor a jazmín al entrar al hotel Imperial nos envolvía por completo y nos aislaba del mundo que existía allá fuera, mezcla de humo de basura quemada y especias. Con sus maravillosas columnas neoclásicas blancas, el enorme arreglo de flores en el centro del *hall* de entrada, los suelos de mármol crudo y beis a cuadros, y las puertas de madera oscura estilo inglés.

Un enorme *sikh*^[28] con un turbante anaranjado y rojo bien atado en la cabeza y una elegantísima chaqueta blanca de bordados dorados nos recibió en la entrada.

—*Namascar*^[29] —dijo, uniendo las palmas de sus manos con una pequeña reverencia justo antes de ocuparse de dirigir el manejo de nuestro equipaje.

Dos muchachas vestidas con *sari* del mismo color blanco y tono dorado nos colocaron un collar de jazmines en el cuello y pintaron con polvo rojo un pequeño lunar en el entrecejo, al que ellos llaman *bindi*^[30]. Esa es la forma en la que siempre nos recibieron en los hoteles lujosos o en los sitios en donde se pretendía hacer una bienvenida especial.

Dormimos bien esa noche y a la mañana siguiente, mientras tomábamos el desayuno en la enorme terraza que daba al jardín, con las preciosas columnas verdes y las enormes higueras al fondo, planeamos nuestro primer viaje por la India.

Partimos dos días después hacia la primera parada: Agra. Recorrimos Rajastán en coche, atravesando Uttar Pradesh, uno de los estados más pobres y poblados de la India. Visitamos el Taj Mahal y el Fuerte de Agra, y nos dirigimos a Jaipur, donde

están el Palacio de Ámbar, el de la Ciudad, el de Los Vientos y el del Agua, el Palacio Rambagh, que ahora es un hotel, y el Fuerte de Jaigarh. Jaipur, la ciudad rosa. La que enamora a cualquiera que se acerca a ella. El amor eterno de todos los que posan en ella su mirada.

Desde ahí fuimos a Jodhpur y a Udaipur. Al pensar en estos nombres, lo que han significado para la personalidad de esta tierra, siento como si todo aquí fuera caligrafía. Fascina de la India lo poética que es. Todos sus nombres significan algo. Tienen un alma que convierte al país entero en un poema... con su métrica, sus metáforas y sus imágenes, que se piensan y que se absorben por los cinco sentidos. La más certera oda a la vida. La Ciudad Azul, la Ciudad del Amanecer y finalmente la Ciudad Dorada: Jaisalmer, la custodia del desierto del Thar.

Jaisalmer se encuentra en lo alto de una enorme roca de arena. Toda ella, sus muros, sus techos, sus templos, toda entera es del mismo color dorado que este misterioso desierto que une India y Pakistán. La mayoría de los hombres que la habitan son de la casta de los Bhatti, una casta orgullosa de descender de valientes guerreros *rajputs*^[31] que procedían del Punjab.

Dormimos dos noches en la ciudad para poderla conocer. Paseamos por sus callejones callados, como si llevaran en silencio muchos años. Al tocar los muros su polvo amarillo se quedaba en las yemas de los dedos. Las paredes del mercado están vestidas de telares coloridos y la ciudad entera la decoran templos jainistas, retacados de esculturas y aderezos arquitectónicos de piedra.

La madrugada del tercer día partimos hacia el desierto. Caminamos por los callejones oscuros con las mochilas colgando de las espaldas. El silencio y el frío del desierto se empezaba a hacer sentir en la antigua ciudad, aunque al apoyarnos en los muros para no perder el equilibrio, podía percibir el calor del día anterior que habían guardado celosos en su interior.

Cuando salimos por la muralla que ondea alrededor de la ciudad antigua, un jeep esperaba para llevarnos cerca de la orilla de las dunas, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad. Las luces del coche iluminaban tenuemente el camino de asfalto que atravesaba las extensiones de tierra amarilla. Se notaba que eran unos faros muy viejos y gastados, pero al menos servían para ver lo que había dos metros delante del parachoques. Una media hora, más o menos, tardamos en llegar a un descampado. El jeep salió de la carretera para aparcar sobre la tierra seca. Tres hombres vestidos de blanco y con turbantes que daban la impresión de ser cuerdas enredadas hacía ya muchos años sobre sus cabezas nos esperaban para llevarnos a través del Thar. Sus miradas delataban un cierto aire de burla, probablemente por ser nosotras las únicas lunáticas que habían decidido cruzar el desierto al comienzo del verano.

Era aún de noche cuando montamos en los camellos. A lo lejos, el negro palidecía para dejar que el cielo fuera convirtiéndose poco a poco en un azul intenso que se degradaba. Con cada paso que daban los camellos nos acercábamos más al sol y pronto su calor se dejaba caer como peso muerto sobre nosotros.

El desierto era algo impresionante. Nos maravillaba ese misterio, esa sensación de estar aisladas de todo en un sinfín de olas de arena. Iban pasando las horas y era como si siguiéramos en el mismo sitio. Solo cambiaba el color de la luz que teñía las dunas a su capricho.

Cuando comenzaba a oscurecer, los guías detuvieron a los camellos y dispusieron varias mantas por el suelo, donde podríamos sentarnos a ver el atardecer, y más tarde dormir. Hacía un frío tremendo, un frío seco y duro. Encendieron una fogata para calentar algo de té y comida que traían ya preparada.

Mientras la arena y el cielo se tornaban de un color naranja intenso, y algunas líneas de rosa pálido aparecían en el cielo, Laura se dio cuenta de que Beatriz llevaba callada mucho tiempo. Al empezar el safari todo eran risas, asombro, la adrenalina de la aventura. Pero ahora, cogía su té con ambas manos, buscando refugio en el calor de la taza, y tenía un mirada triste que no quería perderse esta despedida al sol del Thar.

—Impresionante, ¿verdad? —le dijo Laura—. Parece que el sol es otro aquí que en México. Como si aquí nadie le molestara para ser él mismo en todo su esplendor, en todo su silencio.

—¿Sabes? —contestó Beatriz—. Hace unos días volví a leer un poema de un maestro sufí que se llamaba Attar. Me gustaría que lo escucharan. —Hizo una pausa, y siguió hablando—. Estando aquí parece que todas las palabras que he leído desde hace años... filosofía, mitología, teología, historia... tienen otro sentido. Es como si esta tierra emanara un entendimiento de la realidad que va más allá de la literatura. Como si todo estuviese haciendo el amor con todo constantemente. Como si no existieran los límites del cuerpo y todos fuéramos una y la misma cosa.

Me acerqué a ellas un poco más, y con las tres sentadas frente al atardecer, con *chai*^[32] en las manos y envueltas en gordas mantas de lana, Beatriz comenzó a leer.

*Your face is neither infinite nor ephemeral.
You can never see your own face,
only a reflection, not the face itself.
So you sigh in front of mirrors
and cloud the surface.*

*It's better to keep your breath cold.
Hold it, like a diver does in the ocean.
One slight movement, the mirror-image goes.
Don't be dead or asleep or awake.
Don't be anything.
What you most want,
what you travel around wishing to find,
lose yourself as lovers lose themselves,
and you'll be that.*

¿En dónde reside la persona? ¿En dónde estoy yo? Solo se es amando, liberándose en el amor. Pero... ¿amando? ¿Acaso no había amado suficiente? He amado a mis padres, a mi marido y a mi hija sin reservas, y aun así no encuentro la respuesta a qué soy en esta infinitud seca. La que se perfila en el azul cobalto no es más que la que llevo encerrada dentro. Somos arena, el desierto y yo. Solo arena seca, que se extiende y que se entromete, que sofoca el espacio alrededor y se cuele por mis rendijas. ¿Acaso es que no soy otra cosa que lo que me rodea? ¿Acaso es que mi sangre no es otra cosa que arena mojada? No lo sé... Pero lo que sí es verdad es que, ahora mismo, no me siento distinta de la arena, del cielo que va descubriendo estrellas ni de las estrellas. No me siento separada de este mundo, sino trágica e irremediabilmente unida a todo.

Controlar el aliento, no dar lugar a la melancolía... Quizá en algún momento se pueda... dejarse morir. Pero entonces aparecen los ojos de Catalina, expectantes. Abiertos como agujeros infinitos, para amarrarme a la noche y al desierto.

Dormimos bajo las estrellas del desierto varias veces, juntas las tres, con la indescriptible sensación que da comprender que ese era un momento que jamás se volvería a dar, que nuestra manera de sentir el mundo había cambiado para siempre. Como si nosotras fuéramos ese mundo, como si al sentirnos, sintiéramos todas las sensaciones desde el principio de los tiempos.

¿Cómo imaginarse lo que se escondía entre esos montes de esta inacabable arena seca que me ocupaba toda, que me abrazaba toda? Hora tras hora todo parecía igual: aislado, lejano, silencioso, seco... seco hasta el fondo. Los camellos andaban lentamente subiendo y bajando dunas, con cierta sensación de saber perfectamente dónde se encontraban aunque no existiera nada alrededor que diera referencia alguna. Nos encontrábamos a poco más de quince kilómetros de la frontera con Pakistán, en dirección a Longewala, donde pasaríamos otra noche más antes de volver a Jaisalmer. Hacia el mediodía paramos en un pequeño poblado de apenas unas cuantas chozas. La gente que vivía ahí se acercó enseguida a recibirnos y ofrecernos descansar un rato bajo la sombra y rellenar nuestras cantimploras de agua.

Laura y los guías se habían repartido por las chozas para tomar una siesta para reponer fuerzas y esperar a que la hora de peor calor se pasara. Beatriz estaba con los niños del poblado a pocos metros de mí, dibujando en la arena con un palo de madera. Yo me había sentado junto a la puerta de una casa, recostada en el muro de barro. A mi lado, una mujer peinaba con calma el larguísimo pelo negro de su hija pequeña.

Sin saber de dónde salieron, tres jeeps color gris oscuro se acercaron al poblado a toda velocidad, levantando una nube espesa de polvo amarillo. Los niños y la señora se levantaron del suelo aterrorizados y corrieron a encerrarse dentro de sus casas. Varios hombres bajaron de los coches con metralletas en sus manos y comenzaron a desplazarse en direcciones distintas por el poblado. En cuanto nos vieron, empezaron a dirigirse hacia donde estábamos.

—¡Por aquí! ¡Hay dos de este lado! ¡Tú ve a buscar a la otra! —gritó uno de ellos, primero haciendo el gesto de llamar a sus compañeros con la mano y luego señalando hacia las casas de la derecha.

Beatriz me miró. Nunca había visto tanto miedo en unos ojos. Los pocos segundos que la pude ver estaba de pie ahí, sin moverse, impávida ante el pánico que la rodeaba. Se dio un beso en la yema de los dedos y giró la mano, como si de sus dedos despegara aquel beso y pudiera enviármelo hasta el otro lado del polvo. Antes de que alguien me cubriera la cabeza y me arrancara de ahí con sus brazos, Beatriz se despidió de mí.

CAPÍTULO 3

Viajamos durante tres días. Nos deteníamos solo por las noches para comer y dormir. El resto del tiempo viajaba acostada en la parte trasera de un coche. El calor era insoportable y el polvo del desierto lo hacía aún más duro. Por las noches me quitaban el saco con el que me cubrían la cabeza y me dejaban solo un vendaje en los ojos que hacían con un trozo de tela. Después entraba un muchacho que me daba de comer en la boca con una cuchara.

La segunda noche me encerraron en una habitación en donde el suelo y las paredes eran de barro. Algo de luz conseguía colarse por pequeños agujeros que atravesaban los muros. Me pregunté si eso podría pasar con mi poesía también. Tan sumida en la oscuridad durante tantos años, tan polvorienta, tan rota... sin embargo, sin ninguna rotura por la que consiga entrar un poco de luz.

Al cuarto día llegamos a un sitio que parecía una construcción, esta vez en concreto. Me hicieron bajar unas escaleras y me metieron en una habitación donde pasé varios días. Otra vez la oscuridad, el frío este que impacta con lo negro que hay en mí, con todos mis demonios acallados. El tiempo pasa como un lento tic tac que nunca escucho, como la eterna ausencia de paz. ¿Qué más da si me quedo aquí, si me entierro en la negritud? No hay nada para mí ya. Solo la responsabilidad me arranca a ratos, pero este dolor que nació conmigo y parece que no me pertenece se escuda en mi historia y crece. Crece tanto que ya no sé en dónde quedé. Solo hay abismo y culpabilidad.

Unos días más tarde llegamos de noche a algún sitio que supuse que era en las montañas. La temperatura había bajado drásticamente y llevábamos horas recorriendo caminos de tierra, con el coche inclinado por las cuestas y girando en curvas cerradas. Debíamos de estar cerca de los Montes Himalaya, probablemente ya del lado de Pakistán y fuera del alcance de la policía india. Esta vez parecía estar encerrada en la habitación de una pequeña casa. Había dos mantas gordas de lana en el suelo y una jarra de latón con agua.

No había hablado desde el día que nos llevaron. No pedí explicaciones, y nadie me las dio. Creo que en realidad no me importaba y que una parte de mí se alegraba de esto, que una parte de mí no quería dejar ese sitio nunca. Comía poco de lo que me traía el chico que viajaba con nosotros, sin expresar nada ninguno de los dos.

Simplemente acatando nuestros destinos obedientemente, como quien asume que no hay nada que sea injusto. Soy yo quien me hice la vida tan patética que tengo, nadie más. Yo tomé las decisiones, yo escogí. Sabía que todo eso era exactamente lo que no era yo, lo que repudiaba desde el fondo último de mis entrañas, y aun así me lo fabriqué. De entre el excremento de mi vida, solo se alza Catalina, limpia de toda maldición.

Seguramente habían pasado cuatro o cinco días cuando escuché unos gritos del otro lado de la pared, como si unos hombres estuvieran discutiendo fuera de la casa. No reconocí el idioma. No era ni hindi ni árabe, así que supuse que probablemente sería urdu, que se habla en la zona de Pakistán fronteriza con la India. Solo alcancé a distinguir sus nombres al final de la conversación. Parecía que se habían enfadado y uno de ellos se marchaba mientras el otro le llamaba para que volviese.

—¡Jubair! ¡Jubair!

—¡No, Talha! ¡No!

—¡Jubair!

El desierto del Thar hace frontera con Pakistán, y al norte da con el Punjab, zona que colinda justo con la punta sur del territorio cachemiro. Con el conflicto entre India y Pakistán por Cachemira habían surgido grupos terroristas que luchaban por la liberación de la parte adjudicada al Estado indio, y aunque no estaba muy informada no había que ser muy inteligente para deducir que todo esto venía de ahí. Solo era cuestión de esperar a ser decapitada frente a una cámara de vídeo y, mientras tanto, pretender que aún seguía viva.

Llegó un momento en que ya no sabía si era de día o de noche, o cuántos días, semanas o meses habrían pasado. La espalda me dolía mucho, las uñas me habían crecido bastante y se me rompían. El pelo conseguía mantenerlo más o menos desenredado a base de trenzármelo, pero la piel la tenía ya muy seca y sucia y la boca pastosa y con un sabor terrible. Tanto dinero gastado en faciales, tratamientos de pelo y blanqueamiento de dientes. Al final, ¿para qué? Si nada de eso se lo lleva uno al otro lado. Cuando mi cabeza rueda, nadie de los que estén frente a la pantalla del televisor va a decir: «¡Qué desastre de pelo! ¡Cómo le hacían falta unas lucecitas! ¡Pero si la pobre parece una yonki!». No. Nadie va a decir: «Qué piel, ¡por Dios! ¡Al menos debería llevar un poco de *BB cream!*!». NO. Nadie se va a fijar ni en mi piel, ni en mi pelo, ni en mis uñas, ni en nada, entre otras cosas porque no se van a atrever ni siquiera a mirar. Van a girar la mirada hacia sus patéticamente superficiales vidas para ocuparse de los batidos de chocolate de sus mimados hijos que se lanzan cosas de un lado al otro de la mesa, y luego se irán a sus enormes baños de mármol a ponerse el rímel bien en las pestañas y llegar a otra absurda cena en donde hablarán de las botas que se han puesto de moda y el mal gesto de la antipática de la mujer de no sé quién del otro día. Así será. Así siempre será. Y mientras, del otro lado del

cristal de esa burbuja, hay millones y millones de pies que se arrastran por el polvo, manos diminutas que buscan entre el barro de las calles putrefactas alguna pequeña señal de que no todo en este mundo es una mierda.

Ese infinito silencio, esa absoluta oscuridad me engullía burlona mientras desfilaban delante de mí todas mis incongruencias, mis muy reprochables pecados. Sobre todo, el de mi gigantesca vanidad al pensarme más inteligente, más merecedora de la auténtica felicidad que las demás mujeres que conocía de Madrid, porque, según creía, yo estaba por encima de la superficialidad en la que vivía. ¡Qué tonta! ¡Qué vanidad la mía! ¡Esto es lo que me merezco! ¡Esto! El vacío. Día tras día... el vacío.

Hubo una vez en que supe La Verdad, en que conocía La Verdad. Me conocía, me era. Y yo misma decidí olvidarlo todo. Yo misma decidí olvidarme de la verdad, de quién era esa que había dentro de mi cuerpo. Me metí en la mentira que me inventaron con el noble y apuesto caballero, y el palacio y el caballo blanco. Me creí todo. Me lo creí tanto que pensé que eso era la realidad, que esa era mi felicidad, mi destino.

Empeñé mi vida por un mundo de cristal que se resquebrajaba con dudas mínimas, con la palabra que se sugiere indomable, con el sueño que se pretende libre y auténtico. Todo lo real es inmediatamente identificado y aplastado como a un bicho que expande una epidemia. Ahí solo funcionan los vestidos de lentejuelas y las cordialidades.

Y de mí... ¿Qué queda? Nada. De mí, nada. Ya no siento. Desde hace años, ya no siento vivas dentro de mí las noches de mi ventana en México, la luz que atravesaba los eucaliptos del parque clavándose en mis huesos. Ya no siento vivo el sonido del piano, ni la lágrima que resbalaba al pronunciarse la palabra perfecta que estalla. No siento mi mitología, ni el ansia perenne, ni la mirada fundida. Soy una mera autómatas que funciona únicamente para cumplir con la responsabilidad de proteger a un pequeño ser perfecto al que di vida. Ya no existe en mí poesía. Se han muerto las palabras porque se ha muerto el mundo. Se ha muerto en mí todo. Se me ha muerto Dios.

CAPÍTULO 4

Hacía nueve años se despertó un día con el sonido del móvil. Se acordaba perfectamente de la sensación de volver del sueño aquella tarde. Los dos perros Jack Russell que dormían a sus pies miraron perezosos hacia arriba para comprobar la reacción de su dueño. El libro que tenía en una mano que colgaba de la silla se le resbaló de los dedos, olvidando que sujetaban algo. Estaba ya acostumbrado a estas inesperadas llamadas en las que casi siempre tendría que salir a toda prisa.

—¿Hola? ¡Kelath! ¿Cómo? —exclamó alarmado—. Voy para allá. Llama al señor Patil.

Se sacudió las arrugas del *kurta pajama*^[33] blanco que llevaba puesto y buscó las sandalias de cuero que había dejado en algún lado del porche. Hacía ya muchísimo calor en Delhi y la única ropa que soportaba esa humedad y esa temperatura era el *kurta de kadhi*^[34] tradicional. Además, los miembros del partido consideraban muy importante dar la imagen de ser gente muy normal, gente del pueblo, que vestía con ropa del pueblo. Como había enseñado Gandhi.

Salió por la puerta de madera blanca y cristales que completaba el diseño colonial de su pequeño bungalow inglés de Aurangzeb Road. Los perros le siguieron hasta ahí, pero obedecieron la orden de Rohan de quedarse dentro y no salir al jardín que se encontraba en la parte delantera de la casa. Solo había conseguido dormir media hora, pero le había servido para recuperarse un poco. Tan solo tres horas antes había estallado la última de las cinco granadas que habían sido detonadas en Srinagar^[35], justo después de que el primer ministro dejase la ciudad tras una conferencia de mesa redonda que había durado dos días. La mañana había sido dura, pero esa noche tenía muy mal aspecto.

Un hombre le abrió la puerta del coche, otros tres se subieron a toda prisa después de él. El conductor arrancó y se dirigió al portón principal, en donde varios guardias de seguridad con metralletas en las manos abrieron después de revisar tres veces que la calle era segura. Al salir, cuatro coches de seguridad del Gobierno arrancaron detrás de ellos camino del Ministerio de Asuntos Internos.

Apenas llevaba poco más de un año en el puesto y habían sido ya muy pocas las tardes que pasaba escuchando el violín de Repin^[36] interpretando a Tchaikovsky. Se sentaba en el porche trasero de su casa frente al viejo *neem* al que acababan de

podarle las ramas y con un libro en las manos, muy probablemente de historia de Perú o de algún otro país latino de América. Pero tenía en las venas ese ardor que tienen los que se saben soldados de la humanidad, los que se ignoran a sí mismos y su mortalidad, los que se desprecian si no entregan su vida por una causa. El ardor ese que lo vuelve poderoso, impenetrable, que lo levanta de su vida para lanzarlo a la vida de los otros.

Cruzó la puerta del edificio y ya le esperaba Kumar, su asistente. Delgado y no muy alto, de cara noble y afilada, se movía rápidamente, pero con la seguridad de quien se sabe inexcusable. Se había formado en los Servicios de Inteligencia y era experto en política interior, pero era honesto, ágil y callado. Por eso Rohan se fiaba de él.

Llevaba documentos y dos móviles en la mano. Eran las 18:48, la hora en la que toda India está camino a casa, probablemente volviendo del trabajo.

—*Namaste, sir.*

—*Namaste, Kumar.* ¿Cuál es la situación?

—Tenemos siete explosiones en cadena a lo largo de la línea occidental comenzando a las 18:24. Las explosiones duraron once minutos, y las bombas estaban localizadas en los compartimentos de primera clase.

—¿De nuevo Lashkar-e-Taiba?

—Todavía no lo sabemos, señor.

—¿Ha sido interrogado Mohammad Afzal^[37]?

—Están en ello justo ahora, señor. Nos informarán en cuanto sepan algo. El señor Narayanan llamó al señor ministro, como usted le pidió, y están a punto de llegar. Le espera todo el equipo en su oficina para ponerle al tanto a tiempo para la reunión que tienen en diez minutos.

Al cabo de poco tiempo estaban ya reunidos el secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Internos, V. K. Duggal; el director de los Servicios de Inteligencia, Ekkadu Srinivasan Lakshmi Narasimhan; el director de la Oficina Central de Investigación, Vijay Shanker Tiwari; el consejero de Seguridad Nacional, Mayankote Kelath Narayanan; y el ministro, Shivraj Patil, que en cuanto entró en la sala se sentó en la mesa presidiendo la reunión y soltó la primera pregunta.

Rohan adoraba a Patil. Le tenía mucho más que un enorme cariño. Más bien, le tenía la lealtad y admiración que se profesan a quien le debe uno no solo la vida, sino también la misión de esa vida. Él y su mujer, Vijaya, habían sido grandes amigos de sus padres. Cuando su coche se precipitó por un acantilado y ambos fallecieron esa noche en la carretera de McLeod Ganj^[38], Patil acogió a Rohan como a un hijo. Se aseguró de que tuviese una gran preparación enviándole a la Universidad de Harvard y después lo formó en la política y en las cuestiones de gobierno de un Estado con el

rigor y la exigencia que se tienen con un príncipe heredero. Era implacable, agresivo. Lo único que no había conseguido era que Rohan aceptase casarse con la chica que había escogido para él, por más que le insistiese en que era el matrimonio perfecto y tuviera una personal debilidad por los impresionantes ojos verdes aguamarina de la joven muchacha.

—Señores, parece que hoy es uno de esos días negros. Veamos... Lakshmi, ¿ha soltado algo el imbécil que agarramos en Srinagar?

—Nada, señor. Seguirán interrogándole. Ya nos ha dado más información sobre la estructura de LeT^[39], aunque nada aún que les vincule a Mumbai. Pero, señor, hay una cosa... No puede ser oficial por el momento, pero los explosivos que encontramos... Son bombas de olla de presión que contenían RDX y nitrato de amonio, los mismos explosivos que incautamos en abril y mayo a células de Lashkar-e-Taiba y del Movimiento Islámico de Estudiantes de la India en Aurangabad, Nasik y Nagpur^[40].

Kelath, el consejero de Seguridad Nacional, prosiguió con el *briefing*^[41].

—Se han suspendido los servicios férreos por el momento. Estamos bloqueando todas las vías de salida de la ciudad e instalando puestos de control en puntos estratégicos para cubrir todas las posibilidades de escape. Los sistemas de comunicación, la telefonía fija y móvil han sido bloqueados con la excusa de una sobrecarga, y así intentar evitar otra detonación.

—Señor, yo he hablado a los pocos minutos del ataque con el jefe de Gobierno de Maharashtra^[42]. Han enviado todos sus equipos de rescate a las zonas de los estallidos y estamos mandando ya desde Delhi varios equipos de apoyo —agregó Duggal.

—¿Cuántos afectados? —preguntó Patil.

—Aún no lo sabemos con certeza, pero se estima que unos doscientos muertos y cerca de setecientos heridos. Hemos hablado con los hospitales privados para que atiendan de manera gratuita a los heridos y también con la NDTV^[43] para que emitan mensajes dirigidos a los familiares, los nombres de los fallecidos identificados e información de puntos de ayuda establecidos.

El ministro reaccionó enseguida a la información, como tomando decisiones con la determinación implacable que da la certeza de saber qué es lo que se tiene que hacer.

—Muy bien. Quiero que declaren de inmediato el estado de alerta máxima. Hablen con el jefe de Estado de Maharashtra y con el presidente de Indian Railways^[44] para preparar una indemnización a las víctimas. Vijay, Kelath, quiero que se escuchen todas y cada una de las conversaciones de teléfonos que pertenezcan a árabes en la ciudad desde los últimos cinco días. Busquen algo y tráiganme información. Vijay, detengan e interroguen a cuanta persona tenga el más mínimo gesto sospechoso y a cualquier árabe que hubiese estado en la zona. Quiero que saquen hasta la última de esas ratas de las alcantarillas de Bombay —dijo.

En ese momento, el asistente de Patil, un hombre muy bajito pero fortachón, con

cierto aspecto que recordaba a un bulldog, entró por la puerta.

—Señor, perdone. Madam^[45] Gandhi ha llamado. Sale para Mumbai lo antes posible. Quiere que lo preparemos todo.

Patil se levantó lentamente de la silla con las manos sobre la mesa.

—Caballeros, ¡cojamos a estos cabrones! Rohan, quédate un momento, por favor.

Rohan se levantó, pero esperó a que se desalojara la sala y entonces preguntó:

—¿Shivraj?

Rohan jamás se dirigía a Patil con su nombre de pila. Era una confianza que solo se permitía cuando estaban lejos de las miradas y los oídos de la gente. Cuando estaban los tres solos, ellos dos y Vijaya, comiendo los sábados en casa, o cuando se encerraban en su viejo estudio y le enseñaba los recuerdos que guardaba de la Madre Teresa, Tagore, Nehru, Indhira, Rajiv, Gandhi... todas aquellas personas que le hacían ser quien era, los que hacían ser a India lo que era. Entonces sí, Patil se convertía para él en su padre.

—Rohan, tenemos que reunirnos con el primer ministro en su residencia en una hora. ¿Puedes tener para entonces una noción de qué diablos vamos a decirle al hombre?

—Haré lo posible para tener toda la información a tiempo.

Entonces, aquel patriarca que acababa de pasar sus setenta años, sobre el que él se había apoyado siempre, le llevó la mano al hombro, desde la distancia. Como lo hace un hombre duro que por un segundo se confunde, pero que sabe que no puede permitirse ni la más mínima debilidad, que tiene que atrincherarse en su dureza de piedra antigua. Confusión... en la política, ese es un lujo impensable.

Se recuperó de esa milésima de segundo, de una fugaz mirada errante, se giró y salió por la puerta con paso firme, inmediatamente custodiado por su equipo de seguridad.

Una hora más tarde esperaban los cuatro —Patil, Narayanan, Duggal y Rohan— en una salón de la residencia de Race Course Road a que Manmohan Singh entrase por la puerta. Rohan estaba callado. En su cabeza, las piezas de información se movían de arriba abajo, se colocaban y descolocaban. Se trazaban líneas que iban de unas a otras creando una especie de telaraña. Como si estuviera elaborando un esqueleto de la realidad y encontrando los nexos entre todas esas piezas sueltas.

Finalmente Singh entró en el salón verde. Sin decir nada se sentó y se dispuso a escuchar. Patil hizo un resumen y los demás informaron con un poco más de detalle cómo se estaba manejando la crisis en cada distinta área que requería atención. Y entonces llegó la pregunta crucial: ¿quién ha sido?

Nadie se apresuró a contestar, como si no supieran realmente qué decir o cómo empezar a hablar. De pronto, Singh se dispuso a levantarse como para intentar enfrentarse a una preocupación mayor que la que esperaba, y ahí fue cuando Rohan

soltó lo que traía en la cabeza.

—Señor, cuando cerramos los acuerdos que hicimos en marzo en materia nuclear con Estados Unidos, Bush nos pidió reforzar la lucha contra el terrorismo en la frontera de Cachemira, sobre todo en la zona que colinda con Afganistán. Al Qaeda y otros grupos terroristas tienen movimiento libre por ese paso fronterizo. Para ello era imprescindible conseguir la colaboración del Gobierno de Pakistán. Por eso reiniciamos las conversaciones de paz. Pero a Pakistán no le conviene llegar a acuerdos con India en lo que concierne a Cachemira. Lo que siempre han querido es que Cachemira sea separada de nosotros para que se adhiera al Estado pakistaní. Y a pesar de que intentan aparentar estar en contra del terrorismo y colaborar con los esfuerzos de América, Europa y el Consejo de Seguridad, ellos mismos subsidian por debajo de la mesa a grupos como Lashkar-e-Taiba. Con estos tipos lo hacen a través de grupos legales como JuD^[46] y MDI^[47] bajo el disfraz de misioneros religiosos y de trabajadores humanitarios. El creador de ambos grupos es Zakhi-Ur-Rehman Lakvi, quien ahora mismo es comandante de operaciones nada menos que del propio LeT, y que opera bajo las órdenes directas del líder del grupo, Hafiz Muhammad Saeed.

»También reciben donaciones de gobiernos como los de los Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Kuwait y Arabia Saudí. A ninguno de ellos le conviene que tengamos contento a Bush y que nuestro acuerdo nuclear funcione. Usted sabe que eso nos conseguiría el apoyo de casi todos los países más poderosos del mundo en otras materias, y contratos de mucho, mucho dinero.

»Por otro lado, nuestra alianza con Estados Unidos aísla aún más a Al Qaeda. Ahora mismo se encuentran rodeados casi por completo, y si encima les cortamos el paso entre Afganistán y Pakistán, sus días estarían contados.

»Señor, esto tiene que ser una colaboración entre el LeT, el MIEI^[48] y el ISI^[49], con Al Qaeda y países de la Liga Árabe detrás. Aún no tengo claro si los muyahidines indios están también involucrados. Pero sí creo que la intención es fabricar una excusa para dañar las conversaciones de paz con Pakistán para conseguir liberarles del compromiso de la lucha antiterrorista en la frontera, y como consecuencia bloquear nuestros proyectos nucleares con Estados Unidos. Para ellos y para el resto del mundo árabe sería un golpe a su poder económico, político y militar del que sería muy difícil recuperarse.

Hubo un silencio. Por unos minutos, Patil tenía los codos sobre las rodillas y las palmas de las manos unidas en un gesto de concentración profunda, recargando la punta de sus dedos en su nariz, haciendo que se le descolocaran levemente las gafas. Duggal se había ido hundiendo poco a poco en el sofá, con la cabeza lo más girada posible hacia la puerta, como si pensara que en cualquier momento entraría la Devi^[50] en su forma de Kali^[51] o de Saraswati^[52], para bendecirles con la solución a

esta pesadilla. Narayanan sujetaba en las manos un cuaderno estropeado y un bolígrafo, pero no había conseguido anotar ni una sola palabra.

El primer ministro se había levantado de su sillón y se encontraba de espaldas. Miraba a través de la ventana la negritud que había ya invadido el jardín inmenso. Esa oscura amante con la que se confabulaban a diario las plantas para separar aquella casa del resto del mundo. Para separarla de los terribles demonios que pululaban libremente nada más cruzar la pequeña verja verde.

—Déjenlo salir a la luz —soltó finalmente Singh—. Patil, Duggal, quiero que hagan unas declaraciones a la prensa. Sin afirmar contundentemente, dirán que tenemos claros indicios de que es muy probable que los culpables sean ellos tres. ¡Por supuesto que vamos a suspender las conversaciones de paz! Que se hable de ello en todos los medios. Que no se crean por un segundo que nos van a manipular. Vamos a ponerlos en evidencia delante del mundo entero. Entonces veremos qué tan valientes y qué tan imbéciles son. Les vamos a dejar claro que con nosotros no se juega. ¡Malditos locos...!

»Coordinen una masiva donación de sangre por parte de la comunidad musulmana. Que haya colas de gente y se hable de ello en los medios. Entre el atentado y las detenciones se pueden descontrolar las tensiones entre ellos y los hinduistas, y eso es algo que no nos podemos permitir.

»Ahora, déjenme solo. Tengo que hacer una llamada a la Casa Blanca para que localicen a Bush. Vamos a ver qué quiere hacer con todo esto y cómo lo manejamos en la reunión del G8 que tenemos en San Petersburgo la semana que viene.

Al día siguiente los cuatro se reunieron de nuevo ya directamente en las oficinas centrales de los Servicios de Inteligencia para dirigir las operaciones desde allí. Rohan llamó a Kumar para que estuviese en la puerta esperando cuando llegaran los demás y les tuviera toda la información preparada. Después de estudiarla en la sala de reuniones y tomar algunas decisiones, se dirigieron a la sala de control para gestionar desde ahí ciertas instrucciones y luego dispersarse para ocuparse cada uno de su área.

En aquella sala había dos pantallas con las imágenes que emitían los canales de televisión mostrando los trenes destrozados, los heridos, los equipos de rescate y los voluntarios tratando de salvar vidas sumidos en la desesperación y el horror de aquella pesadilla. Polvo y sangre... gente desenterrada de otras vidas pasadas... ahora era su otro mundo.

Otras pantallas mostraban imágenes satelitales de Cachemira y de la ciudad de Mumbai y sus alrededores. Por toda la sala había personas al teléfono y trabajando frente a ordenadores. Nadie se distrajo al verlos entrar. Eran conscientes de que lo que tenían que ejecutar era mucho más importante que cualquier protocolo.

Empezaron a pasar las horas. Todo eran soluciones de inmediatez, de urgencia. Había que volver a poner a esa ciudad en pie. La gente... esa gente... Sus uñas, sus

dientes, su pelo envuelto en polvo cruel. Rohan no había dejado de mirarlos en toda la noche. Había estado en esa sala desde el día anterior, atrapado entre esas personas. En cada uno de ellos estaba el reclamo, el grito, el llanto crítico que no daba otra opción que la de matarse hasta encontrar a esos que se creyeron justicieros y eran solo la escoria indigna de una India noble.

¡Cómo le crecía la rabia! Le crecía y le crecía. Podía sentir en su piel las quemaduras con las que fueron sentenciadas esas almas. Podía oler esa piel chamuscada en su ropa y sentir ese hoyo oscuro y hueco debajo de las costillas. Le creció la rabia... Y se sabía superior y poderoso. Se sabía, él sí, justiciero. Avalado por la maldad misma de aquellos otros. Se sabía él... se sabía India en todo él... y nada lo iba a detener.

CAPÍTULO 5

¿Cómo iba el poema ese que leía Beatriz? Ah, sí, es verdad... «*Don't be anything...*». ¿Será eso? ¿Será que pretendemos siempre ser algo? ¿Por qué tenemos esa vanidad? ¿Por qué pretendemos definirnos? A mí, ¿qué me ha definido? ¿Ser española? ¿Que haya crecido en México? ¿Que me casara con un hombre comido por la crueldad? ¿Que dentro de mí se haya creado otra vida muy por encima de la mía? ¿Mis pasiones? ¿Que pronto me acabe y sea desierto?

¿Qué es lo que me hace ser yo? Si todo aquello que sentía que era ha desaparecido. Ya no hay noches en vela leyendo, ya no hay libros, ni música en mi cabeza. No es que ya no perciba en mí ni siquiera los retales de mis sueños, o mi manera de sentir el mundo, o las palabras que giraban centrifugadas en mi mente. Yo era un cosmos. Dentro de mí volaban universos llenos de almas antiguas y nuevas... todas esas cosas que había por hacer y por decir... Tanto que amar...

Tenía que amar al viento por el que volaba mi mano cuando la sacaba por la ventana del coche. Tenía que amar los enormes ojos de los niños que nunca he conocido, desparramados por el mundo. Amar el olor a selva de las montañas ensangrentadas, el color de la tierra nueva, todas las noches todas distintas, el tiempo que se esconde en el pelo de mi hija, y a algún hombre. A algún hombre que siempre ha sido y que no ha llegado. Un hombre que me sabe, que me sabe de verdad porque existe dentro de mí. Pero ahora... ahora ya solo queda el vacío de la noche, y este frío que se establece en todo lo que soy y en todo lo que nunca he sido.

Cómo pasaba el tiempo... ¡Tan lento! Aún no sabía ni siquiera si Beatriz y Laura seguían vivas. ¿Hacía cuánto nos habían llevado ya? ¿Un mes? ¿Mes y medio? No tenía ni idea, y en realidad no me importaba. Si me hubiera importado, habría encontrado la forma de contar los días. Pero quizá estábamos justo en el sitio en el que debíamos estar, en el momento en el que debíamos estar, y yo tenía que dejar ir esa absurda aprehensión de controlar. Saber la hora y el día no cambia nada. Lo que tiene que ocurrir ocurre. Sin más. Es así. Es solo que nos educan para creer que somos nosotros los que somos dueños de nuestro tiempo, pero en realidad es una mera concepción confeccionada para evitar enfrentarnos con la verdad: que todo es cuando, donde y como debe ser.

Y entonces, ¿qué se hace en estos casos? ¿Rezas a un dios, a un santo o a una virgen? ¿Maldices y lanzas todo tu odio a aquellos que te han hecho esto? ¿Pides clemencia a tus captores? ¿Te autoconvences de perdonar como seguramente has

leído en libros de Osho o de Eckhart Tolle? ¿Te vendes? ¿Te dejas morir? Al final, todos tenemos una cárcel. De lo que se trata es de decidir qué hacer con ella...

¿Cómo iba ese otro poema? El que terminaba:

*... I thank whatever gods may be
For my unconquerable soul...*

*... I am the master of my fate:
I am the captain of my soul^[53].*

Así que la pregunta es: ¿qué vas a hacer tú con tu cárcel? Y la cuestión sobre cuál será nuestra respuesta nos remite al principio, a la naturaleza de las cosas. ¿Quién es el enemigo? Quizá debemos empezar por darnos cuenta de que nuestra cárcel somos nosotros mismos.

Y ahí estas, luchando con tus demonios para tratar de encontrar una manera de sobrevivir, y un día la puerta se abre violentamente, entran cuatro hombres y te puedes despedir de la bendición del encierro.

Después de quitarme la venda de los ojos, me levantaron del suelo y me sentaron al fondo de la habitación contra la esquina. Lanzaron un periódico sobre mis piernas y el más joven hizo un gesto para que le imitara y sujetara el periódico de frente hacia ellos.

—*Take this! Take this!*^[54]

Cuando cogí el periódico y lo sostuve frente a mí como me estaba indicando, otro hombre me hizo una fotografía con una cámara digital pequeña que llevaba. Luego me arrancaron el periódico de las manos y se dirigieron hacia la puerta.

Solo conseguí ver en la portada las palabras en grande que ponían *Daily Express*. Todo el resto de la página parecía que estaba escrito en urdu, aunque no lo podía saber con certeza.

12 July, 2006. En ese momento me quedé completamente paralizada. Simplemente no lo podía creer. Habían pasado dos meses y medio... ¡Dos meses y medio! Y entonces por primera vez pensé en Catalina sola durante todo este tiempo. Y ahí cayó sobre mí el peso muerto de la verdadera tristeza a la que no había querido enfrentarme. Mi pequeña... Ya no pensaba en que la dejaba sola en un mundo que seguramente la aniquilaría, le cortaría esas enormes alas irrepetibles y la encadenaría al sometimiento de lo absurdo. Eso era algo que yo, si Dios se empeñaba, no sería capaz de evitar. A fin de cuentas, todos vivimos lo que tenemos que vivir, y a eso no hay remedio. Ahora ya solo pensaba en que nunca la volvería a abrazar. Eso era todo. En mí no cabía nada, ningún pensamiento más que el terrible desasosiego de no volver a abrazarla. Nunca me había dado cuenta de cuánto amor tenía por ella. Mi

obsesión por protegerla no me había dejado sentir lo que llevaba en el fondo, ese amor tan absoluto.

Entonces empecé a sentir un pánico incontrolable, terrible. El pánico de morirme sin ese abrazo. Era el amor que yo llevaba dentro el que estaba descubriendo, ya no era el que ella me tenía o su dependencia de mí, sino mi propia necesidad de amarla. Era ese amor, ese pánico imprevisto el que me arrebató de pronto el cuerpo y tomó posesión.

Me lancé hacia uno de esos hombres. Me aferré a su cuello y con los puños golpeé la tela de su *shalwar kurta*^[55] color beis. Lo atacué con toda la rabia y el pánico que me controlaba. No podía ver su rostro porque todos llevaban una tela amarrada en la cabeza a modo de turbante que solo les deja visibles los ojos. Pero no importaba. Yo solo pensaba en arrancárselos con las uñas.

De pronto me encontré con su fusil en las manos. Se lo arranqué con una fuerza completamente ajena a mí y lo apunté hacia ellos. De mis pulmones salió todo aquello a lo que suenan dos meses de oscuridad.

—*Stay away! Stay away or I kill you!*^[56]

Esas miradas de odio... como hienas preparadas para saltar sobre una presa, pero como si fuera la propia víctima la culpable de ese odio tan imperdonable, tan ancestral.

Corrí lo más rápido que pude hacia fuera de la cabaña, amenazando todo lo que se movía con el arma que acababa de robar. Me encontré en medio de una especie de poblado rodeado de altos pinos, con pequeñas cabañas iguales a aquella de la que acababa de escapar. Me di cuenta de que era un campamento de algún grupo terrorista que se escondía en las montañas. Había hombres gritándome y apuntándome con enormes fusiles. Se me acercaban con cautela, despacio, gritándome enfurecidos. En alguna de esas otras cabañas debían de estar Beatriz y Laura, seguro, así que empecé a llamarlas a gritos.

—¡Beatriz! ¡Laura! ¡Beatriz! ¡Laura! ¿Dónde están?

—¡Hellena! ¡Aquí! —las escuché responder desde el interior de unas chozas que estaban en dos diferentes direcciones.

—¿Están bien? —les pregunté.

Y en ese instante caí al suelo como si alguien me hubiese arrebatado una pierna. Sentí calor, pero el dolor no comenzó hasta unos segundos más tarde. Me cayeron encima cinco hombres enajenados, y otros tres me apuntaban con sus armas. No conseguía reaccionar. Era como si estuviese dentro de uno de esos sueños en los que uno intenta correr y le envía la señal a las piernas, pero por más que hace fuerza no consigue moverse de sitio. Tenía la sensación de que abría los ojos, pero no conseguía enfocar nada.

Me taparon la cabeza con un saco negro y me cargaron entre varios para llevarme de vuelta adentro. Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento fue oír a mis amigas, esas hermanas que me dio la vida, llamándome a gritos seguras de que

había muerto.

CAPÍTULO 6

—*Sir, we have a situation*^[57].

Rohan miraba la pantalla de ordenador que estaba sobre el escritorio de uno de los analistas de la sala de control. Le estaba explicando el rastreo que habían hecho de las compras de unos móviles en Bihar y en Mumbai que pertenecían a algunos miembros del MIEI. Kumar se acercó a su lado y le observó con esa mirada intensa y muda que ya conocía. Sabía perfectamente lo que quería decir, y Kumar también lo conocía a él. Sabía que, cuando su jefe supiera lo que había dentro de la carpeta, la situación probablemente resultaría ser más grave de lo que se imaginaba.

Salieron de la sala de control y entraron en una pequeña oficina con muebles gastados y austeros. Entonces le entregó las fotografías. Esas imágenes le atravesaron la cabeza, como explosiones que se expanden por dentro, aniquilándolo todo sin tocar siquiera el cuerpo. No gesticuló. Todo sucedía por dentro. Probablemente una parte quería convencerle de que aquello no era real, pero entre el papel la encontró. Ahí estaba. Era ella. Eran Laura y ella. Un *dupatta*^[58] de color oscuro cubriéndole el pelo y entrelazado en su cuello solo dejaba visibles las heridas recientes en su cara y sus ojos transformados. No tenía los mismos ojos. Ya no había muros en ellos. Ahora se veía la totalidad y hondura de su dolor, que poco tenía que ver con esas heridas. Un dolor negro macizo, un dolor de petróleo profundo.

—LeT las ha enviado —le explicó Kumar.

—Quieren que los soltemos a todos... LeT y MIEI.

Estaba frío, inmóvil. No respondía, pero su cabeza no se detenía. Recorría todos los segundos de aquella noche de París. Cada segundo sobre ese cuello elevado, sobre sus manos maduras, sobre su boca lejana.

—Llama a los embajadores de España y de México. Tráelos aquí YA. Kumar, sin hablar de esto con nadie. ABSOLUTAMENTE con nadie. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió él.

—Otra cosa, quiero que actives Bhopal^[59].

—¿Señor?

—No preguntes, Kumar. Solo hazlo.

Kumar salió del pequeño cubículo asintiendo con la cabeza, a la manera que hacen los indios, con ese movimiento tan difícil de imitar que a los occidentales les confunde por parecer más una negación que otra cosa. Rohan sacó su móvil del

pantalón y buscó en la libreta de su Blackberry el número de Patil.

—Perdóname. No quiero molestarte, pero es urgente. Necesito hablar con madam Bhutto... Ya te lo explicaré. Voy para allá en treinta minutos. Te mandaré un número seguro.

Abrió la puerta y volvió a la sala de control solo un momento para dejar instrucciones para las próximas dos horas. Se dirigió a su despacho, donde únicamente tuvo que esperar unos pocos minutos a que entraran los embajadores. Rohan les recibió con amabilidad pero con gesto grave.

—Señor Conde, señor Granguillhome, pasen, por favor. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

—Buenas tardes, señor Seth. Muchas gracias. Agua está bien —respondió Conde.

—Agua también está bien para mí, gracias —agregó Granguillhome.

Rafael Conde había nacido en Madrid en el 51. Era un hombre maduro de rostro agradable, barba cerrada y complaciente barriga que delataba su afición por la comida india. Llevaba ya cuatro años en el puesto, y se había hecho de un pequeño grupo de amigos que le facilitaban el enorme disfrute que estaba teniendo de este país. La residencia era maravillosa y el trabajo no podía ser más interesante.

Rogelio, mexicano del Estado de Veracruz, nació en el 58. También era un hombre bien alimentado, y gozaba del cariño de la comunidad diplomática por su carácter afable y divertido. Era exagerado en sus gestos mexicanos y eso le hacía particularmente gracioso en cualquier conversación distendida. Cosa que no empañaba el gran prestigio que tenía y su enorme inteligencia.

—Disculpen el atrevimiento de hacerles venir con tal urgencia. Ah, sí, y disculpen también haberles pedido que dejaran sus móviles con mi asistente. Ahora mismo se los devolverán.

—No se preocupe. Usted dirá en qué le podemos ser de ayuda —le respondió Conde.

—Quería preguntarle si las embajadas tenían conocimiento de la desaparición de dos mujeres mexicanas y una española. Los nombres de las dos mujeres mexicanas son Laura Lavista y Beatriz Zea, y el de la española, Hellena...

—Torner... —interrumpió el español—. Sí, estamos al tanto.

La simpatía con la que había hecho el saludo protocolario se desvaneció. Una expresión de consternación, frustración y confusión abordó al diplomático. Era evidente que por alguna razón que desconocía, el propio Rohan Seth le había hecho acudir con urgencia a su despacho. Así que se extendió un poco más y le dio la escasa información que había obtenido.

—Su marido me llamó hace más de dos meses y luego estuvo en Delhi intentando localizarla. Nuestra embajada reportó la desaparición a la policía y hemos estado coordinando esfuerzos con la embajada de México. Solo hemos conseguido rastrear sus pasos hasta el desierto del Thar, donde, según testigos, fueron secuestradas por un grupo de hombres armados. Sin embargo, los secuestradores no han hecho ningún

contacto ni con los familiares ni con las embajadas. Es muy extraño. A estas alturas ya deberíamos haber recibido algún tipo de petición. Esto nos ha hecho pensar que han sido capturadas por alguna mafia de trata de personas. Más no le puedo decir.

—Entiendo —respondió Rohan.

Con cierta cautela, Rogelio se atrevió a preguntar:

—Señor Seth, ¿puedo saber por qué le interesa este caso? En ambas embajadas se han tenido siempre casos de desapariciones.

—Sabemos dónde están. Voy a necesitar su ayuda, y total y absoluta discreción. Si una sola palabra de esto sale de esta habitación las habremos perdido. ¿Puedo contar con ustedes?

—¡Por supuesto! —contestaron ambos con un entusiasmo moderado, más transformado en una concentración resolutiva que en la propia emoción.

Rohan prosiguió. Tenía todo resuelto desde el principio. Así era su cabeza. En cuestión de milésimas de segundo diseccionaba el problema y ejecutaba todas las posibles soluciones. Su mente se desataba para inspeccionar todas las variables en su máxima extensión y daba con la solución que más probabilidades de éxito tenía de una manera casi antinatural. Era un genio de la estrategia. Patil lo sabía, lo detectó desde que Rohan era un niño, por eso sabía lo importante que era protegerle y guiarle. Una mente así en una situación vulnerable podría fácilmente ser abducida por el lado oscuro de la política y perderse para siempre.

—Bien —dijo—. Vamos a publicar una noticia sobre la aparición en Goa de los cuerpos de tres mujeres extranjeras de origen occidental que pudieran ser ellas. Necesito que digan ante la prensa que ambas embajadas están colaborando con las autoridades para la correcta identificación de los cadáveres y que se han encontrado junto a los cuerpos ciertos objetos personales que están a la espera de ser identificados por los familiares. En sus oficinas necesito que digan que es un asunto que van a manejar personalmente para que nadie intente inmiscuirse. Cuando llegue el día les avisaré, tan solo unos minutos antes de su traslado a Madrid. Para entonces necesitaré que tengan pasaportes nuevos de las chicas preparados y una persona de cada embajada que las acompañe en el viaje. Ese día recibirán un mensaje de texto en sus móviles hablando de cualquier cosa turística que tenga relación con elefantes. Ese será el indicativo para que se preparen y sepan que un coche nuestro estará ya de camino a recogerles.

—No tenga cuidado, señor Seth. Así se hará. Cuento con ello.

Cuando se disponían a salir, el embajador mexicano vaciló y se giró hacia Rohan.

—Señor Seth, ¿le parece bien que a los familiares les demos la misma información que a la prensa? Puede que evitemos demasiadas preguntas por lo menos unos cuantos días.

—Sí, sí. Por supuesto. Es imprescindible controlar esto y hacer tiempo.

En cuanto los dos embajadores se despidieron, Rohan partió a toda prisa a casa de Patil. Al llegar entraron en su estudio dejando los móviles fuera, y tras cerrar la puerta, Rohan encendió el viejo aparato de radio que había junto al sillón inglés de piel marrón. Le contó a Patil todo con detalles. Todo. Desde las siete semanas que estuvo soñando noche tras noche, todos los días después de conocerla en París. Cómo aún se aparecía en sus sueños con sus ojos amurallados, sentenciándolo a una vida sin vanidad ni algarabía. La manera en la que lo colisionó y lo amarró de por vida a la realidad de sí mismo. Su juicio lo había sentenciado a una vida libre para siempre. Y entonces sonó el teléfono que había cogido de la oficina y que había dejado nada más entrar sobre la mesa de café. Era el único que estaba libre de escuchas.

Patil lo levantó y presionó el botón pintado de verde para contestar la llamada. Saludó con mucho cariño a aquella señora a la que respetaba tanto y con la que había hablado tantas veces cuando era primer ministro y compartían el sueño de la paz entre Pakistán e India. Benazir Bhutto llevaba casi ocho años en el exilio. Vivía en Dubai desde que decidió dejar Islamabad por los cargos de corrupción por los que se la había cesado y de los que le acusaba el entonces presidente Ghulam Ishaq Khan.

Patil le explicó quién era Rohan para él... «un hijo para mí», le dijo, «bueno, inteligente, ágil y honesto», y le aseguró que podría siempre confiar en él.

—¿Madam? —preguntó Rohan al coger el auricular. Se había acostumbrado a no llamar nunca a nadie por su nombre en conversaciones telefónicas delicadas, y esta era una de las más delicadas que tendría en su vida.

—¿Le gustaría volver a Pakistán? —le espetó así, sin vacilación ni cordialidades—. Muy bien. Tiene mi palabra. Pero necesito que haga algo por mí... Necesito una ventana en el espacio aéreo pakistaní, unas tres horas, en la zona de Cachemira.

La conversación fue corta, pero no había necesidad de más. La señora Bhutto se comprometió a hacer que la gente que aún trabajaba para ella dentro de Pakistán abriera esa ventana para Rohan, y él a conseguir que ella pudiera volver a casa. Cortó la llamada y miró a Patil con aire de preocupación, pero con esa mirada de quien no se da opción para siquiera imaginarse la posibilidad del fracaso de una operación de este calibre.

—Ahora habrá que convencer a Bush de que, cuando acabe todo esto, le saque a Musharraf^[60] una amnistía.

Ambos hombres se quedaron de pie, uno junto al otro, mirando dentro de sus vasos las reminiscencias de hielo y bourbon Maker's 46 que les descongestionaban el valor y la ciencia. Hace apenas un mes que su homólogo americano le había enviado un par de botellas por valija diplomática, en agradecimiento a unas *pashminas*^[61] que Patil le había hecho llegar a su mujer.

En su vaso los hielos giraban lentamente, y el color caramelo se iba perdiendo conforme el jarabe soberbio se diluía con el agua helada. Era el tiempo lo que se

derretía. Igual que estos hielos, Hellená se hace líquida, poco a poco, día a día. Y cuando sus ojos no soporten más negrura, se diluirá y se entregará a embriagar a los árboles del bosque que la rodea. Y entonces, él la habrá perdido para siempre.

CAPÍTULO 7

—*Mi unicornio azul... ayer se me perdió... Pastando lo dejé... y desapareció... las flores que dejó... no me han querido hablar...*

Esa canción... Se escuchaba mi voz, en la lejanía, como un eco tarareando la tonada, canturreando como si tuviera las palabras metidas en un vaso. Esa canción... la que escuchaba muchas veces en la plaza de Coyoacán donde los trovadores buscan la esquina concurrida, la que oía balbucear a los artistas trasnochados en el salón de casa, la que sonaba en los cafés donde los escritores husmean historias. Esa canción, que era mía, que era yo, que me pertenecía. Esa era ya mi única posesión.

—... *no sé si se me fue... no sé si se extravió...*

Abrí un poco los ojos. Pero solo los dejé ahí, recostados sobre la esquina del fondo donde mi mirada se quedó. A veces parpadeaba despacio, tan lentamente que en un parpadeo cabían acordes enteros de mi cabeza. Tenía la cara desprendida. Estaba. Respiraba. Y es que en la esquina a donde se fueron mis ojos se atravesaba el mundo. Se borraba el barro y del otro lado aparecía el bosque de ahuehuetes, cedros y encinos que yo amaba tanto. Anduve por las calles que lo recorren, bajo el cerro del chapulín. El sol era blanco y el aire ayudaba a las ramas a danzar enamoradas. Y llegué hasta él. Ahí estaba... ese árbol centenario, casi liberado del tiempo: *El Centinela*.

A lo lejos algún trovador toca la guitarra, canta mi canción. Miss Olga habla a los niños con la emoción que la transportaba, pero no me veía alejarme. Un vendedor de globos espera en la esquina a algún niño ilusionado, rodeado de burbujas de colores y haciendo ese ruido que hacen con su silbato extraño. Las ardillas se asoman desde las ramas. Hay un silencio hueco, inacabado.

El bosque entero está vivo, y yo vuelvo. Vuelvo a casa, donde él me protege y yo puedo sentarme bajo su sombra, recostarme sobre sus viejas carnes. Abrir mi *Antología* de Borges y leer hasta quedarme dormida, donde él me abrazara, donde se quedara mi alma, sepultada a sus pies. Suena la guitarra. A lo lejos, las cuerdas vibran con las notas de una canción cuyas palabras recuerdo. Vibran coordinadas con mis hilos aún vivos, mis tejidos, mis tendones rojos abiertos al aire, algunos rotos... cuerdas inservibles, mudas, impronunciables.

—*Mi unicornio y yo hicimos amistad... un poco con amor... un poco con*

verdad...

La Verdad... ¿Dónde quedó La Verdad? La he perdido en algún sitio. ¿Cómo voy a saber si ya no siento nada? Si es que venimos a este mundo a destruirnos. Podré perdonar cien mil veces, y ¿eso en qué cambia las cosas? ¿Por qué tanto daño, siempre? ¿Por qué tanto odio? ¿Por qué ese afán tan inagotable de destruir aquello que ama?

Estaba tumbada en el suelo, sobre unas mantas, boca abajo. Pero no tenía cuerpo, ni siquiera estaba ahí. No lo sentía. Sentía que me iba. Yo ya me iba. Volvía a México. El bosque huele a café, a eucalipto, a comal caliente, a nopal que sangra... Ya casi estoy ahí.

—*Mi unicornio azul, se me ha perdido ayer... Se fue...*

Qué placer el cerrar de los ojos...

CAPÍTULO 8

Todas las mañanas enciende el televisor, sintoniza la IBN y mientras se viste para dirigirse a su oficina escucha las voces de los conductores y los reporteros. Camina de un lado al otro de su habitación con la taza de café caliente en la mano y el desayuno de la bandeja que colocan sobre la mesita se queda casi siempre intacto.

—El embajador de España ha comentado a los medios que los familiares de las jóvenes desaparecidas se encuentran camino de Delhi. Llegarán a India a lo largo de los próximos tres días para identificar los objetos personales hallados junto a los cuerpos que fueron encontrados anteayer en la ciudad de Goa. La identificación de los cuerpos se hará a través de pruebas de ADN, por lo que la confirmación de la identidad de las mujeres tardará, según las autoridades, al menos veinte días más.

Miró la hora en su reloj y buscó el mando. Lo encontró sobre la cama donde la única sábana que usaba se enredaba en sí misma, como testimonio de una soledad tolerada. Lo cogió y presionó los botones buscando la NDTV para intentar enterarse de si emitían la noticia. Al confirmar que hablaban sobre el acuerdo que consiguieron el Gobierno de Bangladesh, los fabricantes de textiles y los trabajadores para mejorar las condiciones laborales de los empleados, volvió a dejar el mando sobre el colchón y se dirigió al baño para peinarse frente al espejo. Entonces escuchó la voz del conductor que interrumpía al reportero, y que a él le sonaba más a un pistoletazo de salida.

—Disculpa, Jitendra, disculpa. Tengo una noticia de última hora. Seguiremos contigo en un momento. Noticia de última hora. Un nuevo giro en la investigación para encontrar a los autores del atentado en Mumbai del pasado día 11. Tras las declaraciones del día de ayer del ministro de Interior señalando como sospechosos a los servicios secretos pakistaníes en colaboración con el grupo terrorista Lashkar-e-Taiba y el Movimiento Islámico de Estudiantes de la India, hecho inmediatamente desmentido por todos los mencionados, el periodista Rashid Rahique recibía la llamada de un hombre que decía ser portavoz de Al Qaeda para la zona de Jammu y Cachemira. Elogió los ataques e hizo un llamado a los «hermanos musulmanes a sumarse a la lucha por la liberación del islam», según sus palabras. Esta llamada abría la posibilidad de una cierta colaboración de Al Qaeda en el ataque.

»Ahora, hace tan solo unos momentos, esta cadena ha recibido un correo electrónico de parte de quien afirma ser portavoz del grupo terrorista llamado Lashkar-e-Qahhar, reclamando la autoría. El grupo, poco conocido hasta ahora, dice

ser el autor de las explosiones de bombas en los trenes de la línea central de Mumbai. Aclara que participaron en el atentado dieciséis militantes, de los cuales solo habría fallecido uno. El resto “se encuentran a salvo y celebrando el éxito de la misión, y también preparando su próxima misión”, según dice en un inglés escrito con varios errores de ortografía y de redacción.

»El grupo define el acto como una represalia por la opresión del pueblo musulmán en los territorios de Gujarat y Cachemira. Se dio a conocer por primera vez con los atentados de Varanasi del pasado 7 de marzo, en el que murieron veinte personas. En su correo electrónico, advierte llevar a cabo más atentados contra edificios del gobierno y monumentos históricos, y pide a “los hermanos musulmanes mantenerse alejados” para no sufrir las consecuencias».

Ya no había marcha atrás. Se había tirado la primera ficha poniendo en marcha el efecto dominó que le llevaría hasta ella si había conseguido colocar todas las piezas correctamente. Apagó la televisión, cogió su cartera, la guardó en el bolsillo de su pantalón y se dirigió al ministerio. Eran las 8:30 de la mañana.

Al día siguiente, otra cadena, la Aaj Tak, recibió el mismo email de Laskar-e-Qahhar. Las autoridades respondieron haciendo hincapié en la necesidad de tener cautela y sujetándose a la reafirmación de que la autenticidad del correo electrónico estaba en proceso de investigación.

Fue el día dieciséis cuando el ministerio recibió la llamada de un miembro del grupo terrorista, solicitando una respuesta ante sus exigencias. Inmediatamente, la llamada fue pasada al despacho de Rohan, en donde solo se encontraba él, Kumar y Duggal, quien fue asignado para las conversaciones referentes a asuntos de terrorismo.

—El Señor Talha Saeed al teléfono, señor.

Talha Saheed era hijo del conocido terrorista Hafiz Muhammad Saeed, líder de Jamaat ud Dawa y coordinador de las operaciones militares de Lashkar-e-Taibba.

—Sí, un segundo. Gracias —contestó Rohan.

Los tres se acercaron al teléfono para asegurarse de que podrían escuchar con claridad. Kumar se encontraba de pie cerca de su jefe, Duggal, también de pie, al otro lado de la mesa, y Rohan subió una pierna sobre la esquina derecha para apoyarse cómodamente sin tener que alejarse del teléfono demasiado. Cuando estaban todos listos, Rohan presionó un botón del aparato y ordenó en voz alta que le pasaran la llamada.

—Ya sabes lo que tienes que decir. Recuerda bien lo que hablamos —le dijo Rohan.

Duggal asintió con la cabeza al modo indio y el teléfono sonó. Rohan le miró fijamente, alzó el dedo índice de la mano derecha para indicar que guardasen silencio y esperasen atentos, presionó un botón y entonces le señaló con el mismo dedo para

indicarle que ya podía comenzar a hablar.

—¿Diga?

—¡Señor Duggal! ¡Qué ganas tenía yo de hablar de nuevo con usted! ¿Cómo se encuentra?

El hombre al otro lado del teléfono hablaba con una simpatía irónica solo digna de quien se sabe más poderoso que su contraparte. Esa ironía que despierta desprecio y la casi incontrolable necesidad de despedazar a quien la usa, pero que hay que soportar con cierta humillación hasta que la guerra haya terminado. Entonces sería el momento adecuado para mirarle a la cara y demostrarle cuán patético resulta ser al final.

—¿Tiene ya su respuesta? ¿Qué han decidido? ¿Van a liberar a nuestros hermanos, o su prepotencia, su arrogancia y su soberbia se pagarán con la vida de estas tres mujeres? En ese caso, yo había pensado en dejarles una rajita muy pero que muy finita en el cuello, y dejarlas sangrar, algo limpio, por aquello de la estética femenina. Pero ya sabe, mis hermanos no están de acuerdo. Quieren, digamos... «causar una buena impresión». Mi padre está con ellos esperando en la habitación de al lado. Yo he preferido hablar a solas con usted, ¿sabe? Ellos son mucho más, ¿cómo diríamos?, impacientes. Así que... ¿qué les digo, señor Duggal? ¿Qué noticias me tiene?

—Talha, lamento decirle que mis superiores creen que lo que usted dice no puede ser cierto. Entiéndame, por favor. Han aparecido los cuerpos de tres mujeres que corresponden a la descripción y que parecen ser las mismas que usted afirma tener en su poder. Además, otro grupo terrorista ha reclamado la autoría del atentado. Está en todos los noticieros. Lo lamento mucho, pero ahora mismo nos es imposible tener la certeza de que lo que dice usted sea verdad.

Duggal respiró profundo, pero con mucho control, para no dejar notar ni un ápice los nervios que tenía.

—Usted estará bromeando, ¿no es así?

—No, señor, en lo más mínimo. Únicamente estoy trasladándole la posición en la que se encuentra el Gobierno. Estamos en una situación muy complicada. Usted debe entender que estas cosas llevan su proceso —contestó Duggal firme.

Se escuchó un profundo y marcado suspiro de irónica lamentación.

—Es una pena. Pobres chicas. En fin, puede usted decirle a su Gobierno que esto le va a costar tres cadáveres, pero de los reales. Buenas tardes.

Duggal interrumpió intentando suavizar el ánimo.

—Señor Talha, por favor. Solo necesito un poco de tiempo y alguna prueba de vida.

—Oh... —contestó con el sarcasmo del que suele jactarse la maldad que se sabe insospechada—. ¡No se preocupe en lo más mínimo! Muy pronto la tendrá.

Detrás de esa voz furiosamente honda empezaron a sonar los pitidos en los altavoces que indicaban que la llamada había sido cortada. Algunos *bips* se

escucharon, y todos se mantuvieron quietos. *Bip... Bip... Bip... Bip*. Rohan reaccionó y presionó el botón para desconectar el teléfono.

—Están en Muzzafarabad —dijo Rohan sin moverse, mirándoles fijamente a ambos.

—¿Señor? —preguntó Kumar, sorprendido.

—Ha dicho que estaba con su padre. Ahora vamos a contrarreloj. Haz contacto con nuestro topo. Quiero las coordenadas exactas de donde están las chicas, mapa de la distribución del campamento y el horario exacto de su rutina lo antes posible. ¿Entendido?

Después de asentir consternados, abandonaron la oficina. No tenían ni idea de cómo sacarían a esas mujeres de Pakistán. Su jefe parecía haber perdido la razón, de estar a punto de desatar una guerra. Pero Kumar, a diferencia de Duggal, le conocía de verdad y sabía que de alguna forma, su jefe habría concebido algo inimaginable que podría funcionar.

Rohan se quedó allí, sobre la esquina de su escritorio de madera, mirando la alfombra vieja que cubría el suelo, lamentándose de no ser un hombre religioso para poder tener algún dios al cual poderle rezar, alguna divinidad que en este momento viniese en su auxilio.

CAPÍTULO 9

Ese momento... viajando en el coche, la luz intensa cegaba al intentar mirar el paisaje desértico que atravesaba la carretera, el viento entraba por las ventanas a medio abrir y revolvía los cabellos que escapaban al control de algún intento de peinado, el pequeño altavoz del que se liberaba la cítara rebelde de Ravi Shankar^[62]...

Las líneas de lo que se dibujaba fuera se colaban por el espacio entre el marco de la puerta y la frontera del cristal, entraban en el coche como líquido de colores, como una ola de mundo derretido que invadía y llegaba hasta el libro que sujetaba entre las manos, haciendo las letras soltarse y flotar... porque ahora empezaba a entender.

Todos mis años siguientes vienen de ese momento. El mundo se me abrió, se desdobló ante mí la primera parte de un papiro inagotable, aún inacabado. Empecé por ver. Absolutamente todo lo que existe se reduce, en su naturaleza más última, a energía pura. Eso somos, eso es todo lo que existe, una única y omnipresente fuente de la existencia: energía. El vuelo de un pequeño pajarillo que se posa en una rama desnuda bajo el sol del otoño es, en sí, lo mismo que el viento y el agua de la tormenta que azotan las palmeras durante el monzón, que el acero que sostiene ciudades y que el sudor de unos labios al unirse a otros labios.

La explicación científica, que no poética ni teológica, del sentido del hombre y de la existencia de Dios. El intento de curar el inevitable nihilismo al que constantemente se confronta el alma, con el psicoanálisis o con la fe resulta incompleto sin la ciencia. Una ciencia que desafía todas las leyes del comportamiento de la materia, ya demostradas. Una ciencia que no mira hacia fuera, sino que encuentra la explosión primera de la creación en lo más profundo y contradictorio del misterio de la existencia.

Y luego viene el «despertar». Cuando el hombre se libera de los límites de la materia y de la finitud del tiempo, y la realidad entera de pronto es otra. Todo, absolutamente todo tiene una razón de ser, un sentido; se manifiesta el Misterio en toda su maravillosa perfección. Todo se siente distinto. El polvo del suelo sobre el que estaban desplomadas mis manos, el olor que anuncia lluvia fría, los crueles rayos de luz que consiguen burlar las paredes, el sabor de mi boca seca... De pronto, ya no duelen. Había declinado el rechazo, la pelea. Y fue precisamente esa renuncia la que me permitió saberme polvo, aroma, lluvia, luz y oscuridad.

Tanto tiempo ahí tumbada, mientras esperaba la muerte que me prometía el agujero de mi pierna, me arrastró a la ausencia, al abandono de mi tiempo, de mi piel,

de mi razón. Ahora, mirando atrás, sé que me sumergí en una meditación profunda que durante dos días me arrojó un abismo. Fui descendiendo y descendiendo con cada concepto que conseguía deshilar, y conforme más se me revelaba, más profundo caía. Hasta que finalmente, el sitio en el que me encontré, al fondo del abismo, era ese mismo polvo, esas mismas manos, ese mismo olor de lluvia fría, ese mismo rayo de luz. Pero ahora, todo eso era yo. Me había abandonado a la ausencia de mí para encontrarme con que yo no soy yo, nada es nada y nadie es nadie sin todo.

Cuando vi esto, llevé mi mirada de nuevo a mi mano, al polvo, la luz dibujando una mancha amorfa sobre el cojín, las motas de polvo que lo sobrevolaban, el frío de lluvia, mi pierna putrefacta... y los amé. Explotó de mí un amor no conocido, un amor a TODO: al polvo, que soy; a la herida, que soy; a la bala, que soy; a la montaña, que soy; a la cárcel, que soy... Esto que dejo atrás para vaciarme de todo y tan solo ser.

Me asenté en ese regocijo, en esa paz, y ahí permanecí hasta que el reloj volvió a tomar posesión de mi universo. Tres de los hombres entraron en mi cuarto, me taparon la cabeza con un *hiyab*^[63] y me llevaron en brazos hacia fuera. Hacía frío y efectivamente se sentía la inminente presencia de la lluvia. Me pusieron de pie recargando mi espalda contra un muro mientras un hombre me sujetaba del hombro derecho para que no me cayera. De mi lado izquierdo, Laura y Beatriz lloraban al comprobar que seguía viva. Solo nos miramos, ninguna habló, pero sabíamos que estábamos vivas, y eso nos daba ya lo único que necesitábamos. Nos leímos los ojos, sumidos, húmedos y rodeados de agotamiento oscuro, pero supimos que todo estaba bien.

Uno de ellos se puso delante de nosotras con una pequeña cámara de vídeo en la mano y ordenó al otro que me soltara del hombro y se moviera a un sitio donde evitara el objetivo. Otro se acercó a nosotras y le dio a Beatriz un periódico que supongo que era del día, aunque esa vez no quise mirar la fecha. Cuando este último pareció haber salido también del cuadro, el hombre que sujetaba la cámara presionó un botón con el dedo pulgar y se mantuvo quieto durante un largo rato. Supongo que lo que consideró suficiente para tener un documento que probara que estábamos vivas y que éramos sus prisioneras.

Parecía que se reorganizaban, y nosotras aprovechamos la distracción para acercarnos un poco y conseguir cogernos de las manos. Ahí estábamos las tres, en silencio, delgadas y polvorientas, solamente tocándonos. Sentirnos la piel, la sangre viva, la presencia, era un regalo, definitivamente un regalo divino. Y eso fue... el regalo del tiempo. Ese es el regalo de Dios: el tiempo. Unos pocos minutos. Solo unos pocos minutos, que luego se esfuman pero que dejan de herencia algo eterno.

Y entonces vino andando hacia nosotras el destino. Una flauta muda volvía inmortales esos pasos, marcados por unas gruesas botas grises que atravesaban el aire más cercano al suelo, desfigurando el tiempo y volviéndolo todo más largo, más lento, para que penetrase bien.

El brazo extendido cubierto de algodón gris, los dedos que se enganchan en el antebrazo delgado y femenino, la cabeza que busca retrasarse al cuerpo pero que acaba cediendo, los ojos que se lanzan a los ojos, que se esconden veloces en el fondo de los nervios más lejanos y ocultos, donde los dedos no llegan, donde permanecen eternos y se salvan. Las rodillas en el suelo, la cámara que devora, una voz ardiente que se encadena a la escena, toda transcurriendo lenta.

Y finalmente, la silenciosa raja plateada que hace su incisión al aire se lleva consigo la sangre y los años. Se abre la puerta entre la vida y la muerte, se confunden los mundos, el canto de la flauta muda penetra, las agujas quieren detenerse. Beatriz se desprende y deshabet su cuerpo hermoso de cintura perfecta y largos rizos castaños.

Laura se lanza, loca de dolor, pero le prohíben ese abrazo. Se lo quitan. La amarran a la impotencia otros brazos de hombre des-hombre, los que le roban a Beatriz y ese último intento de tocarla que ya nunca podría acabar.

Lo siguiente es de imaginarse. Me desplomo y ambas volvemos al confinamiento, a pegarnos de golpes con la incorpórea muerte, a arrancarle a este infame orden cósmico un porqué a su crueldad. De vuelta al polvo, a la ocasional luz, al vacío. De vuelta al no-yo, a no ser yo, a no ser.

CAPÍTULO 10

—Utilizaremos dos Sikorsky furtivos^[64] que nos han prestado los americanos para evadir los radares pakistaníes y entrar silenciosamente. Los helicópteros aterrizarán en este descampado de aquí —dijo mientras marcaba un punto en el enorme mapa con la imagen satelital que colgaba de la pared— a las 4:40 horas. Eso les dará de ocho a diez minutos antes de que los terroristas empiecen a despertarse para la oración del Fajr, que comienza ese día a las 5:13 horas.

Era un hombre de unos cincuenta y ocho años, con la tez oscura y de altura poco común. Le era natural su capacidad de liderazgo, de genética heredada solo perteneciente a su ancestral casta. Ese enorme *saropa*^[65] rojo, la pulsera de platino de su mano derecha y el puñal que ocultaba dentro de su uniforme eran solo los símbolos de su hereditario dominio sobre el respeto profundo que infligía a sus subordinados. El tipo de respeto que se le tiene a quien posee una fuerza descomunal y un bagaje de experiencias difícilmente igualable. Frente a él, el comando militar más selecto del país escuchaba las instrucciones de la misión que les daba su general. Rohan escuchaba atento de pie en la parte trasera de la sala.

—Se distribuirán y entrarán al campamento por estos cuatro puntos. Nuestro contacto ha indicado que los objetivos se encuentran localizados aquí. —Marcó con una chincheta de color verde una primera construcción—. Aquí. —Luego marcó una segunda—. Y aquí. —Y finalmente colocó la última chincheta sobre la tercera construcción.

»Los puntos marcados con rojo son aquellos en donde se encuentran Talha y Hafiz Saheed, y otros terroristas como Zakhi-Ur-Rehma, alias *Chacha*, o Zarrar Shah. Se evitará totalmente cualquier contacto con los terroristas, y, por supuesto, cualquier intercambio de agresión de tipo bélico, a menos que resulte absolutamente imprescindible para la protección de las vidas de los objetivos y de nuestro miembros del comando. Las consecuencias de ser descubiertos podrían desatar una guerra entre ambos países. Nuestra intención es únicamente la extracción, no la eliminación de un grupo terrorista. ¿Está esto entendido?

Todos respondieron asintiendo.

—Nuestro infiltrado no puede verse comprometido —continuó—, así que necesitamos dar la impresión de no saber exactamente dónde se encuentran los objetivos. Mientras Verma, Farash y Johar hacen la extracción, los demás dejarán indicios de una búsqueda errática... puertas abiertas, huellas en el suelo, cosas de ese

tipo.

»Los helicópteros los trasladarán al aeropuerto de Sri Nagar, en donde un avión privado estará preparado para transportar a las mujeres directamente hasta España.

El general seguía hablando cuando Kumar, completamente descompuesto, entró en la habitación y se acercó a decirle algo al oído. Rohan le miró horrorizado y enseguida interrumpió la reunión haciéndole un gesto al general para que le acompañara fuera de la sala.

—General Singh...

El general detuvo su exposición y le siguió. Cerraron la puerta, caminaron hasta el despacho de Kumar y se colocaron frente al ordenador. Kumar cogió con la mano derecha el ratón y puso el cursor en el botón de `PLAY` que había en la pantalla.

El vídeo terminó. Singh cerró los ojos para intentar soportar lo que acababa de ver. Luego los abrió para mirar a Rohan. En ese momento ambos confirmaron que estaba claro lo que había que hacer.

Habían perdido a Beatriz. Pero había algo más. El momento en el que la vio ahí supo que algo no estaba bien. Hellena era la única de las tres que recargaba la espalda en la pared y unas gotas de sudor apenas perceptibles le brillaban en la frente. El tiempo se había agotado. Estaban a punto de perderlas a todas. Si no actuaba ya, podría escaparse la última oportunidad que quedara para sacarlas de ahí con vida. Los pulmones se le exprimieron obligándole a apoyarse disimuladamente en la mesa solo un par de segundos. Enseguida se irguió y ambos se dirigieron de vuelta a la sala a toda prisa.

—Hellena...

Solo repetía su nombre en la cabeza. Una y otra vez. Como un mantra que la invocaba. Pronunciando cada vocal y cada consonante con absoluta presencia sonora, metafísica, casi religiosa. Todo en el eco que producen las paredes de su consciencia.

—... Hellena, Hellena, Hellena...

—Señores —dijo el general nada más cruzar la puerta—, ha habido un cambio de planes. La misión se ha adelantado. Hemos perdido a uno de los objetivos y la situación de los otros dos es crítica. Recuperaremos los restos para su repatriación y realizaremos la extracción como estaba planeada. En unos momentos nos confirmarán la localización del cuerpo y se la haré saber. Prepárense de inmediato. Partiremos esta noche.

Era 23 de julio de 2006. En la pared, un reloj marcaba con el segundero el momento exacto en el que daban las 12:06.

CAPÍTULO 11

En una caja la tenía. La abría y Beatriz estaba dentro. Una caja del tamaño de mis dos manos juntas. Adentro estaba mi espejo de plata, un papel viejo con mi letra dibujando un poema indeciso, una foto descolorida de mis padres y el trozo de coral blanco que había recogido en la playa de Ziguatanejo^[66]. En el fondo de la cueva, dentro del agua violenta, la imagen distorsionada de mi tocador, de mi cama, de mi librero. Todo mi cuarto, el de la casa de mis padres, hasta el más pequeño detalle, en la cueva, bajo agua de mar. Oculto al exterior e inhabitable. No podía respirar, sumergida en la memoria estaba a punto de ahogarme. Y en mis manos suplicaba la caja de madera.

* * *

Aterrizó a oscuras y en silencio, como un búho sigiloso que posee el territorio y conoce la guarida de su presa; que se introduce, que se oculta entre las sombras y los árboles fríos y danzantes. Desde la ventana él miraba el descenso, la forma en la que el vuelo agitaba furioso las ramas más altas de los pinos. Miraba crecer las rocas lentamente hasta que con seductora suavidad, el ave rapaz se posaba sobre la hierba húmeda del claro. Detrás, llegaba su pareja.

La puerta se abrió y el viento lo envolvió en un remolino de viento confuso, que no sabía en donde le correspondía colocarse, si en el pelo o en los dientes o en el hoyo de su estómago contraído. Los hombres descendían como fantasmas invasores y se refugiaban tras unos arbustos. Él fue el último.

Eran ocho y él. El capitán hizo señas con las manos indicando la posición de cada uno. A Rohan le señaló el punto en donde él esperaría, oculto a la noche y a los rezos, oculto al aire que celoso podría robarle su secreto.

* * *

No conseguía abrir bien los ojos cuando vi que había una sombra sobre mí. La fiebre había subido mucho, pero aquel hombre me hablaba en susurros insistentemente, con urgencia impositiva, aunque extrañamente tranquilizadora.

No había luz. Me alzó en sus brazos y me sacó al exterior escondiéndonos detrás de la cabaña. Se oía el silencio del bosque rodeándonos a todos, como vigilando un

lugar del mundo que se mantiene existiendo ahí, colocado sobre el planeta, a kilómetros y kilómetros de la cordura, pero perpetuo, soportando sobre sí el paso pesado del veneno.

* * *

El frío se clavaba y encontraba carne y hueso que rajar. Se acercaba el amanecer. Por eso hacía tanto frío. Siempre justo antes de amanecer. Se vuelve más cruel y más desesperado, como las uñas de quien las clava porque se cae al abismo. Miraba el reloj de su muñeca. Un Tag Heuer de acero del que apenas distinguía las manecillas por la oscuridad. Habían tenido suerte con la luna, que se había aliado con ellos para no desvelar su presencia. Luna nueva. Será eso... una luna nueva.

Cada segundo controlado, cada uno contado, y para entonces ya tenían que haberlas sacado de los escondites. Llevaban pocos segundos más de cuatro minutos. Les quedaban otros cuatro. Tendrían que estar escabulléndose, a punto de salir del campamento por la ruta planeada, con sus mejillas hundidas y este frío en su último intento de amarrarlas aunque fuera de la piel. Ya queda poco... Ya queda poco...

* * *

Nos cogimos de la mano cuando la vimos, dentro de esa bolsa negra de plástico profundo. Una fuerza determinada nos apretaba las manos. Nos la llevábamos a casa y caminamos detrás de ellos, de ella, por entre esos troncos elevados que abandonábamos y atestiguaban la fuga. Paso tras paso, sin mirar una sola vez hacia atrás. Pasos cojos, inestables, obedientes.

Me ayudaba a caminar, ese fantasma que nos dirigía entre las penumbras cuidaba de mis pasos apartados, atrapados en la infección que me comía a grados centígrados febriles y a delirios oníricos de los que acababa de despertar.

Llegamos a la orilla del bosque, donde se abría un claro entre los árboles. Esperábamos en el suelo la confirmación de que el camino estaba libre y podíamos continuar. Había silencio. Y el frío, ese frío de navaja lunática.

* * *

Aparecieron de entre la negrura y la vegetación. De entre el silencio, como habitantes mitológicos. La visión de ramas torcidas, de hojas amontonadas, de hombros, brazos, espaldas vestidas como de obsidiana confundían las figuras que no conseguían definirse.

Entendió por qué el otro Taj nunca se construyó. La obsidiana. Era todo por la obsidiana. La negrura protege, el reflejo salva el alma. Y fue su alma la que quedó salvada cuando tras los hombros y las espaldas estalló la catarata de su pelo de piedra

hilada, heredada del abismo nocturno que lo habitaba. Su pelo, que se movía irrigando de noche líquida el viento enloquecido. Su pelo, que en un momento de insospechada genética divina se entregó a un giro sutil de la cabeza y destapó sus ojos ante él.

* * *

Los míos se sellaron. Estaba ahí. Era él. Entre las ramas, entre los arbustos, a pocas raíces de distancia. ¿Cómo podía ser? ¿Él? ¿Ese del polo azul y aspecto insustancial? Sí... ¡Era él!

Pero fue la manera en la que me miraba. Esa forma en la que la fuerza de gravedad que explotaba de los agujeros negros que ocupaban sus ojos se comían el espacio que los separaban de los míos. Los poseía, y los lanzaba a los abismos del mundo inexplorado de su negrura. Mis ojos... me fueron arrebatados y entregados a su cosmos.

Esos segundos, tan solo unos pocos segundos que lo fueron todo.

PARTE III

Conocía perfectamente este vuelo. Ambos lo habían hecho muchas veces. Siempre aterrizando de madrugada. Lo conocía tan bien que su cuerpo le decía cuándo entraban en espacio aéreo indio, y desde ese momento cuánto tiempo faltaba hasta que el tren de aterrizaje tocaba el suelo. Algunas veces con suavidad y otras sin conseguir fluir sobre la pista al primer contacto, igual que una piedra que se lanza contra la superficie del agua y que da saltos hasta hundirse a lo lejos. Esta vez fue perfecto, como si la India le recibiera sabiendo que era el destino quien le hacía fundirse con esta tierra, como quien se posa de nuevo sobre la cama en la que siempre durmió antes de huir al mundo.

Miró la página que había estado leyendo justo antes de que el paisaje caótico que encontró al otro lado de la ventana le robara la atención. ¡Cuánto había cambiado la ciudad! Cuando era adolescente, el desarrollo que ha habido en Delhi le habría parecido impensable. Pero en realidad los techos sucios, las calles rotas, los cables enloquecidos y las sórdidas historias que se ocultan allá abajo son el verdadero cuerpo de la India, siempre con llagas bajo la elegancia del sari.

Observó las últimas palabras y sabía perfectamente que en algún momento, en algún sitio, su mano se había deslizado sobre teclas, dejando a los dedos dibujar. De aquellas marcas negras, ella saltaba viva ante él, le hablaba desde dentro con esa voz suave y serena con la que le habló siempre. Con sus palabras ella nunca termina. Se continúa desde el papel a sus ojos de madera y de ahí se esparce líquida por sus venas ocupándole todo, llegándole hasta las yemas de los dedos. Y entonces la siente, la siente exactamente de la misma manera que cuando pasaba las noches metido en su pecho. Levanta sus manos delante de él, como si sus manos fueran las de ella, no las suyas, porque la siente en su sangre, la siente amándolo desde su sangre.

El avión entonces se detiene y poco a poco la gente se prepara para salir. Uno de sus hombres de seguridad se levantó de su asiento y se acercó a la puerta del avión para coordinar su salida con la azafata y con el equipo de seguridad del aeropuerto que esperaba en el túnel.

En la ventana la lluvia chocaba contra el cristal sin mucha fuerza pero obstinada en intentar atravesar el vidrio y lavarle la culpabilidad.

—*Sir, we are ready*^[67].

Se levantó resignado al fracaso de la lluvia. De cualquier manera, en realidad, no quería deshacerse de esa culpa, no quería deshacerse del dolor por miedo a que eso hiciera que la perdiera a ella. No. Amaba esa culpabilidad. Era tan suya como ella. Ellos eran irremediablemente perfecto amor doliente.

Salieron del aeropuerto por la ruta que usan las autoridades. Todavía no consigue dejar de lamentarse el día que aprobaron esa terrible alfombra de figuras geométricas color marrón que hay por toda la zona de las puertas de embarque. Al menos se sentía contento de haber conseguido que se hiciera el muro de *mudras*^[68] que hay sobre el control de pasaportes en la zona de llegadas. Aquellas manos gigantescas.

Se subieron al viejo Ambassador blanco que siempre tenía las cortinas de las

ventanas traseras cerradas, y cruzaron en silencio la ciudad. Atravesaron la lluvia y el olor a invierno decadente hasta llegar a la vieja casa siempre paciente, siempre perpetua, de Aurangzeb Road.

Ya no había perros. La casa estaba oscura y vacía. Adentro solo estaban los muebles y Ravi, algo envejecido y con el pelo blanco, pero aún con la vida metida en aquellos ojos traslúcidos que al contraste con su piel oscura parecían robados de algún ancestro inmoral. Ese viejo mayordomo fiel que siempre le esperaba en casa a que él volviera, aunque fuera años después. Le había visto entrar tantas veces por esa puerta. A veces cansado de un viaje de campaña, otras veces alegre por alguna reunión de amigos, otras atormentado por la pena de una tragedia del monzón o de algún enfrentamiento entre musulmanes e hindúes que acabara en sangre. Por eso sabía que cuando llegaba, como había llegado ese día, cerraría la puerta detrás de él, se giraría a la izquierda y se dirigiría a su cuarto sin decir mucho, donde se encerraría en silencio sin salir hasta el día siguiente. Pero esta vez llevaba algo en sus manos... un libro.

Volvía a ese cuarto, a esa cama. Esa cama donde tantas veces la tuvo, a su ducha donde ella se metía, a sus almohadas, donde ella dejaba estrellarse su pelo cuando él la perseguía y ella se rendía a las risas y a los besos. Se la oía a ella en todo el aire, el eco de su tiempo seguía vivo. Todo estaba ahí. Sus ojos llenos y expectantes, su sonrisa cuando le miraba acercarse con más comida a la cama y él la encontraba ahí sentada, metida en la camiseta gris que se había apropiado, con las piernas desnudas y dobladas dibujando una L tridimensional. Todo seguía ahí... y él se acostó, con el libro en la mano; la buscó en las sábanas y en el colchón, esperando que ella emergiera del fondo, hasta caer dormido.

CAPÍTULO 1

Llamó un día cualquiera. Desde México. Un pequeño viaje de trabajo le había permitido reunirse con Laura allá, después de casi un año.

—Pasaré por Madrid. Solo estaré un par de días. Me gustaría verte.

Tres días más tarde, nos encontrábamos frente a frente, sentados en un patio oscuro con árboles y velas, en un restaurante del barrio de Salamanca. No nos saludamos con educación, como hace la gente. Sonriendo, dando dos besos en las mejillas, preguntando qué tal se encuentra la familia y comentando el buen tiempo que hace. No. No nos dijimos nada.

Mirándome fijamente, con una leve sonrisa que revelaba por primera vez el grosor de sus labios, deslizó hacia mi un papel que se encontraba sobre la mesa de madera y hierro.

—Es para ti —dijo.

Miré el papel viejo, escrito a mano con una caligrafía complicada, y luego, hasta abajo una firma ya conocida. Le miré de nuevo, con incontrolada incredulidad. Como mira quien espera una señal prometida. De la misma manera que mira quien se sabe descubridor de esa voz cuyos timbres y silencios conoce tanto que es capaz de simularlos. Volvió a mi memoria la sensación de esas palabras, de manera tan lejana que parecía perteneciente a otra mujer. Se sentía como el recuerdo de una persona leída en alguna novela o revelada en alguna pantalla de cine, pero no yo. Alguien distante, que se habría quedado en aquella inabarcable ciudad hermosamente caótica, bellísimamente cruel... México.

Comencé a leer, pero mi voz nunca conseguiría darle el poderío a esas palabras de quien las hizo nacer. Flaco era su sabor comparadas con el poderío bengalí. Flaco intento de sembrar esa sangre de una herida tan austera, tan mía. Torpe es mi búsqueda de la palabra correcta. ¿Cómo se puede contar la hidra que es la poesía? ¿Cómo enamorar a alguien del tuétano de un poeta? ¿Cómo, cuando la poesía es herencia?

*Cuando nuestros ojos se encontraron a través del seto,
pensé que iba a decirle alguna cosa;
pero ella se fue.
Y la palabra que yo tenía que decirle se mece día y noche,
como una barca, sobre la ola de cada hora.
Parece que navega en las nubes de otoño,
en un ansia sin fin;
que florece en flores de anochecer,
y busca en la puesta del sol su momento perdido.
Chispeaba la palabra, como las luciérnagas, por mi corazón,
buscando su sentido en el crepúsculo de la desesperanza;
la palabra que yo tenía que decirle.*

RABINDRANATH TAGORE

Había silencio. Por unos minutos, el silencio en el que su mirada buscaba la parte física de lo que mi voz le había dado. Indagaba dentro para localizar bien todos los secretos que se ocultaban en los escondrijos de su cuerpo, como si las palabras los hubieran despertado. Tantos secretos desconocidos. Tic-uno, tac-dos, tic-tres, tac-cuatro... Ambos volvimos a esa noche, bajo la sordera de las hélices girando, encontrándonos a través del seto. La noche cuando entendí que para el resto de mi vida, si estaba viva, era por que él existe.

Hubo silencio, hasta que levantó la vista. Me miró. Y por primera vez, yo le pude mirar a él. Después de un largo rato finalmente el silencio se ocupó.

—Tagore se lo regaló a mi padre. Ahora es tuyo.

Algo había de atemporal que se atisbaba en todo esto. No éramos muy conscientes pero de alguna forma ambos sabíamos ya que siempre nos habíamos pertenecido el uno al otro. Antes siquiera de conocernos. Ese poema escrito tantos años antes de aquella noche de Pakistán, y que hoy acababa en mis manos, lanzándome ese momento a los ojos como sentencia innegable, se burlaba del tiempo como para colisionarnos el uno contra el otro.

Hablamos toda la noche, y el día siguiente y la noche siguiente. Hablamos todo: los demonios, las ideas, las llamas, las certezas, los misterios, las promesas... Todo. Sin parar. Escuchando, hilando, explicando, descubriendo. Fueron tantas palabras que podríamos haber vestido una playa de letras finas y olvidadas. Nada nos cansaba. Ni la garganta ni el reloj se atrevieron a recordarnos que teníamos cuerpo... y calladas, calladas, las horas habladas nos fueron entretejiendo. Una puntada de mí, otra suya.

Hasta que sin saberlo, no reconocíamos ya en dónde terminaba él y en dónde empezaba lo que pertenecía a mi cuerpo.

Nos amamos tanto, con tal fiereza que los años que nos separaban sucumbieron a los pies de la cama, derrotados por no poder separarnos más.

Nos amamos tantas veces como cabían en una noche y en un día. Y luego nos volvimos a amar otras tantas, y otras tantas más. Nos teníamos en todo. En los poros, en los ojos, en los huesos, en el aire. Nos apoderábamos de cuanta carne y cuanta vida encontrábamos en esos dos metros cuadrados que ocupaban el universo entero. Era nuestro derecho ancestral. Era nuestro derecho. Nosotros condensamos en nuestras marañas toda la divinidad sin pálpito, toda la divinidad errante que vagaba en el espacio.

CAPÍTULO 2

Pocos meses después llegué a Delhi. Me hospedé en un pequeño hotel en el barrio de Sunder Nagar muy simpático. Me encantaban los paseos por el mercado que se instala los sábados, los anticuarios, las librerías, la tienda de té y el boticario. Era un barrio ya viejo, de casas viejas casi despintadas, de costumbres viejas casi trasnochadas.

Rohan trabajaba todo el día, y yo me ocupaba de descubrir y aprender cualquier cosa que se me ocurriera. Empecé a tomar clases de yoga y filosofía budista. Leía todo lo que podría ayudarme a deshilar un poco este país tan complejo, o acaso simplemente arrojar un poco de luz sobre las tantas sombras y escondrijos de su mente ancestral. Los *Vislumbres de la India* de Octavio Paz, lo primero. Después *Las autobiografías* de Gandhi^[69] y Nehru^[70], *La India argumentativa* de Amartya Sen, los *Upanishads*^[71], *El Mahabarata*^[72]...

Caminé incontables veces bajo los árboles de Lodhi Gardens^[73], contando los pasos que conseguían ocupar sus largas sombras, escuchando a las ardillas y a los loros bajar por las tardes a buscar entre la hierba las migajas de pan que algún soñador les dejara. Visité el Museo de Gandhi, el de Nehru, el Museo Nacional, el Museo de las Artesanías y la Galería Nacional de Arte Moderno. Así fui recuperando poco a poco aquel enamoramiento de la India que tuve antes del secuestro.

Me compré una cámara, y en mis paseos fui haciendo fotografías de todo aquello que creía que formaba el complejo cuerpo de esta ciudad... Los árboles contra el cielo, sus dedos alzándose a los dioses o clavándose en sus carnes para succionar la sangre. El concreto de las calles, los tatuajes que escribían sobre su piel castaña con letra manuscrita los versos de todos los *Sutras*^[74], y sobre los que los humanos andaban el recorrido de su caligrafía en un *rickshaw*^[75] o con los pies descalzos y torcidos. Los edificios de paredes húmedas y rotas de Old Delhi^[76], las arrugas de una vieja que lo ha visto todo, con los cables a puños enmarañados sobre el rostro.

¿Qué es esta ciudad castigada? ¿Por qué en su mano sujeta con el mismo fervor la flor de loto y la piedra ardiente? India es la grandeza de la mujer hermosa que lleva con elegancia un sari, porque con el color viste sus cicatrices.

Octavio Paz habló de esta extraña naturaleza aparentemente contradictoria en un poema de la época en que estuvo destinado como embajador de México en Delhi. Escribió:

*Estas letras y líneas sinuosas
que en el papel se enlazan y separan
como sobre la palma de una mano:
¿son la India?
Y la pata de metal leonado
—forjado por el sol, enfriado por la luna—
su garra que oprime una dura bola de vidrio
y la esfera iridiscente
donde arden y brillan los millares de velas
que, cada noche, los devotos
lanzan a navegar por lagos y por ríos:
¿son una profecía, un acertijo,
la memoria de un encuentro,
los signos dispersos de un destino?*

Es cierto que este país desconcierta. Es capaz de la espiritualidad más profunda, la más elevada, y al mismo tiempo también es capaz de una crueldad casi diabólica. El infierno y el cielo, ambos caben en la India, son India. Y es que al final, ¿no es esa la propia naturaleza del ser humano? Somos capaces del amor más perfecto, el amor decidido. Pero también del sufrimiento más atroz. Más aún, ¿no es verdad que dentro de nosotros conviven el amor divino de Dios y la semilla de la vanidad perversa de Caín? Y cuando se profundiza en el asunto no queda más que plantearse: ¿Caín nace Caín, o se hace?

Por las tardes me quedaba en el hotel. Durante un rato revisaba las fotografías que había estado tomando por la mañana, y enseguida me ponía a trabajar en el libro que tenía que entregar. Había firmado mi primer contrato con la editorial hacía ya algunos años y este era mi cuarto libro. Descubrí una forma de relatar la Historia del Arte que ayudaba al lector a construirse un esquema bastante claro y certero de la realidad de la época estudiada, y que estaba teniendo, para mi sorpresa, muy buen recibimiento por parte del público más generalizado. Intento fusionar la estructura social, los eventos históricos, los avances científicos y el desarrollo psicológico y espiritual de la sociedad con la expresión artística en un relato casi novelado de la explicación del Arte. Estoy convencida que de esa manera es posible profundizar más en el conocimiento del hombre y quizá permitarnos una evolución mucho más espiritual que nos desvele mejor el sentido de la vida.

Ahora ya quedaban solo cuatro meses para la fecha límite, pero los libros de historia suponen mucho esfuerzo si uno quiere que estén bien sustentados en una

investigación aceptable. Así que varias tardes las pasé en la Biblioteca Pública buscando bibliografía y tomando notas. Cuando me quedaba en el hotel, ese pequeño cuartito lo convertía en mi altar. Conectaba los altavoces de los que salían Tchaikovsky, Bach o Mozart al azar. Encendía un poco de incienso de jazmín y una vela que hubiera comprado en Khan Market^[77]. Me colocaba las gafas nuevas con el marco plateado y me sentaba frente al teclado.

Escribir es de las cosas que más he disfrutado en mi vida. Esos momentos en los que uno tiene delante la pantalla en blanco y va obedeciendo a esa voz interna, y parece que los dedos cobran vida propia y ya no escuchan nada, solo siguen esa voz. La pantalla empieza a teñirse de símbolos que a veces ni dan a los ojos permiso de elevarse, ni a las rodillas de extenderse. Es una voz de llama de dedo, que se descontrola sobre las teclas armando su propio mundo, su muy personal alma. A veces, a uno se le permite estirar una pierna, o dar un sorbo al té, quizá levantarse unos momentos para ir a beber agua, pero nunca para atender el teléfono, recostarse en el sofá o descansar la mente. No. Cuando las letras empiezan, no hay manera de detener su poder sobre el escritor. Se suceden con la velocidad de un vals de Chopin, con su ritmo, sus tiempos, su seducción y sus silencios. Atacando al pecho, siempre al pecho. Revuelven los dedos como si las teclas fueran las de un piano mudo, hasta que nada de ti es ya tuyo.

Dos semanas más tarde encontré un pequeño piso en los edificios Vivanta, cerca de Khan Market. Un precioso complejo decadente y poético, perfecto para poder traer a Catalina. Tendría que viajar mucho entre Madrid y Delhi, pero nunca me preocupó. Era feliz. Era esa felicidad que no permite la más mínima visualización de un futuro catastrófico, que se coloca en el alma con la seguridad del adolescente que se arroja a lo predestinado.

Cerca de las nueve y media de la noche, aparecía en la pantalla del móvil un mensaje de Rohan: «Nos vemos en diez minutos en casa. Tu coche está fuera». Y yo cogía corriendo el bolso, la chaqueta de cuero y mis llaves. Salía del edificio y entraba en el coche. Adoraba ese momento del día en el que cerraba la puerta del Ambassador y por fin decía:

—*Namasté, Jagdish! Chaló!*^[78]

Entraba en esa casa, donde los perros siempre corrían a recibirme, y le buscaba nerviosa por todas las habitaciones hasta que le encontraba. A veces en el gimnasio, a veces en la ducha. Pero no me importaba. Me lanzaba a abrazarlo con una impaciencia pueril, con una necesidad de siglos. Hablábamos, cocinábamos, nos reíamos... y siempre nos amábamos. Hasta la madrugada, nos amábamos.

Poco a poco me fui integrando en su vida. Me conocían los guardias, el chófer, el cocinero, la señora de la limpieza, sus amigos... En las reuniones sociales se empezaba a hablar de «la novia española de Rohan Seth», no con ausencia de cierto

escándalo. Una extranjera, divorciada y con una hija... Era demasiado. Pero a nosotros nada nos importaba. Estábamos inmersos en la más absoluta felicidad y Vijaya y Patil, que lo querían como a un hijo propio, nos apoyaban. Lo demás estaba de sobra.

Recuperé la poesía. Ese amor tan inagotable, tan atemporal, tan sagrado, y el sufrimiento tan terrible que conocí en las calles de la India, me catapultó hacia un conocimiento de la realidad de la condición humana y de la naturaleza del universo, que jamás creí posible.

Rohan se convirtió en mi templo y yo en el suyo. Éramos para el otro el vehículo que nos llevaba a tener la experiencia de la divinidad. A través de él viví a Dios, lo sentí rompiendo el tiempo y el espacio, acabando con los límites del cuerpo, absorbiéndonos por completo. Amarnos era un sacramento, la conciencia absoluta de la eternidad. Era la forma en la que lo sagrado nos habitaba y participábamos de su misterio. Cada movimiento, cada roce, cada sombra colocada, cada hálito eran un rito instintivo de completa renuncia a nuestra individualidad, de total abandono de nosotros mismos. Era renunciar a existir por separado, sin el otro. Era vaciarnos de todo lo que éramos y derramarnos, abandonarnos en su absoluto Ser. Y en eso las palabras volvieron. La poesía volvió... y me arrastró con ella el resto de mi vida.

CAPÍTULO 3

Catalina llegó justo dos días antes de partir hacia Ranthambore. Los Wadia, unos amigos parsis^[79] de Rohan que venían desde Mumbai, habían organizado un safari en la reserva de tigres de Bengala para ir con varios amigos. Entre ellos, los Singh, que acababan de abrir un campamento en la reserva. Se habían asociado con los hoteles Aman y querían invitarnos a todos un par de días.

El lugar era indescriptible. Las gigantescas tiendas de campaña cubrían las suites de dos habitaciones con jacuzzi privado. En la zona común, unos sillones de enormes rectángulos abrazaban un altivo fuego que decoraba el atardecer del fondo. Los caminos de piedra estaban salpicados de fuentes de mármol en los que lotos blancos flotaban pacíficos, los diversos tonos de cantos de pájaro se empezaban a afinar como si se prepararan para un concierto de orquesta.

Fueron unos días preciosos. Catalina descubría las reminiscencias de una India precolonial, donde los felinos y los elefantes reinaban en una fauna de dioses y leyendas lácteas. Nos armábamos de una historia nueva, de un sentido inimaginado que nos uniría tanto que, por primera vez, nos sería develado poco a poco, el comienzo de nuestra misión prescrita.

Los Wadia estaban acompañados por sus dos hijos: Tehmina y Barjor. Ambos jóvenes educados en importantes colegios ingleses y cuya formación moral era celosamente vigilada bajo microscopio por sus padres. Una tarde, tras pasar el día en el Defender verde oscuro, recorriendo el parque y temblando ante la indómita presencia de los tigres, nos sentamos frente al fuego con una copa de vino en la mano a esperar a que el sol desapareciera tras la línea que ocultaba el final de la llanura. Supe que Tehmina acababa de terminar un máster en Economía e Historia Social en Cambridge, y pensé que una persona así sería perfecta como asistente. Sobre todo en la cuestión que implicaba la parte de investigación para mis libros.

A partir de entonces, Tehmina comenzó a trabajar conmigo. Desde nuestra vuelta a Delhi, su inmersión en mi mundo de libros y palabras olvidadas fue acaparando toda su vida. Habilité la cuarta habitación de mi piso para ella y tanto por el enorme cariño que ya le estaba teniendo como por la confianza que me tuvieron sus padres la adopté como una más de la familia. Incluso me ayudaba con la organización y educación de Catalina, y a veces era ella quien atendía a las citas escolares o a la

salida del colegio cuando no podía estar yo.

No habíamos conseguido pasar mucho tiempo en el anonimato. La noticia de la relación entre Rohan y yo se esparció rápidamente, como si la sociedad entera tuviera una sed incontrolable de descubrir cuál sería el impacto de nuestro escandaloso amor en el porvenir político del país. De pronto, había un líder, una historia de amor, un proyecto que no a todos les satisfacía el *conservadorsísimo* concepto de la correcta moral india.

Rohan consideró que lo mejor era que la gente me conociera. Que normalizáramos mi presencia en los actos oficiales a los que tenía que atender. Su ascensión en la política contaba con el apoyo de los hombres cuya influencia es más pesada y determinante. Todo eso unido abriría poco a poco la aceptación de mi lugar en su vida como su futura esposa.

Pasaron así varios meses. Terminamos el año en un precioso hotel en los Montes Himalaya y volvimos a nuestra vida recién estrenada. El calor tomó posesión del año sin distender el puño que sofoca hasta comenzado el mes de septiembre.

Una mañana, antes de que Rohan volviese de un viaje a Uttar Pradesh, decidí acercarme a Old Delhi a buscar objetos para decorar la mesa del comedor de su casa. Esa noche recibiríamos para cenar a algunos miembros de la familia Jindal, al embajador de España, Ion de la Riva, y a Vikas Swarup, autor del libro *Q&A*, cuya adaptación a la gran pantalla sería estrenada en noviembre bajo el nombre de *Slumdog Millionaire*, acompañado por su mujer.

Fui con Jagdish. Dejamos el coche aparcado frente a la mezquita de Jama Masjid, como siempre, y comenzamos a caminar entre la maraña de callejuelas sucias y concurridas. Lo que nunca me había pasado era la expectación que de pronto vi que causaba en la gente. En otras ocasiones miraban y murmuraban con cierto disimulo, pero esta vez me abrían paso y rodeaban el espacio en el que yo me encontraba. Me seguían por las calles, mirándome atónitos y tocando el colorido algodón del *kurta* que acababa de comprar hacía unos días en Anhoki, como si fuese la aparición de alguno de los avatares de la Diosa.

Tras parar en un par de tiendas, seguí en busca del tercer local al que solía ir. Doblé dos esquinas y estaba ya casi ahí. Solo faltaban una manzana y media cuando de pronto un grupo de jóvenes se acercó y el resto de la gente se dispersó rápida pero silenciosamente. Sin saber cómo, nos encontramos rodeados. Algunos de los muchachos llevaban palos en las manos, cogidos desde la adrenalina que les marcaba la intimidante musculatura.

Poco a poco estrechaban el círculo, apretando el espacio entre ellos y entre nosotros.

—Madam Hellena... —dijo uno de ellos con amabilidad irónica y burlona—. ¿Usted por aquí? ¿Mezclándose con la plebe? Una mujer como usted no debería estar en India, y menos con una hijita tan apetitosa para los bárbaros. ¡Qué ideas las suyas! Cualquier cosa podría pasarles si decide casarse con un indio y quedarse. ¡Peor aún! No nos podemos ni imaginar lo que podría sucederle si pandilleros de nuestra calaña se enterasen de que ese marido sea quien consigue que el Partido del Congreso gane las elecciones de nuevo.

—Yo creo que no lo comprende bien, Jitendra. Deberíamos enseñarle. Es por su propio bien. Tiene que aprender que ser valiente en este país no sirve de nada. Aquí lo que una mujer como ella debe ser es calladita... o mejor aún, ausente —dijo otro que parecía tener más aspiraciones de ser atractivo, con su pelo repeinado con aceite, gafas oscuras del mercado y camiseta de tirantes.

Jagdish intentaba protegerme poniéndose delante de mí, pero con un solo movimiento lo tumbaron al suelo casi incrustándolo en el pavimento con la perfección de las flores de piedras semipreciosas que decoran los muros del Fuerte de Agra.

Con la mano izquierda cogió un puño de mi pelo y tiró forzando mi cabeza a doblarse hacia atrás, controlándome con altivez. Su otra mano me prendió del pecho derecho, conminándolo a la presión de sus garras y el movimiento violento que sugería su poder sexual. Acercó su boca a mi oído para susurrarme lo poquito que dejaría de mí cuando le dieran luz verde, y extendió su húmeda lengua embarrándola entera por toda mi oreja.

Mis ojos sellados y mis dientes apretados, pero los labios sueltos por donde entraba el aire húmedo del verano y el olor de las tiendas de especias que se encontraban ya cerca.

Tiró de mi pelo y me lanzó al suelo cuando otro chico se acercó con un palo, al cual dejó hacer cayendo sobre mi espalda y mis hombros como la sentencia de un futuro que empezaba a desvanecerse. Ya solo recuerdo esos palos y algunas patadas que cesaron cuando el muchacho volvió a hablar:

—Recuerde, madam. Nada de ganar las elecciones.

Y se esfumaron. Jagdish corrió a ayudarme. Me incorporé cogida de su brazo y nos dirigimos de vuelta al coche.

—Ni una sola palabra de esto a nadie, Jagdish. ¿Entendido?

—Pero, madam...

—¡Ni una, Jagdish, júralo por la vida de tus hijos! ¡Que lo jures!

—Está bien, madam. Lo juro. Lo juro.

CAPÍTULO 4

Los invitados comenzaron a llegar. La vieja casa colonial estaba preciosa. Llena de velas esparcidas hasta por el jardín, donde las había colgado de las ramas de los *neem*, y donde había colocado unas antorchas que alzaban las llamas de fuego casi imperial. Los quemadores de aceite soltaban figuras de luz que dibujaban las paredes, e inundaban la casa con un delicado olor a jazmín, que me gustaba comprar en el hotel Imperial cada principio de mes. Los camareros vestían los uniformes de chaqueta y guantes blancos y en la mesa tenía dispuestas unas colosales fuentes plateadas, cargadas de rosas de la India de colores suaves.

La mujer de Swarup llevaba un *sari* maravilloso de seda color hueso y la chica recién casada de los Jindal llevaba uno rojo con piedras doradas en los bordados. Yo había decidido usar un *kurta* suficientemente elegante, pero que me permitía mantener seguros los rastros del mensaje matutino cuyo remitente no recibiría de mí jamás la satisfacción de saberse exitoso.

Durante nuestras cenas, la gente solía siempre terminar hablando de política. Rohan era la figura emergente de mayor potencia del país, y el interés por su opinión sobre la dirección que llevaba el partido cara a las elecciones del próximo año era crucial para las personas más influyentes en todos los ámbitos de la vida india. Lo que nunca había escuchado eran las deducciones a las que esas personas llegaban sobre las maquinaciones del partido de la oposición dentro del Parlamento. Estos meses se convertían en una carrera a contrarreloj para comprar la mayor cantidad de alianzas hasta sumar los escaños necesarios para asegurar el poder al partido. Todos sabían que Manhonman Singh ganaría, pero estaban preocupados por la extensión y la gravedad de los delitos a los que sería capaz de llegar la oposición para conseguir poder, y sobre todo porque aquellas alianzas que ahora eran necesarias algún día resultarían ser precisamente lo que hundiese el barco.

La carta ganadora aquí era Rohan, a quien el pueblo amaba y respetaba, pero también el único con la mente de estrategia que permite una visión completa de los movimientos que llevan a una victoria.

Cuando le escuchaba hablar así, explicando con esa pasión la realidad de los entresijos del Parlamento y los hilos que interconectan la anatomía de este país tan complejo, mi pecho se abría como si quisiera fundirse en él. Lo amaba tanto, y lo amaba más mientras iba haciendo mía también esa pasión por la que se entrega todo. La renuncia casi religiosa para penetrarme en su dolor y su magia, y que todo,

sea él.

Me tomó por sorpresa cuando escuché al padre de los Jindal soltar una sentencia que no me esperaba. Un hombre como él, un empresario legendario cuyo poder movía mucho más de lo que aparentaba, si pensaba de esa forma, tendría que saber de qué estaba hablando sin duda alguna.

—Rohan, espero que seas consciente de que quien estará allá arriba en 2014 serás tú. Desde ahora necesitas ir creando las alianzas adecuadas, buscar a gente con la que puedas formar un círculo cerrado de personas honestas y leales que te permitan crear un gobierno fuerte. Un gobierno que sepa luchar contra la corrupción. No puedes permitirte el lujo de tener absolutamente ningún punto débil. Cualquier debilidad la utilizarán contra ti y te destruirán para siempre, y con ello morirá la única oportunidad que existe de que cumplas con tu destino y de poner a este país en camino de ser la potencia que debería de ser.

Con esas palabras la apertura de mi pecho, encendido de absoluto júbilo excelso, sintió las llamas tornarse en fuego calcinante. Lenguas asesinas que me abrasaban por dentro sin que nadie fuera capaz de escuchar los alaridos de mi muerte segura.

Al día siguiente despedí a Catalina cuando se iba al colegio y llamé enseguida a Vijaya. Si ella era una madre para Rohan, para mí era más que eso. Sentía que de ella dependía toda mi capacidad de convertir este destino que abrazaba junto a Rohan en algo que cambiara el curso de la historia. Así que nada más colgar con ella, me dirigí a su casa.

Nos sirvieron té en el estudio, el sitio en donde había más privacidad de toda la casa. Era crucial que nadie pudiese escuchar lo que teníamos que hablar. Le conté sobre Old Delhi y sobre las palabras de Jindal. Mientras yo hablaba, ella se levantó a mirar por el ventanal el precioso jardín mogol de su casa. Probablemente analizando a fondo la realidad y recordando todo lo que ella habría vivido en carne propia, y es que cuando la India es cruel, no tiene clemencia.

—Te suplico que me digas... ¿Qué tanto pongo en riesgo yo el futuro de Rohan? ¿Si soy su punto débil, pueden llegar a acabar con su carrera a través de mí si me pasara algo?

Ella se alejó de la ventana y se sentó en la silla que había a mi lado, me cogió con ambas manos, decoradas con varias pulseras que tintineaban a cada movimiento y reflejaban la luz en un alarde de júbilo. Me miró a los ojos y me dijo:

—Eso le destruiría. Tú eres su fortaleza y su punto débil. El amor que te tiene, el amor que tú le das es el poder que le mueve a cumplir su destino. Sin ti, él estaría perdido. Por eso mismo, si esta gente sabe la magnitud y naturaleza de su amor, no dudarían en utilizarlo para destruirle. Tienes que ser muy consciente de todo esto para que sepas protegeros a los dos. Eso es algo con lo que hay que vivir. Si le amas, tienes que estar preparada para sangrar el resto de tu vida.

—¿Y si tuviéramos un hijo? ¿Si estuviese embarazada?

—Mi querida niña, una pérdida así, un castigo de ese tamaño... Eso sí que lo destruiría para siempre, y con ello se esfumaría cualquier posibilidad de que Rohan cumpla con el destino que le fue marcado en esta vida.

La sangre se me convirtió toda en arena de cristal, que al correrme por el cuerpo me provocaba un dolor nunca jamás imaginado. Fue en ese preciso y exacto microsegundo en el que supe que tendría que guardar silencio para siempre.

CAPÍTULO 5

THE TIMES OF INDIA

Jueves, 18 de septiembre, 2008

El joven político Rohan Seth y la española Hellena Torner han puesto fin a su relación. Según ha podido saber este periódico, los problemas surgidos entre la pareja empezaron por la poca aceptación de la española entre los círculos más conservadores de la sociedad india, que no se veía preparada para aceptar entre ellos a una extranjera divorciada y madre de una niña. Sin embargo, otro sector de la sociedad apunta hacia el conflicto de compatibilizar las exigencias del servicio político con las necesidades de una mujer occidental.

TOI se ha puesto en contacto con las oficinas del señor Seth, que han declinado hacer declaraciones al respecto. Sin embargo, una pequeña nota de prensa fue enviada a las redacciones de los medios más conocidos del país por parte de la señora Torner. El texto expone lo siguiente:

«Dadas las innumerables llamadas y solicitudes con respecto a la confirmación de la finalización de la relación sentimental entre el señor Seth y yo, me veo en la necesidad de aclarar por este medio que efectivamente, dicho rumor es correcto. El señor Seth me ha demostrado repetidas veces que su amor por este país y el compromiso de entregar su vida entera al servicio público eran, más que su prioridad, la misión que ocupa absolutamente todo el sentido de su vida. La realización de dicha misión resultó imposible de compatibilizar con mi presencia, que lejos de ser un apoyo, resultaría ser, a la larga, una distracción. En aras del futuro de este país y para que el señor Seth pueda llevar a cabo la labor que le ha sido encomendada, es imprescindible que todos sus esfuerzos y concentración estén enfocados en la construcción de una India poderosa, justa, libre de corrupción y sustentada en una economía saludable para las futuras generaciones. Así me fue expresado y acepto esta decisión con el enorme orgullo de haber permanecido este tiempo a su lado, dejándole mis mayores deseos de éxito a este hombre excepcional, sobre todo por el bien de la maravillosa gente que habita esta grandiosa nación».

PARTE IV

Las vidas de los otros. El origen de su renuncia, de sus cadenas. Las vidas de todos ellos, que habitan sus pequeñas casas junto a las carreteras, aisladas en el campo, atiborradas unas encima de otras en las interminables urbes, a los pies de las vías del tren... Abarcando el territorio entero. Gente tras gente, tras gente. Todos esparciéndose, apoderándose a su vez de las vidas de otros para extraerles el néctar como a nenúfares dispensables. Se abandonan unos a otros, como cachorros salvajes que se crían al aire libre y ahí mismo mueren, ajenos a cualquier mirada compasiva.

Las vidas de los otros, los que habitan estas chozas que va dejando atrás el coche que le conduce entre las palmeras, y cuyas vidas quizás cambió, quizás no. Tal vez alguno de sus proyectos, de sus leyes, de sus acuerdos, de sus permisos les consiguió el techo, o el colegio, o la clínica médica... o quizás no. Era interminable el trabajo por hacer. Nunca acabará. Nunca acabará porque nos cortamos las alas los unos a los otros con tal de que nadie nos vuele por encima.

Ella consiguió darle sentido a todo esto, a las vidas de los otros. Ella lo entendía... la rueda del *dharma*^[80], la participación divina, los tiempos cíclicos del alma, la mancuerna espiritual que les ataba... Él no. No lo entendió hasta ese momento, en el coche cuando las chozas y las casas se quedaban, y a él le nacían las ganas de odiarlas.

Se había permitido perderla. ¿Para qué? ¿Por esa absurda idea del cumplimiento de un destino totalmente indemostrable que marcaron los dioses y los ancestros? ¿Por un país que le había arrancado todo hasta dejarle el alma en harapos? ¿Por la enorme vanidad del héroe que acaba envenenado de sus sueños?

El coche avanzaba por este territorio extraño de horas y horas de árboles de coco. Los mares no son solo de agua. Las olas no son solo de espuma. Eso pensó. Recordó ese poema de Sábines que ella alguna vez le leyó, con esa frase sobre que el mar se mide por olas, y nosotros por lágrimas. Y para él, el mundo entero se medía por las olas de su cuerpo: las chozas, el viento, las hojas de las palmeras, su mano aferrada al libro, el tiempo. Todo. La medida de él no estaba en sus lágrimas, sino en la curvatura de aquellas eternas olas.

CAPÍTULO 1

El avión comenzó a descender, como dejándose posar sobre el aire caliente de Kerala. Catalina se había quedado dormida, Tehmina leía *El dios de las pequeñas cosas*^[81], y Ramu esperaba nervioso que su primer viaje en avión no acabase en una catástrofe.

Yo estaba escuchando *La pasión según San Mateo*, de Bach. En mis auriculares sonaba la Orquesta Barroca de Ámsterdam dirigida por Ton Koopman. Me acordé de aquella vez cuando le vi en el Auditorio Nacional en Madrid, a los pocos meses de haber llegado. Esa sala oscura en donde todos nos convertimos en la métrica sonora que nos vertía, como si le abriera una puerta al cielo con su música.

El aria 39... «Apiádate de mí, Dios mío»... La voz del contralto se entretejía con el largo lamento de las violas que cuelan a Dios entre el cansancio y la derrota. Pero luego, ese pequeño hilo de fe se revela al mismo tiempo que lo hace la visión interminable de verdes palmeras que visten la costa. Mi nuevo hogar.

Hacía mucho calor. Tantos años en la India no conseguirían acostumbrarme nunca a la humedad y la temperatura. Más bien, mi cuerpo se resignó a romper a sudar cada vez que ponía un pie fuera. Me sentía mucho más acalorada de lo normal, por lo que pasaba la vida cargando con una enorme botella de agua para intentar contrarrestar los sofocos y las náuseas. Catalina no estaba precisamente contenta conmigo. Arrancarla de la vida madrileña y llevarla a vivir a la costa en el sur de la India no es precisamente con lo que una adolescente sueña. Sin embargo, se había convertido en una jovencita increíblemente especial, callada pero profunda, y en el fondo sabía que si estábamos aquí seguramente sería por alguna razón que tarde o temprano se revelaría. Tenía unos enormes ojos azules que atravesaban lo que miraba como si todo lo que la rodeaba fuera de cristal, y un pelo espectacular. Era rubio, larguísimo y rizado, y le caía por la espalda... y el juego que hacía la luz con su pelo, sus ojos y esa cara irreal la convertían en algo como sacado de otra dimensión.

Al salir por la puerta de llegadas del aeropuerto, vimos a un conductor del hotel Leela vestido de uniforme blanco que sostenía un cartel en las manos con el nombre del hotel. Recuerdo mirarle desde el asiento de atrás, ver el pelo tan corto de su nuca y sobre su cabeza ese gorro blanco con molde y visera de charol negro. Me pregunté cuántas de estas personas atraviesan nuestras vidas con un propósito tan simple como el de llevarnos a un sitio que sería tan relevante para nosotros, pero nunca más

volvería a aparecer. ¿Cuánta gente nos cruzamos? Nos usamos mutuamente para cosas tan insignificantes, pero necesarias para seguir nuestro camino. Esa noche, él se iría a su casa, y pondría en las manos de su mujer la propina que yo le diera, y besaría a sus hijos en la frente, y cerraría los ojos agradeciendo a Ganesh^[82] su buena fortuna un día más, y nunca nos volveríamos a ver. Solo me crucé en su vida para que su familia tuviese un plato más sobre la mesa, de los tantos y tantos que necesitarían conseguir.

El hotel era muy bonito y Catalina disfrutaba mucho tomando el sol y leyendo en la playa mientras escuchaba música con sus auriculares. Aislada del mundo. Mientras ella y Tehmina se quedaban en el hotel, Ramu y yo recorríamos la zona buscando una casa para comprar y poder instalarnos a vivir.

Después de unos días encontré la que sería la casa más maravillosa de toda mi vida, mi hogar. Nunca había estado en un sitio así. Parecía un sueño. Se encontraba en un terreno bastante grande junto al mar. Abarcaba desde lo alto de un monte, extendiéndose hacia una peña y bajando por un costado hasta una pequeña playa rodeada de gigantescas rocas redondas. En la cima del monte había una casita de madera oscura construida al estilo de la arquitectura tradicional de Kerala. Tenía un amplio porche que recorría sus cuatro lados en el que había gruesas columnas que sujetaban el techo de tejas, y de las que colgaban dos columpios que continuaban el cuadro manteniendo la misma estética. Toda la madera estaba tallada con detalles decorativos indios completando así una intención de elegancia perfecta.

La rodeaba un precioso jardín de césped verde donde las islas que decoraban los nacimientos de las palmeras estaban atiborradas de flores de colores. Tenía unos caminitos de piedra que lo recorrían en todas las direcciones y algunos bancos de hierro esparcidos mirando al mar. Una mujer vestida con un sari anaranjado llevaba un cubo en la mano y regaba las plantas, absorta en su tarea, de manera que casi formaba parte del decorado.

Todo era tan perfecto, tan espectacular que el escenario parecía irreal. La peña separaba por el lado izquierdo una inmensa playa sin fin que por delante tenía un mar de agua, y por detrás otro de verde hoja de palmera. Por el lado derecho estaba la pequeña playa que pertenecía a la casa, rodeada de aquellas piedras redondas que parecían canicas descomunales que por alguna razón ahí habría olvidado Dios un día que bajara a jugar en la playa. Una ligera neblina lo cubría todo, como si una ventana por la que observáramos el mundo recogiera su aliento y empañara un cristal que nos separa del universo.

Ahí crecerían mis hijos. Ahí Catalina se haría mujer. Ahí mi bebé nacería y daría sus primeros pasos, frente al mar de Laquedivas.

CAPÍTULO 2

La observación de un tagete^[83] me podía ocupar horas. La manera en la que sus pétalos parecían caóticos, pero que en realidad correspondían a una simetría conjunta muy compleja, se asemeja a los dos países que más he amado. ¿Cómo una misma flor puede ser tan significativa para culturas tan lejanas y con simbolismos completamente distintos, pero sorprendentemente complementarios?

En México se le dio el nombre de cempazúchitl, flor de «veinte flores», precisamente por esta sensación de tumulto y caos. Pero en realidad se la conoce más como «la flor de los muertos». Los altares y las tumbas que homenajean a los difuntos son atiborrados de flores, comida, bebida y decorados. El país entero arma una fiesta para celebrar a aquellos que han partido. Las calles están llenas de mariachis que se dirigen a los panteones y de gente cargada del delicioso «pan de muertos», chocolate y botellas de tequila o mezcal.

En cambio en la India, el *marygold*, la «hierba del sol», es símbolo de pasión y creatividad. Se utiliza como amuleto de felicidad y amor decorando los pies de los altares de los dioses y las celebraciones más importantes, sobre todo las bodas.

—Jyoti, mañana, por favor, dile al jardinero que quiero que ponga algunas *marygolds* en esta parte del jardín. Quiero que se vea completamente cubierto todo este lado de flores, ¿sí?

—*Thika*^[84], madam —respondió.

—Son mi pequeña parcelita donde le doy vida a México en la India —agregaba siempre con nostalgia.

Jyoti llevaba trabajando conmigo desde que llegué hace ya casi seis años. Es católica, como mucha gente en Kerala, y su hermana, arrastrada por una oleada de jovencitas, se había ido hace años ya para ser monja de las Misioneras de la Caridad. Catalina y yo la habíamos visto ya varias veces, cuando nos instalábamos en Calcuta durante temporadas a colaborar en Nirmal Hriday, la casa que tienen las monjas en el barrio de Kalighat para atender a las personas de la calle que necesitan un sitio digno para morir.

Yo no era una mujer muy practicante cuando llegué aquí. Cuando Rohan y yo pensábamos en casarnos, yo tenía clara mi conversión al hinduismo, lo cual nunca supuso un conflicto para mí. Fue la Madre Teresa la que cambió todo. Cuando me

topé con ese libro en el que se publican sus cartas descubrí a una mujer al mismo tiempo atormentada y bendecida por un amor insoportablemente sagrado. El amor tan desgarrador y tan trascendente que tenía por Jesucristo me recordaba al amor que yo había encontrado en Rohan. Probablemente eso que yo sentía capaz de hacer por él era lo que ella había conseguido realizar por Jesús.

A través de ella encontré la forma de conciliar mi particular entendimiento del cosmos con mi religión, bastante arrumbada hasta entonces.

Madre Teresa llevaba como himno los textos del Evangelio de San Mateo que construyen la explicación de una frase filosóficamente potentísima: «Todo cuanto hagas al más pequeño de mis hermanos me lo estás haciendo a mí». La presencia de Cristo en todos y cada uno de los hombres y la expansión de su bondad a través del servicio en el amor es lo que transforma la energía que constituye la creación entera.

Encontré una paz en la práctica de ese amor, que desde que me separé de Rohan pensé inexistente. Lo que el hombre busca no es un nirvana en donde lo que exista sea la ausencia de todo. No hay individuo, ni amor, ni paz. No. Lo que busca es un estado de felicidad perpetua, pero que nuestra naturaleza humana nos impide. Estamos creados intrínsecamente con este hermoso dolor amante. Ahora sabía que en mi trabajo, en mi dedicación a los que más sufren, era capaz de amar y de vivir en el amor de Rohan y en el de Dios, como parte de mi propia esencia.

Los domingos bajábamos con los niños al peñasco en el que hay un pequeño altar abierto al cielo en donde un sacerdote imparte misa. Ese momento en el que cae el sol en el agua y las mujeres cantan en malabar^[85] las plegarias es sobrecogedor. Los niños ya hablaban perfectamente hindi, pero el malabar solo lo chapurreaban. Kumar y Tehmina tenían ese mundo con ellos. Un mundo inaccesible para mí donde sus nostalgias serían el sabor del *chapati*^[86], el olor a sal mojada, la madera dibujada contra la luna, los *saris* empapados de naftalina, los pies descalzos, los mercados flotantes de pescado en medio de la bahía, los bancos de arena, los canales custodiados por garzas y aguiluchos, el cantar de los grillos del jardín y el mar. Invisible, que se extiende por delante hasta el océano Arábigo y cae por la izquierda hasta la punta de una estalactita que pende de Asia.

Esa es nuestra historia. Los meses pasaban así. Entre flores de maraña, música clásica, libros, risas de niños, noches y noches frente al mar, y la hamaca que mecía la bóveda celestial en la que me refugiaba, y en la que en mis momentos más ocultos rescataba de la oscuridad su nombre, que se me escapaba y se dormía de nuevo entre el caprichoso estallar de las olas...

... ROHAN.

CAPÍTULO 3

Habíamos acabado de comer hacía un rato. Me senté en mi escritorio a revisar unos papeles que Tehmina había preparado con documentación sobre el problema de la viudez que sufrían las mujeres en la India para el nuevo libro que estaba escribiendo. Coloqué sobre la mesa mi taza de té de *lemongrass*^[87], y el estudio entero se decoró con ese olor que yo adoraba. Empecé a hojear los papeles cuando de pronto escuché a Jyoti gritar en la cocina. La encontré con una herida bastante profunda en la mano izquierda. Algo indescifrable en su explicación me daba a entender que se había cortado con un cuchillo. Le cubrí la mano con un trapo y la llevé de inmediato a la clínica.

—Tendrá que tener esta mano en reposo un par de semanas y hacerse las curaciones como yo le indique —dijo el médico mientras le suturaba con cautela la raja abierta.

Jyoti apretaba el gesto para soportar el dolor sin emitir queja alguna. Era dura. Se había criado en el campo y sabía a ciencia cierta que había dolores mucho más insoportables, que se te inmiscuyen en las entrañas y de los que no consigues deshacerte nunca.

Por algún motivo mi mirada divagó hacia los alrededores en la sala y vi a una mujer cuyo aspecto era algo que nunca había visto. Estaba completamente destruida, desfigurada, no se reconocía casi nada de debajo de la sangre y las incontadas laceraciones.

—¿Qué le ha pasado a esa mujer? —pregunté.

—¿Esa chica? La pobre. Nos llegan muchas de ellas. Esta tendrá suerte. Va a sobrevivir —respondió con su voz masculina cargada de conmoción contenida aquel médico.

—¿Pero qué le ha sucedido? —insistí.

—Son las mafias de Mumbai. Vienen a buscar niñas para llevárselas y meterlas en los burdeles como trabajadoras sexuales. Para obligarlas a ir las violan brutalmente. Las familias las rechazan y lo único que les queda para ganarse la vida es irse con ellos.

—¿¡Cómo dice!?! —Yo no podía creer lo que estaba escuchando, lo que estaba atestiguando—. ¡Pero qué horror! ¡Eso es terrible! ¿Y la policía? ¿Dónde está la policía?

—¡Sssshhh! ¡Madam! ¡Baje la voz, por favor! —interrumpió Jyoti.

—No me digas... me lo imagino. Me lo imagino perfectamente.

Esa tarde informé a Tehmina que el proyecto del libro lo íbamos a posponer, que guardase toda la documentación en una de las cajas del archivo. Este libro sería sobre el drama de la prostitución.

Empezamos a entrevistar a familias con todo tipo de historias. Costaba mucho que nos contaran la verdad de sus problemas. La gente estaba asustada. Kerala es un estado muy seguro y tranquilo, no precisamente en donde más desapariciones o violaciones se registran, pero desde luego, su generalizado estilo de vida pacífica a veces era más conveniente para los delincuentes. Había madres de familia a las que se habían llevado, muchachas vírgenes a punto de casarse, mujeres mayores que habían enviudado y a quienes sus nueras habían echado a la calle... Los abusos eran indescriptibles, y las huellas que dejaban sobre los cuerpos de estas mujeres eran escalofriantes.

Una mujer un día nos mostró sus pechos. La habían cogido entre cuatro muchachos cuando trabajaba los campos de arroz. La violaron ferozmente y luego se divertieron con ella apagando sobre su cuerpo desnudo los cigarrillos que encendían entre saltos y carcajadas. Uno de ellos sacó una navaja y le arrancó los dos pezones, dejándola vaciándose el alma entre el agua de los arrozales. Se salvó gracias a que su sobrino la encontró cinco horas más tarde, aún sin haber recuperado el conocimiento.

En un par de meses había conseguido más de ciento treinta y cinco historias. Pero siempre, al hablar de la policía, la conversación terminaba.

Tehmina tuvo una idea. Se fue por la noche a recorrer los barrios de Trivandrum y consiguió que entre el alcohol y los secretos, algún muchacho coqueto y poco sesudo le confesara que estas mafias son lideradas por gente muy poderosa que soborna a policías corruptos y subsidia campañas electorales a cambio de mantener abierto su negocio. Fue ahí que empezamos a recopilar una importante bibliografía y dimos con el libro que publicó un periodista llamado Rajendar Menen.

Este señor fornido de unos cincuenta y seis años estuvo durante años recorriendo las calles de Mumbai como parte de su trabajo contra el VIH. Sus conversaciones y las amistades que formó con la gente que conoció durante sus andanzas en los bajos fondos le proporcionaron un profundo conocimiento sobre la capacidad de supervivencia del hombre, prácticamente inconcebible para el resto.

A comienzos de febrero de 2015 nos fuimos a buscar a Menen a Mumbai. Catalina había cumplido ya los veinte años. Con el tiempo fue involucrándose cada vez más en la parte humanitaria y social de mi trabajo, hasta que su dedicación se volvió uno de los elementos que más la conformaban por definición. Pasaba todo su tiempo ya fuera investigando, buscando soluciones o auxiliando a cualquier persona en necesidad con la que se topase. Mi pequeña hijita de rizos rubios y ojos ancestrales era ahora toda

una mujer que habitaba en otras dimensiones, y se había convertido en una visión para tantas y tantas personas...

Sin pensárselo dos veces, Menen se dedicó noche tras noche a guiarnos a través de nuestras inmersiones en el mundo rojo de la ciudad. Gracias a él, nuestra investigación iba acumulando una cantidad enorme de información que Tehmina se ocupaba de organizar, y profundizando más en el enramado de este monumental y milenarío negocio.

Lo más aterrador de todo esto era presenciar las cosas que una persona acaba siendo capaz de hacer con tal de escaparse de la siempre acechante muerte. Alcanzan unos niveles de tormento y perdición inimaginables que sobrellevan acogiéndose al historial de horror que les rodea. Cuando se cruza la frontera de esta patria macerada, dentro de esa hermosa urbe imperial, uno se sumerge en lo que parece ser la encarnación de los delirios de un demonio, pero en realidad son algo casi más duro de entender: las barricadas de un ejército de prisioneros del destino.

Los drogadictos, ladrones, prostitutas, eunucos, chulos, travestis, sin-techo, migrantes, huérfanos, moribundos, fugitivos, lisiados, tuberculosos, sidosos, leprosos... todo lo peor de lo peor de la humanidad. Son ellos precisamente los que nos confrontan con las catacumbas, con los infiernos de la naturaleza humana y nos ponen a prueba. Son ellos los que nos azotan con nuestra real capacidad para entender que no somos, ni en la más mínima media, dignos de juzgar. Esa es la verdadera enseñanza, el verdadero Sutra... ser capaz de amar y de entregarte desde la compasión a quien más miedo, más desprecio y más rechazo pueda infundir en nuestras moralmente estructuradas mentes sociales.

En esas calles de Mumbai, esas calles de las que llueven ratas, en las que edificio tras edificio tras edificio, manzana tras manzana tras manzana, conforman una ciudad-mercado de amplia variedad de productos, descubres una cosa: no hay normativa moral.

Tanto en esas calles como en Calcuta y en todos los lugares donde la pobreza, el dolor y la tragedia se apoderan de la humanidad hay millones de almas en pena. Salen de entre las sombras, se arrastran por los suelos, observan seductoras y enigmáticas, alzan los brazos desgarrando el aire con sus súplicas, emiten alaridos arrastrando su eternamente insoportable penitencia. Pero cuando uno se acerca, borrando el espejismo que busca ahuyentar a los intrusos, se descubre el milagro. Surge la sonrisa noble y una débil luz resguardada que se asoma de las penumbras.

En este mundo hay una cosa para la que no existen normas. La más perfecta de las bellezas de Dios la hallamos en el fango, en la podredumbre, en el sufrimiento. Es la belleza que nace de la ausencia de belleza, el amor perfecto creado de los pantanales. Somos nosotros los que debemos aprender a permitirnos amarlo. Soltar. Solo el alma despierta escapa a las prohibiciones de la mente y se libera a sí misma para ser capaz de amar lo más parecido posible a esa forma primera... Amar sin condición alguna.

Y me voy a ti... te busco en el espacio para hablarte.

Amor mío... te perdono tu presencia de nube, tu aferrada travesía, tu piel atrapada en mi silencio. Porque es tu soplo blanco y ahumado, tu paso hiriente, tu eternidad cutánea todo lo que decidiste para coincidir. Y en ese encuentro atado al tiempo no dejamos de existirnos. Fue todo un simple préstamo, una dosis de horas regaladas para, dentro de toda la maravilla y el sufrimiento... poder, por un rato venir a jugar...

Soy en ti...

EPÍLOGO

El coche se acercaba por el angosto camino de tierra que se perdía en cuanto el bosque de palmeras se cerraba. Las ruedas giraban coordinadas con el tiempo que habría de cumplirse, ni antes ni después. Siempre un Ambassador. Blanco. Permitiendo que el pasado se introdujera de manera legítima y natural en un hoy muy presente.

Pisaba tierra húmeda que atrapaba cualquier mota de polvo que quisiera soltarse y elevarse antes de que volviese el monzón. Los trabajadores se acercaron sin apresurar el paso, expectantes por si su lugar era la distancia. Las nubes habían cedido, como si tuvieran un pacto antiguo con lo que estaba a punto de suceder, como si de esta forma se recolocaran algunas injusticias.

Le vi desde el porche lateral de la casa cuando crucé la puerta buscando saber quién se acercaba, pero no hacía falta ya esperar a que abriera la puerta. Bajé los escalones que tenía delante y me detuve en la hierba. Tenía en las manos un trapo de cocina con el que me limpiaba descuidadamente. A lo lejos se escuchaba la flauta de alguno de los empleados, delicada como hilo que se le roba al aire.

Estaba claro que nada más descender lo sabría. Sentiría su presencia liberada, irradiando desde las flores y el viento... sabría que estaba en el viento.

La noche del 19 de febrero Hellena y Catalina descubrieron una prisión de esclavas sexuales en el sótano de un edificio del barrio rojo de Mumbai. La mafia que regentaba este negocio había subsidiado la campaña electoral de un poderoso político cuyo rastro las llevó hasta ahí.

Hellena y Catalina rompieron con sus propias manos los candados de las puertas y liberaron a decenas de mujeres que habían sido secuestradas y que irremediabilmente serían violadas, golpeadas y forzadas a trabajar como esclavas sexuales el resto de sus vidas. La mayoría de estas mujeres eran parsis.

Proteger a las mujeres durante la huida les costó la vida, en un angosto callejón.

La comunidad zoroastriana, tras un serio debate tomó una decisión sin precedentes: otorgarles el honor de un funeral parsi.

Se encendió el fuego. Fueron lavadas y vestidas de blanco, y colocadas en una habitación de la casa de mis padres, donde dos sábanas se extendían sobre el suelo que acunarán sus cuerpos.

Durante tres días se mantuvo encendido el incienso. El sacerdote oraba. La gente las velaba para evitar que el *dahendivad*^[88] se apoderara de su cuerpo o que intoxicara alguno de las Siete Creaciones^[89]. No pueden convertirse en agua. No pueden convertirse en soplo ni en llama ni en arena olvidada.

Varias veces trajeron al perro de los cuatro ojos, que se aseguraba de que realmente se habían ido. Junto a la puerta, desde la calle, un viejo ciego cantaba:

*Entiérrame en el cielo,
donde el silencio azul me vele,
donde las nubes sean buitres,
donde nada haga sombra o duelo.
Lávame.
Vísteme de blanco.
Que nadie me toque.
Ni el fuego, ni el aire, ni el mar, ni la tierra.
A nada debo heredarle mi pena.
Tres días de incienso solo.
Tres días de oración.
Y si el perro te deja
entrégame a Malabar,
que tras la verja se me espera.
Me esperan el jardín mudo,
las piedras silenciadas,
los huesos antiguos,
las almas secas
y el sol amargo,
la arena, el carbón y el osario.*

El *nassesalar*^[90] vino a recogerlas. Nadie más podía tocarlas. Las colocó sobre la plancha de piedra fría y trajo el fuego que ahogaba el aire en sándalo etéreo. La voz del sacerdote marcaba los versos del Avesta^[91], la última poesía que ellas escucharían. Una procesión de cientos de zoroastrianos esperaba fuera para acompañarlas. Todo estaba dispuesto. Hasta el sol quemaba todo lo que pedían las tradiciones. El silencio me daba paso entre estos últimos minutos.

Me acerqué resignada, amputada. Dos enormes cestas me esperaban a su lado. Metí la mano y saqué la primera. Me tomé mi tiempo para mirarla, como hacía ella. Para conocerla y dejarle bien puesta mi admiración. Esa «flor de veinte flores de sol de muerte de oro» que era ella. Hija de dos grandes almas, espejo la una de la otra, espejo del tiempo vaciado, de la noche rota sin negro, de la mano que se alza pero que no se toca. La flor del Cempazúchitl que ahora, con ella, nace y muere en tierra

india.

La coloqué en su mano con cuidado, entre sus dedos. Quería que ella pudiera sentirla con las yemas y se la llevara. Luego alcé las cestas y las volqué sobre ellas. Todas esas flores lloviéndoles encima, abrazándolas enteras, creando para ellas un diminuto país de pétalos dorados.

Y se las llevaron. Cubiertas de flores y piel de sábana blanca. Sobre el hierro, sobre los hombros. Todos vestidos de blanco, treinta pasos detrás. Subieron el Monte Malabar por la calle serpenteante que pretende con sus zigzagueos distraer al tiempo, dirigiéndose a la *dakhma*^[92]. Cruzaron la cancela roja de hierro roído colgada de los muros que habían perdido la pintura y se bebían el moho y el agua escurrida de los árboles.

Todos se detuvieron dejándolas marcharse a los jardines, pero yo no podía quedarme. Mis ojos las vieron desaparecer hacia el pequeño camino que conduce entre la vegetación a la escalinata. No lo soportaba. Corrí hacia arriba, por la carretera, hasta el muro desde donde se abren las ramas para verlas subir. Aparecieron de entre el follaje del lado derecho y se acercaron a los peldaños. Poco a poco se elevaban, dejaban que el jardín las acogiera, y las perdí.

Escalón a escalón, hasta la paz incontrolada que se abre a lo absoluto desde las Torres del Silencio.

Él lo supo. Cuando se bajó del coche y vio su silueta elevándose en el fondo del peñasco, dibujada contra el mar lejano; cuando se quitó los zapatos y anduvo por la hierba, y los pasos le acercaban al pequeño destino que le daba la espalda, enmarcada por la bruma solo perceptible en la distancia, constante aún bajo el sol detonado.

Los movimientos de sus piernas, dibujados con el pantalón beis arremangado, iban dejando la vida nueva que alimentara las flores mantenidas.

Le vi andar así, acostumbrado a ir desde siempre arrastrando los grilletes. Y es que hay veces que nacen ciertas almas, almas de poderosos elefantes a los que los hombres encadenan, y que se quedan, arrastrándose en sus vidas, y se dan lo que queda. Y se quedan buscando, por si ven su nube pasar. Y entonces, cuando se arrepienten y añoran sus alas, y les falta nube...

... los elefantes lloran.

Fue entonces cuando se le oyó pronunciar, entre retazos de voz rota y siglos de líquido escurridos, el nombre de su hijo.

*Me parece, amor mío, que antes de rayar el día de la vida
tú estabas en pie bajo una cascada de felices sueños,
llenando con su líquida turbulencia tu sangre.
O, tal vez, tu senda iba por el jardín de los dioses,
y la alegre multitud de los jazmines, los lirios y las adelfas
caía en tus brazos a montones y, entrándose en tu corazón,
se hacía algarada allí.
Tu risa es una canción, cuyas palabras se ahogan
en el gritar de las melodías; un raptó del olor de unas flores
no vistas; es como la luz de la luna que rompiera a través
de la ventana de tus labios, cuando la luna está escondiéndose
en tu corazón. No quiero más razones; olvido el motivo.
Solo sé que tu risa es el tumulto de la vida en rebelión.*

RABINDRANATH TAGORE

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer primero que nada a mi familia. Mis abuelos, por ser mi faro. Gracias, Susy y Elkan, por tantos años del amor más preciado, el que atraviesa las fronteras de la sangre. A mi madre y a mi padre, por darme la mejor herencia: una dolorosamente hermosa forma de sentir la vida y una obstinada conciencia que nunca da tregua. Mi tío Paul, por su incondicional amor de padre; mi tío Daniel, porque su fortaleza y su entereza me levantan siempre cuando caigo; y mi tío Luis, con quien comparto la semilla del hambre de conocimiento. Mi hermana Denise, por soportar mi ausencia y dejarme siempre volver, y mi hermano Pablo, porque su presencia me devuelve a mi infancia.

A mis amigos Natalia Gil y Jaime Nualart, por darme India, mi tercer hogar, y con quienes mis pasos descalzos trazaron una vida compartida que traspasa los accidentes de la materia. Y al resto de amigos, todos, mis compañeros de viaje, mis cómplices, por las horas y horas de profunda búsqueda.

Gracias a Ana Rosa Semprún y Belén Bermejo por creer en mi locura y transformarla en papel bajo el sello de Espasa Calpe.

Gracias a Raj Menen, por caminar conmigo el infame inframundo de las calles rojas de Mumbai y enseñarme la profunda y dolorosa sabiduría del Karma Sutra. A Suresh Gindal, por tantos años de enseñanzas y dilucidaciones que desde el budismo me abrieron a un mundo mucho más majestuoso en la vacuidad. A Navin Chawla, gracias por llevarme de la mano a Jeevan Jyoti, el hogar de las Misioneras de la Caridad que me cambió la vida. A Raghu Rai, por sus imágenes y por enfocarme a trabajar siempre desde el corazón.

Gracias a José, que me diste un hogar en ese corazón tan enorme en donde cabemos tantos.

Y a la noche, y a la música y al incienso, leales y solidarios arquitectos de las realidades alternas en que vivo.

NOTAS

[1] Vestido tradicional que usan las mujeres del subcontinente indio. <<

[2] Capital del Estado de Tamil Nadu, al sur de la India. <<

[3] «¿Señor Rohan Seth? Tengo un paquete para usted. Por favor, firme aquí...». <<

[4] «Gracias, señor. Que tenga buen día». <<

[5] Panes tradicionales judíos. <<

[6] Queso crema. <<

[7] Patatas fritas. <<

[8] Galletas tradicionales alemanas. <<

[9] «Hola» en hindi. <<

[10] «Princesa» en hindi. <<

[11] Dios de la trinidad hinduista, Dios de la Destrucción. <<

[12] Dios de la trinidad hinduista, Dios Creador. <<

[13] Pan plano de harina de trigo de consumo común en Asia. <<

[14] Empanadilla de forma triangular típica de la cocina del sur de Asia. <<

[15] Cantautor mexicano de canciones infantiles. <<

[16] Personaje de la televisión mexicana que presentaba la programación infantil. <<

[17] Empanadilla mexicana hecha con tortilla de maíz rellena de queso. <<

[18] Rito religioso de los nahuas y totonacos relacionado con la fertilidad en el que cuatro danzantes descienden colgados de cuerdas de un tronco de mucha altura. <<

[19] Cuerda hecha de fibra natural de maguey. <<

[20] Tipo de chile seco con la piel oscura. <<

[21] Calas. <<

[22] Grupo mexicano de música pop de los años ochenta. <<

[23] Supermercados mexicanos. <<

[24] Especie de planta con flor de la familia de las asteráceas que tradicionalmente se sopla para pedir un deseo. <<

[25] Árbol de la familia maliacea originario de India o Birmania. <<

[26] Modelo de coche de Volkswagen. <<

[27] Marca de coche muy común en la India. <<

[28] Persona que practica el sijismo, religión. <<

[29] Saludo en hindi. <<

[30] Lunar pintado en el entrecejo. <<

[31] Descendientes de las castas de los guerreros gobernantes del norte de la India. <<

[32] Té indio. <<

[33] Ropa tradicional india para hombres. <<

[34] Tela de algodón indio hecha a mano. <<

[35] Capital del estado de Jammu y Cachemira en India. <<

[36] Vadim Repin, conocido violinista ruso. <<

[37] Miembro de LeT detenido en Srinagar por lanzar una de las granadas. <<

[38] Suburbio de Dharamshala en donde vive S. S. el Dalai Lama, conocido como el «pequeño Tibet». <<

[39] Lashkar-e-Taiba. <<

[40] Estados de la India. <<

[41] Resumen informativo de la situación. <<

[42] Estado de la India en donde se encuentra la ciudad de Mumbai. <<

[43] Television de la India. <<

[44] Compañía de ferrocarriles de la India que sufrió el atentado. <<

[45] «La señora», refiriéndose a Sonia Gandhi, presidenta del Partido del Congreso.

<<

[46] Grupo islamista llamado Jamaat ud Dawa. <<

[47] Grupo creado de la fusión de JuD y el grupo de yihadistas antisoviéticos. <<

[48] Movimiento Islámico de Estudiantes de la India. <<

[49] Inteligencia Inter-Servicios de Pakistán. <<

[50] Significa Diosa. <<

[51] Diosa de la destrucción y la justicia violenta. <<

[52] Diosa del conocimiento. <<

[53] «... doy gracias al dios que fuere, por mi alma inconquistable... Yo soy el amo de mi destino: Yo soy el capitán de mi alma». *Invictus* de Ernst Henley. <<

[54] ¡Coge esto! ¡Coge esto! <<

[55] Ropa tradicional pakistaní e india. <<

[56] «¡Apártense! ¡Apártense o los mato!». <<

[57] «Señor, tenemos una situación». <<

[58] Pañuelo que usan las mujeres pakistaníes para cubrirse la cabeza. <<

[59] Ciudad de la India perteneciente al Estado de Madhya Pradesh. <<

[60] Presidente de Pakistán de 2001 a 2008. <<

[61] Chales tejidos con un tipo de lana de cachemir. <<

[62] Músico de origen indio conocido virtuoso del sitar. <<

[63] Pañuelo que utilizan las mujeres musulmanas para cubrirse el pelo. <<

[64] Sirkosky UH-60 Black Hawk, helicóptero altamente modificado y con empleo de tecnología furtiva para ser menos visible a los radares y reducción significativa del ruido. <<

[65] Turbante utilizado por la casta de los sijs. <<

[66] Ciudad y puerto mexicano ubicado en el Estado de Guerrero. <<

[67] «Señor, estamos listos». <<

[68] Gestos de las manos considerados sagrados en el budismo y el hinduismo. <<

[69] Mahatma Gandhi. <<

[70] Jawrahal Nehru. <<

[71] Los doscientos libros sagrados del hinduismo escritos en el siglo VII a. C. <<

[72] Texto mitológico del hinduismo del siglo III a. C. <<

[73] Parque de Nueva Delhi que contiene trabajos arquitectónicos y tumbas de las dinastías Lodhi y Afgana. <<

[74] Textos antiguos que exponen enseñanzas sobre las vías de conocimiento para alcanzar la realización espiritual. <<

[75] Carruaje cuya fuerza la constituye el hombre. <<

[76] Zona vieja de la ciudad. <<

[77] Zona comercial del área de Pandara Flats. <<

[78] «¡Hola, Jagdish! ¡Vamos!». <<

[79] Miembros de la comunidad perteneciente a la religión zoroástrica que habitan en el oeste de la India, descendientes de persas refugiados durante el siglo VII. <<

[80] Palabra sánscrita que significa «ley religiosa» o «camino de la conducta piadosa».

<<

[81] Novela de Arundhati Roy. <<

[82] Dios del hinduismo al que se le atribuye la buena fortuna. <<

[83] Género de plantas herbáceas anuales o perennes comúnmente conocido como clavelón o caléndula. <<

[84] «De acuerdo». <<

[85] Idioma oficial de Kerala. <<

[86] Tipo de pan indio plano hecho de masa de harina integral, agua y sal. <<

[87] Hierba luisa. <<

[88] Demonio de los cadáveres. <<

[89] Los cuatro elementos. <<

[90] Cargador de cuerpo en los funerales zoroastrianos, un cargo hereditario. <<

[91] Textos sagrados de la religión zoroástrica. <<

[92] Edificio funerario de la religión zoroástrica. <<